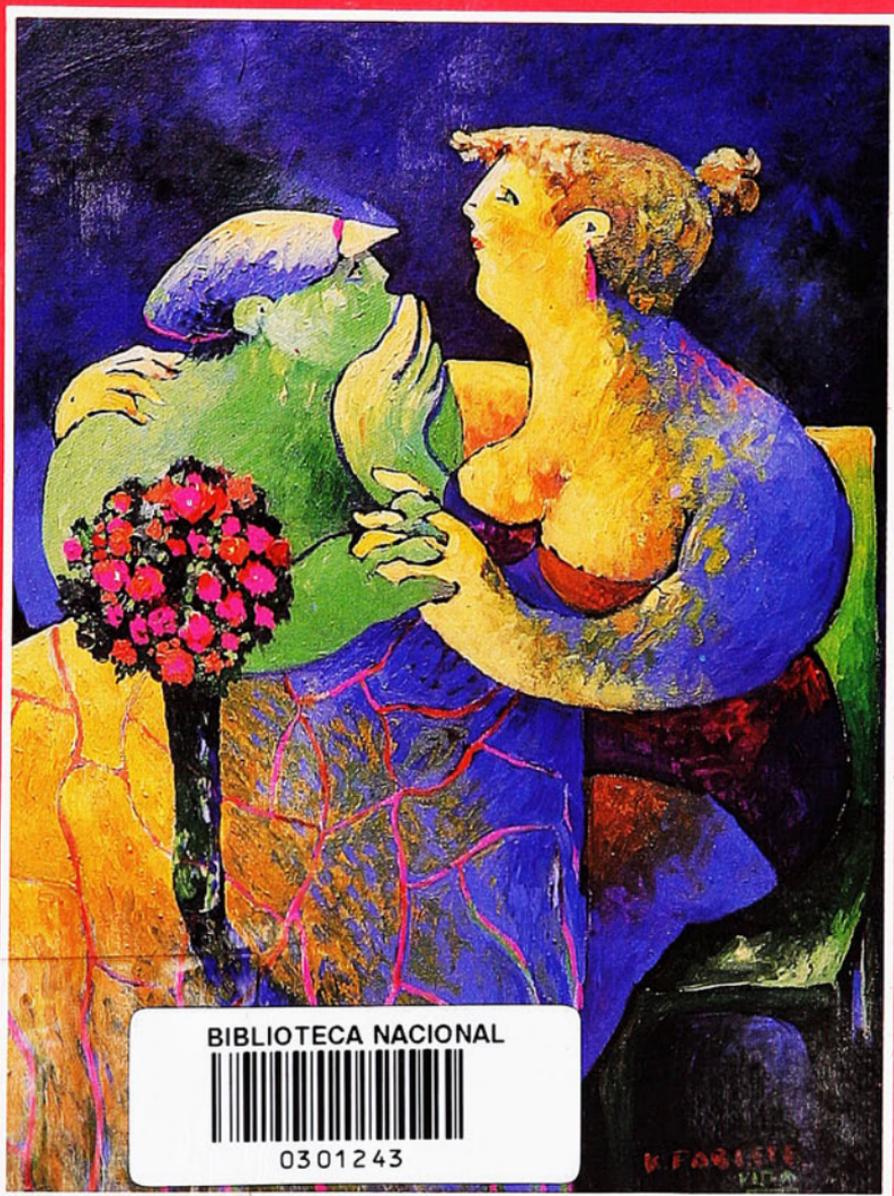


Jaime Hagel

El amor de Noemí



sinfronteras

074-59)

Copia 1

8272

20563

Jaime Hagel Echenique nació en Santiago en 1933. Sus estudios primarios los realizó en colegios alemanes de La Serena, Villa Alemana y Viña del Mar. Los secundarios en el Liceo de Punta Arenas, en el Internado Nacional Barros Arana y los terminó en el Liceo San Agustín.

Se tituló de Profesor de Estado en la Universidad de Chile en 1966. Ha vivido en diferentes partes del mundo. Magister en Letras, becado dos veces en Alemania por el Instituto Goethe, es actualmente profesor de Literatura del Instituto de Letras de la Universidad Católica de Santiago de Chile.

El amor de Noemí



El amor de Noemí
© Jaime Hagel Echenique
© Editorial Sinfronteras
Inscripción N°: 86.810
I.S.B.N.: 956-222-042-7

~~~~~

Oleo Portada: K. Poblete  
Fotografía: Ana Nadjar  
**Primera Edición: Junio, 1993**  
Hecho en Chile

~~~~~

Editorial Sinfronteras
Casilla 51.384. Santiago 1.
Santiago - Chile

27388.

Jaime Hagel
El amor de Noemí

Cuentos

AA 0563

sinfronteras

138272

ES LO QUE PASA CON LO ESENCIAL

Se trata de un tipo cuarentón de buena presencia que estaba totalmente controlado por su esposa, una diligente mujer de negocios de traje sastre y pelo estirado por un apretado moño, cuya única joya era, irónicamente, una cadenita dorada que llevaba el nombre de su marido en letras de oro tachonadas con diamantes. Regalo de él, por lo demás.

El hombre se sentía en una jaula y como si eso fuese poco "en la cama ella era un cadáver" (sic). Todo esto, agravado porque la mujer poseía dinero, empresas, edificios, etc., y él tan solo su distinguida presentación y la presunta nobleza de sus apellidos. Naturalmente, él deseaba salir de la jaula y viajar, recorrer Europa, la India, etc., en aviones, barcos y trenes, conocer un poco el mundo.

El hecho de que se aproximaba a los cincuenta años de edad aumentaba su angustia. En cambio ella "llevaba una existencia plena" (menos en la cama). Para él, el asunto era o seguir encerrado o liberarse de su carcelera. Es obvio, a cualquiera se le ocurre, que el divorcio o la separación no le convenían porque no era hombre de dinero. Esto no lo dice el narrador, pero está más que implícito. O sea que el hombre la quería matar.

En los ratos libres, ella lo sacaba e iban a ver películas infames. Otras veces recibían visitas que "a él no le

decían nada". También escuchaban música vulgar en condiciones que a él le gustaba el Quinteto con clarinete de Brahms, me imagino. A pesar de sus múltiples obligaciones, ella sabía, cada segundo del día, dónde se encontraba él (en la casa) y qué estaba haciendo (no hacía nada). El tomaba píldoras para dormir. Ella dormía como una bendita.

La cosa comenzó cuando ella leyó una novela (un folletín) donde una pareja viaja en un trasatlántico. Aquí el narrador mete la novela que ella lee dentro de la novela que está escribiendo y produce un angustiante retardamiento del acontecer del relato primero, es decir, de la historia del enjaulado casado con la mujer de negocios. Como en cuarenta páginas, hace una síntesis del bestseller en el cual todos los problemas se arreglan al final. ¿Quiso con esta inserción despistar al lector con un indicio equívoco y hacerle creer que en el relato primero todo terminaría bien?

Lo esencial es que terminada la lectura del novelón y estimulada por esta, ella decidió hacer un viaje por mar con Donato (así se llamaba el marido. Ella se llamaba Raquel). Cinco días en un barco hacia una "helada ciudad del sur" donde podría lucir sus abrigos de zorro, nutria, visón, etc. Raquel compró un enorme baúl que atiborró de prendas invernales recién adquiridas. A él le regaló "un impermeable con cinturón tipo Humphrey Bogart". ¿Otro indicio?

La casa en que habitaban era pequeña y costosa. Una "dorada cajita de fósforos" construída para una pareja bien sin hijos que no gustara de bibliotecas ni salas de música. La noche en cuestión, la gorda que hacía la limpieza se fue deseándoles un feliz viaje. Donato y Raquel se quedaron solos, sentados frente a la chimenea. Lo esencial (lo esencial es aquello que nunca se puede narrar) es que allí, ante el fuego "sedante e inquietante", Donato tuvo una excitación y se imaginó cómo sería "hacerlo con una mujer de verdad", sobre la alfombra,

alumbrados y calentados por las llamas de la chimenea. El narrador se pone algo escabrosón y linda con lo tabú, pero esta escena, imaginada por la febril mente de Donato, está plenamente justificada en la trama de la novela, pues explica el comportamiento posterior del héroe-antihéroe. La larga castidad de dos años que había adormecido su sexualidad, pasaba ahora la cuenta. "Echad a natura de vuestro cuerpo, y ésta volverá a entrar al galope", nos recuerda el narrador. Donato vio su vida de vegetal proyectada contra el futuro, una repetición del presente. Esto aparece en un flujo de conciencia entreverado de visiones sexuales de alto voltaje: morenas, rubias, rollizas, flacas, desnudas, a medio vestir, con portaliqas, etc.. Parece que en su adolescencia, Donato leía libros y revistas no recomendables (o el autor).

En esta corriente de la conciencia se mezclan con todo lo dicho y lo no dicho, las llamas de la chimenea y evocaciones de antiguas lucubraciones de planes perfectos para eliminar a Raquel, pero "le habían fallado los cojones". Ahora no tenía plan alguno, pero comenzaba a sentir la sangre en sus venas y en otras partes. "Y me la jugué". Súbitamente, la narración pasa de la tercera a la primera persona. Se puso de pie y cogió el atizador, (¿un falo?), arregló las brasas y se fue sobre la mujer. Fue "una lucha muda y desigual, una violenta canción silenciosa".

Le pegaba con el fierro sin poder acertarle a la cabeza. Volcaron jarrones y otros adornos que caían sin ruido, como en un sueño, sobre la alfombra. Al fin se desmoronó la mujer. Un hueso duro de roer. Y en ese mismo instante, se abrió con fuerza la puerta. Un desconocido, alto y erguido, estaba en el umbral, ante el espectáculo que ofrecían el cadáver ensangrentado en medio de la salita y Donato, despeinado y sudoroso, aún con el atizador goteando sangre en su mano. Aquí termina el primer capítulo.

En el segundo capítulo, el narrador toma otra vez la

palabra y explica que la casita, la cajita de fósforos, no tenía timbre sino una aldaba de bronce a la que se llegaba después de atravesar "un breve jardín de rosales" y que, sin duda, Donato no escuchó los aldabazos en el calor de la refriega. Ahí estaban los tres. La muerta, el asesino y el enorme intruso parado extrañamente inmóvil en el umbral.

-Buenas noches -cantó el intruso. Esto le parece al lector un helado sarcasmo. Y como no hubo respuesta, el hombrón volvió a hablar:

-¿Encendiste la chimenea, Francisca?

Donato, inmóvil, "el corazón le galopaba", el atizador fuertemente empuñado, respondió:

-Aquí no vive ninguna Francisca -contestó por contestar, pues igual lo iba a matar.

-Perdón. Soy invidente. Tengo entendido que son dos casas iguales, una al lado de la otra, un conjunto armónico. Me equivoqué. ¿No es cierto?

Era verdad. Por un momento la tensión baja. Donato, con prisa, pero sin brusquedad, coge al ciego por un codo y juntos atravesaron el breve jardín de rosales. Lo dejó frente a la casa vecina.

De vuelta, desocupó el baúl y acomodó en él "lo que quedaba de Raquel", tan horrorizado como el lector. Arregló el desorden y colocó el atizador maculado de sangre sobre las brasas.

Durmió profundamente, esta vez sin pastillas ni gotas. El despertador sonó junto con el teléfono. El vehículo llegaría a la hora señalada para llevarlo al puerto.

Fue un golpe de suerte, reconoce el narrador, y un desafío. Su equipaje fue colocado junto al de los demás pasajeros. Su baúl, al lado de otro baúl exactamente igual al suyo, tan nuevo el uno como el otro, con idénticos portatarjetas colgando de las manillas de suela. ¡Ahora! Se aproximó simulando ademanes de asegurarse si estaban bien cerrados. Y cambió los portatarjetas, los

trocó de modo que su tarjeta (con su nombre, se entiende) quedó en el baúl que no le pertenecía. Casi inmediatamente después, un tripulante fue colocando números al equipaje. Al ahora "su" baúl le pegó el número ocho y le entregó la correspondiente contraseña.

Recién entonces comenzó a sentir alivio, a darse cuenta de que partía de viaje solo y libre. El cadáver, a buen recaudo en la bodega y que alguien se llevaría a casa, lejos, en otro país, pasó al olvido.

Subieron en fila india a bordo. Un oficial con la lista de pasajeros marcaba un visto bueno a medida que atravesaban la pasarela y recitaban sus nombres. Donato se puso al lado del oficial e hizo un pequeño drama por la ausencia de su señora. Explicó que ayer no había llegado a casa. Seguramente estaba con algún pariente. Que la esperaran. En fin, soportó los chistes bobos del mundano hombre de mar y continuó fingiendo angustia hasta que sonó el pito y soltaron las amarras.

A la hora de almuerzo, compartió la mesa con una jovencita pálida de grandes ojos negros que viajaba sola. Se sintió inmediatamente atraído. Al lado del plato de la muchacha yacía un libro grueso.

-¿Novela? -preguntó él.

-Sí -respondió ella con complicidad.

-No creo que alguien en este barco haya leído una novela alguna vez en su vida -le confió Donato.

-¿Usted también lee?

-Leía cuando... más joven. Pero le prometo que voy a recomenzar.

-Yo puedo prestarla alguna cosa. ¿Qué le gusta?

-Una donde les den duro a los idiotas -e hizo un ademán que involucraba a todos los demás pasajeros.

-Creo que tengo algo así.

-¿Y la música? -preguntó Donato.

-Gustav Mahler.

Tenían más de una cosa en común, Solange y Donato. A tal punto que no se separaron durante todo el viaje.

Cuando él le dio el primer beso, ella lo enlazó con sus brazos. Aquí pasa a la primera persona. "Ella, tan frágil, se apretó contra mi cuerpo con desesperada ansiedad". Ahora, él era el hombre y ella una mujer de verdad. La infinidad de cosas que tenían en común las fueron descubriendo, poco a poco, "con sorpresa de niños". Al segundo día de viaje, se confesaron perdidamente enamorados.

Capítulo tres. El narrador le saca partido a la llegada del barco a la helada ciudad del sur. Abrazada sobre la cubierta, junto a los demás viajeros, la parejita disfrutó minuto a minuto de la lenta aproximación. La brisa helada los hacía acurrucarse más estrechamente. Hacía frío a pesar del sol, el cielo azul y las pocas nubes. Era una ciudad mediana, de no tantos autos, no se veía mayor ajeteo. Había gente en el muelle. Empujado por pequeños remolcadores, el barco atracó. Silencio. La gente agolpada sobre el muelle parecía una fotografía. Todos inmóviles, con los ojos muy abiertos, no parecían seguir los movimientos de atraque ni tampoco escudriñar a los pasajeros.

La pasarela descendió hasta los tablones del muelle y comenzaron a abandonar el barco. El le dijo que hubiese querido que el viaje durase siempre. Ella se rió y lo consoló con un "durará siempre, ya verás".

El hotel era antiguo, de un piso, pero confortable y calefaccionado. Almorzaron centolla. Durmieron la siesta. Hicieron el amor. Salieron a pasear por las calles desafiando el ventarrón. Compraron chocolate importado. El se hizo de una pipa y tabaco inglés. En la noche, la muchacha debía embarcarse con el resto de los pasajeros que continuaban a Buenos Aires. Cuando llegaron al muelle, una camioneta partía llevando al hotel el baúl de viaje de Donato. El lo vio, pero no dijo nada.

Se despidieron llorando, pero felices, pues se sabían el uno para el otro. "Era una pena muy grande, pero dulce". En dos semanas más, se reencontrarían para no

separarse más. Volverían a viajar juntos otra vez. Una y otra vez. Eso era lo esencial (aunque lo esencial, ya se sabe).

El se quedó solo en el muelle viendo alejarse al barco con todas sus luces encendidas. Enfundado en el impermeable de Humphrey Bogart y fumando pipa hacía una figura romántica y algo kitsch, sobre todo cuando "el humo de su pipa se confundía con la bruma". El barco desapareció lentamente "como una estrella agonizante". Aquí queda claro que el narrador se cae en las comparaciones. La bruma se hizo más densa. El sacudió las cenizas de su pipa y corrió por el muelle, por las calles solitarias; corrió levantando las rodillas, braceando, y logró llegar algo desentumecido al abrigado hotel. (En el fondo, engaña al lector que cree que el hombre corre ansioso por abrir el baúl y no para deshielarse). En la sala ardía el fuego de una enorme chimenea. Pidió cognac. No deseaba comer. En verdad, se había atiborrado de chocolate. Volvió a cargar la pipa con "ese tabaco fragante y tranquilizador".

En su pieza, lo esperaba el baúl. Miró la tarjeta con su nombre. El número ocho. Todo en regla. Eso es lo esencial.

Volvió en avión a su hogar, a su cajita de fósforos. El baúl lo dejó en el hotel. Lo donó a un hogar de pobres. Que ellos forzaran la cerradura. ¿Por qué no quiso abrirlo él?

Hizo todos los trámites denunciando la desaparición de su mujer, afectando el escándalo normal esperado. Todos sabían del poder de la mujer desaparecida y lo bobalicón del marido bonito y cada cual sacó sus conclusiones, todas lejos (opuestas casi) a la verdad.

Mientras pasaban los días, se hizo cargo más bien que regular de los negocios. Todo marchaba. Una tarde se encontró con el vecino ciego. Lo saludó y acompañó hasta la puerta.

-¿Usted vive hace poco aquí? - le preguntó el invidente.

-No. Varios años.

-No le creo.

-¿Por qué?

-Nunca antes lo había escuchado cantar.

-¿Qué?

-Usted canta todas las mañanas antes de salir. Incluso en las noches, silba y canta.

-Espero no haberlo molestado.

-Me agrada saber que hay alguien feliz, después de todo.

Llegado el día convenido para el encuentro, partió al aeropuerto a recibir a Solange. Esperó. Pensó una vez más en la posibilidad remota, aunque no tanto, de haberle cambiado a ella el baúl. (Aunque para todo lector sería un final algo obvio, pero clásico y no menos fuerte). Pero no, porque, he aquí que al llegar el avión de Buenos Aires, la primera en bajarse por la escalinata de la clase económica es nuestra joven viajera, elegante y deportiva a la vez, con los ojos brillantes de amor dirigidos a la terraza donde Donato agitaba su pañuelo.

Vivieron felices, tranquilos y en paz. Además él era, ahora, rico y libre. Viajaron mucho, sobre todo en barco. Aunque no volvieron a la helada ciudad del sur. Sí fueron a la India, a Europa, en aviones, barcos y trenes, etc.. Los dos querían conocer el mundo.

Cumplido los años estipulados por la ley, la desaparecida fue declarada muerta. Se casaron. Parece que a ella le gustaban los viejos porque si no, no se comprende muy bien el asunto. Pero por otro lado, el tipo sabía de sexología.

Una noche, mientras la desnudaba, al sacarle la blusa, le vio una cadenita de oro que tenía, a modo de pendiente, su nombre, Donato, también en oro, en letras incrustadas de diamantitos, es decir, exactamente la misma cadenita que él le había regalado a la muerta, y que era, como bien dice el narrador (muy honradamente en el primer párrafo), la única joya que usaba la difunta y que, fuera de toda duda, llevaba puesta, como único adorno, en el baúl donde fue colocada por el asesino.

HASENPFEFFER

Todo el maldito pueblo. Enemigos: 236. Aliados: cero. Tal era la situación el lunes 12 de septiembre. Negra, por decirlo con una palabra.

Cuando decidí vivir con Margarita no tenía dinero ni empleo. Vivía con mis padres en una casita de un barrio bajo donde comíamos carne una vez a la semana.

Esto comenzó en Santiago, un día de vagabundeo. Llevaba una polera que tenía estampado un rockero comiéndose un murciélago, unos jeans manchados con pintura y unas adiddas reventadas. Me sentía bien. Entonces, me encontré con la iglesia esa, los autos y las mujeres con sombrero entrando al templo. ¡Qué de vestidos! Me acordé de una película de Visconti. Joyas, sedas y olores franceses. Los hombres de terno como la foto de mi abuelo. La entrada estaba alfombrada hasta la vereda. Me senté más o menos en el medio. Parecía que estaba en una novela de Thomas Mann. Tocaron a Haendel. La novia con un progenitor a cada lado hacía su entrada. Fue un momento periodístico. Las moscas hubieran podido entrar y salir de mi boca. Rodeados por las imágenes narrativas de los vitreaux, el incienso, el órgano monumental y las naves repletas de gente de otro mundo, de otra época que a lo mejor nunca existió, el trío avanzaba con pasos de sueño, lentísimamente. Nadie camina así en Santiago ni en ninguna parte a

menos que se hayan fumado un kilo de hierba. Y ahora un coro que parecía de ángeles. Con una ceremonia así, es imposible que una pareja se separe, nadie tendría cara.

La salida fue sublime. Sentí que me elevaba. Ahí uno creía en todo. Coro y órgano le entraron a Wagner. Y métale incienso. ¿Estábamos en la tierra? Una vez afuera, en la vereda acordonada, volvimos a la realidad cotidiana. En tropel se precipitaron a la larga fila de autos. De a seis y hasta de a ocho se subían a las largas limusinas. El número dependía del grosor y porte de los ocupantes y no por último de los resortes del auto. Logré encaletarme en un Mercedes recién cargado. Desaparecí entre vestidos largos y ternos oscuros, totalmente desinflado. Partimos en medio de frases como ¿está bien?, ¿no está algo apretada?, ¿cómo sigue su mamá? El chofer manejaba rajado, no sea cosa que se tomaran la champaña antes de llegar. Yo iba atrás, entre la puerta y una señora todo sombrero, ropa, maquillaje y perfume oleoso. "Soy Elena Salas", me susurró. Le sonreí abriendo los ojos al máximo para demostrarle mi asombro y orgullo por ir nada menos que a su lado. No la había oído mentar en mi vida. Qué sacaba con decirle quién era yo. Elena volvió a la carga.

-¿Tú eres Echenique?

-A decir verdad, soy amigo de -iba a decir un apellido cualquiera, pero fui interrumpido.

-No me diga que es amigo del desgraciado del novio -exclamó un caballero al lado del chofer-, me gustaría ponerle la mano encima a ese carajo.

-Descuide -lo tranquilicé-, no soy amigo del novio.

Llegamos a un palacio. ¿O era una embajada? Me bajé lo más rápido que pude. La fiesta era en el patio interior al que habían cubierto con una carpa que ni del circo las águilas humanas. Mesas repletas de viandas, manjares dulces y salados, calientes y fríos. Mozos uniformados ayudaban y alentaban a servirse. En mi casa

era una fiesta cuando había porotos con plateada. Decidí tomarlo con calma y comer científicamente para no atosigarme. Con calma se puede comer hasta quedarse dormido como una culebra.

-Toma -me dijo una morena. A mí me gustan las morenas. Esta era una muchacha tentada de la risa con dos copas de champaña en sus manos.

-Gracias -acepté, rozando sus dedos al quitarle la copa que me correspondía.

Ella miraba mi polera estampada, toda mi facha, y se reía.

-Hay dos posibilidades -le dije-. O están todos chiflados menos yo o el chiflado soy yo.

-Dime. ¿Qué pitos tocas aquí?

Me aproximé como para hablarle al oído y le di un beso en la mejilla muy, muy cerca de los labios. Y me estremecí. Yo que pensaba que ésta era otra posibilidad más de tirar las manos quedé todo tiritón. Boté la champaña sin querer. Así son las cosas. Ella sí que me dio una lección. Colocó un brazo sobre mi hombro y me besó suavemente los labios. Ni sentí la champaña de la copa que ella tenía en su mano y que se vertió en mi espalda y se me introdujo hasta por los calzoncillos.

Nos invitaron a pasar a los salones a ver el primer vals y a bailar. Ahí tuve la oportunidad de quebrarle la mano al destino. Entramos a una enorme pieza y una mujer atlética, profesora de gimnasia, sin duda, me sacó a bailar ante los brillantes ojos de mi morena. Tocaban un aria de Los pescadores de perla al ritmo de tango rápido. La tomé de la cintura. Comenzamos a bailar y yo a lo mío, pero me apresuré demasiado.

-Métete las rodillas por el culo -me dijo la gimnasta y ahí se fue mi oportunidad. Me falló el tacto.

Volví donde mi morena que me esperaba tranquila, dulce, segura de que regresaría. Linda como un sol. Mi muñeca. La tomé entre mis brazos. ¡Róbale este instante a la vida! Era latrocinio. Aquello no era para mí. Pero eso

lo hacía más vertiginoso aún. Estaba transportado. Creo que si los demás invitados no hubieran estado tan interesados en comer, en reconocer y en que los reconocieran, nos habrían echado por atentar contra las buenas costumbres que ellos tenían.

Lo que yo no tenía era futuro. La verdad de las cosas es que no tenía absolutamente nada aparte de algunas poleras, dos o tres pantalones y pares de zapato. Había entrado a pedagogía en castellano y cada dos meses iba a ver a los muchachos al campus. No había brillo. Los profes eran una tropa de bluferos. Nadie sabía nada de nada.

Margarita, mi dulce morena, me abrió las puertas a otro espacio. Era provinciana. Me habló mucho de su pueblo. Su padre había muerto. Vivía en una casona en un villorrio con su madre y tres tías del producto de un fundo que les administraba un ingeniero agrícola. Una vida tranquila, bucólica. Todos se conocían allí y me sería fácil trabajar en algo.

Pasamos hermosas noches en el elegante hotel donde se alojaba. Diez días después, me despedí de mis pobres padres, dos profesores jubilados, y partí con Margarita en un flamante bus rumbo al famoso pueblo.

El pullman no llegaba al pueblo sino a una ciudad cercana donde abordamos un bus de película colombiana que nos llevó a nuestro destino. Llovía a chuzos. El desvencijado vehículo se detuvo o terminó de desarmarse en lo que llamaban plaza. Nadie nos esperaba. Seguramente las cuatro buenas señoras se estaban reponiendo del telegrama: "Llego mañana con varón. Cariños. Margarita".

Margarita se reía. Y yo, el idiota, no sabía lo divertido que era caminar por el barro, bajo una lluvia torrencial, cargado de maletas. La casa era impresionante. La mejor del pueblo. Californiana. Detrás de un ventanal, cinco mujeres, increíbles ya desde lejos, nos esperaban. Ni se movieron mientras nosotros reptábamos exhaustos ha-

cia la casa. Tampoco nos abrieron la puerta. La abrí yo. Entramos mojando y embarrando todo. Una pena porque la casa estaba bien cuidada, elegante y limpia. En la antesala me derrumbé sobre un sillón mientras la mamá, las tres tías y la empleada le sacaban, entre todas, el impermeable a Margarita. Una susurró "para traer una cosa así no necesitabas ir a Santiago". Interesante concepto sobre el amor. Tomaron las maletas y las llevaron a la que supongo era su pieza de toda la vida. El baño estaba listo, con sales y todo, tal como a Margarita le gustaba. Y ahora vino lo bueno.

Una vez que dejaron a Margarita en la tina perfumada y ordenaron la ropa de su equipaje en el closet que ellas llamaban placard, las dueñas de casa se desperdigaron por esa enorme casa y me mandaron la empleada, una india mañosa, que me llevó a un cuarto al fondo de la casa, justo donde se acababa la alfombra. Una cama, un velador y un viejo ropero con la puerta abierta. Mi pieza. Cama de una plaza. Ventana mirando al patio trasero. Me pasé la mano nerviosamente por el cabello para asegurarme de que no había perdido la tapa de los sesos. Lo que pasaba es que estaba agotado. Tenía hambre, pero eso era lo de menos. El viaje nocturno en bus, no dormí nada, la caminata por las calles enlodadas cargando maletas, todas las emociones, ese mundo nuevo, me tenían en malas condiciones. No dije esta boca es mía. Al lado del cuartucho había un baño con una ducha sin califont. Váyanse a la mierda. Me desvestí y me acosté. Mañana será otro día y, a decir verdad, prometía hartito poco.

El primer día en un lugar desconocido se hace siempre larguísimo, después el tiempo pasa como bala. Me levanté temprano. Tomé una ducha fría, dicen que fortalece el carácter. Me vestí y partí en busca del comedor, la cocina o lo que fuera para desayunar como Dios manda. Tenía el estómago vacío desde ayer a mediodía. Estaban en el comedor de diario. Las vi por los vidrios de la puerta.

Margarita no estaba. Abrí la puerta y dije "buenos días", pero las cuatro estaban tan apasionadamente enfrascadas en la conversación y en las delicias que había sobre la mesa que no me escucharon ni me vieron. Comían y hablaban con la misma energía. Requesón, mantequilla, pan de campo, jamón, queso, mermeladas, jarra de humeante leche y un olor a café de grano que me hizo tambalear. No había otro puesto en la mesa. Yo no estaba considerado. Me retiré y cerré cuidadosamente la puerta. En la cocina me encontré con la india taimada.

-¿Dónde está mi señora?

Después de repetirle tres veces la pregunta, masculló que en casa había cuatro señoras y que la niña Margarita había partido al alba. Margarita prefería vivir en el fundo. Y que si quería desayunar, almorzar y comer en esa casa, tenía que trabajar. Me mostró la puerta.

Comenzó a darme rabia, a mí, al ser menos conflictivo del mundo. Afortunadamente ya no llovía, pero las calles eran un barrial. ¡Ay, mis zapatos de gamuza! Me encontré con un chiflado acompañando a un burro que tiraba de un minúsculo carrito. Me ofreció helados de lúcuma, de esencia de naranja y de limón. Comencé a sospechar que estaba soñando.

-Busco trabajo -le dije.

-Para eso tiene que ir a las oficinas. Si gusta lo acompaño para escuchar cómo se van a reír.

Lo alucinante era que lo decía en serio. No me atreví a pedirle un helado fiado. Proseguí solo mi vagabundeo de inspección. De varias ventanas abiertas escuché risas con la intencional nota metálica calculada para helar la sangre. Seguí caminando. Dos mujeres jóvenes y regordetas se cruzaron conmigo y se taparon la cara con ambas manos, muertas de la risa mientras sus ojos de insecto, entre sus dedos, me miraban para que no me cupiera la menor duda de quién era el objeto de su burla. En la plaza, un grupo de rapaces me gritó "cafiche" hasta que el profesor los hizo entrar a la casita que hacía de

colegio. Antes de desaparecer por la puerta, el viejo maestro me dijo severamente: "debiera darle vergüenza, so caza de fortunas".

Estaban todos enterados de lo que yo era el último en saber. Que era un caza fortunas. Ante mis amigos santiaguinos sería un elogio, pero me sentía miserable. En un par de horas más me enteraría de que las humillaciones morales son una poesía al lado del tormento del hambre. En todo el día de ayer había comido un sandwich a la una de la tarde. Eso era todo. Supe también que todos esos idiotas que se martirizan con aprensiones, temores y angustias existenciales, lo hacen porque tienen el estómago satisfecho, protección contra los elementos y el futuro económicamente asegurado.

En las oficinas fui recibido con una indiferencia afectada que no era otra cosa que una máscara de la envidia. Se morían por cazar una fortuna que por mí podían metérsela por el fundamento. Un tal Rafael, contador, me recibió.

-No, joven. No hay trabajo y menos para alguien que no lo necesita. Si usted ocupa un puesto significa que otro, que a lo mejor se está muriendo de hambre, no lo ocupará.

-Ese es un entimema.

-No sé si mema o no mema. Pero usted merece un monumento. Será el primer hombre mantenido por cuatro mujeres millonarias en el pueblo.

Salí viendo rayas negras y escuchando zumbidos. No estaba acostumbrado al ayuno. Derrotado inicié el regreso a casa, ¡a casa!

-Holgazán. Explotador de mujeres -me gritó un viejo delirante agitando su bastón. Una figura del siglo pasado. Otra vez tuve la extraña sensación de estar soñando. El enorme viejo continuó:

-Si no te vas mañana del pueblo juntaré a la gente y te echaremos a golpes, oíste, a golpes y peñascazos.

Era para creerle. La agresividad de los oficinistas. La

risa fría de las mujeres. Los insultos de los cabros chicos. El profesor. Para qué seguir. Estaba a punto de fallecer de hambre. ¡Qué me echen y me maten! Me siento en la diferencia. Ni un amigo. Todo un pueblo en mi contra y con unas ganas locas de joderme.

Llegar a casa, encontrar la puerta cerrada con llave, golpear y nadie te abre. Entonces, agarré la puerta a patadas. Se juntó alguna gente a ver en elocuente silencio el espectáculo que estaba proporcionando. Agregué unos "abran, mierdas" entre patada y patada. Mi mamá no me hubiera reconocido. ¡A lo que se puede llegar! Abrió la mapuche resentida que se quedó en el umbral impidiéndome la entrada con su cuerpo deforme de tanto comer papas. Supe que me iba a desmayar y le eché los brazos al cuello. Perdí por algunos segundos la conciencia. La recuperé a medias. No podía tenerme en pie. Las piernas no respondían. La india me arrastró al interior, reculando. Una chispa de lucidez me gritaba no aflojar mis brazos alrededor del grueso cuello de la mujerona que se las arregló para cerrar la puerta con un pie, dejando a los mirones sin su cuota de circo.

Volví en mí tendido sobre un ancho lecho blando. Olor a mimosas. Arrodilladas sobre el mismo lecho, una a mi derecha y la otra a mi izquierda, dos mujeres, ignoro si tías o mamá y tía de Margarita, me contemplaban con ojos brillosos. Las otras dos estaban de pie al lado de mi cabeza.

-Fue una fatiga -expliqué con un susurro-. No he comido ni bebido desde ayer. No. Desde anteayer.

Y volví a cerrar los ojos tanto por debilidad como para ver si estaba soñando y si la realidad aparecería cuando cerrara los ojos, al otro lado de esta realidad, porque las cuatro mujeres vestían impropriamente. Llevaban esa ropa íntima de encaje negro que venden, según la propaganda, a las novias. La verdad es que no creo que ninguna novia se compre algo semejante. Se trata de prendas ultrasexis para prostitutas caras. Por

más que apretaba los párpados, la realidad de este lado persistía. El sueño continuaba. Estaba despierto dentro del sueño. Hábiles manos me ordenaban el pelo y me aflojaban el cinturón para que estuviera más cómodo.

Algo más repuesto, volví a abrir los ojos al sentir la bandeja que colocaban a mi lado. Un tazón de café con leche acompañado de galletas caseras de miel.

-Espacio, m'hijito.

Me incorporé e inmediatamente la que estaba a mi derecha me afirmó la cabeza suave y cariñosamente con su blando brazo y colocó sus enormes senos en mi espalda. Con la mano libre, cogió el tazón y me dio de beber a sorbos aquel reconfortante café. La otra me sacaba los zapatos, lo cual estaba dentro de lo previsible y aceptable, pues estaba acostado sobre una hermosa colcha, pero luego siguió con los calcetines.

El azúcar del café y de la miel entran rápidamente al torrente sanguíneo de modo que mi corteza cerebral salió de su letargo. Además la cafeína hacía lo suyo. Cuando recuperé toda mi lucidez ya estaba sin pantalones. ¡Con qué virtuosismo me desprendieron de la camisa! Ahora estaban las cuatro al lado, debajo y sobre mi cuerpo desnudo.

En la noche cenamos en el comedor grande. Filete con crema fresca. Sírvete, mi amor. ¿Deseas más crema, tesoro? No bebas tanto vino, ángel. Helados de lúcuma, corazón, los hace el tonto del pueblo, pero son deliciosos.

Tal como dije, los días siguientes pasaron como un rayo. Las semanas, también. Ahí estaba con unos cinco kilos de sobrepeso. Me trajeron ropa de la ciudad, entre otras prendas, una chaqueta de antílope que parecía que estaba viva. Los muchachos ecologistas de Europa me hubieran apedreado, pero aquí las cosas son diferentes. Al pueblo se le dio vuelta la tortilla. ¿Quién manejaba la sartén? Ahora me saludaban con temeroso respeto.

En una de mis caminatas por el río, me encontré con el viejo del bastón.

-Muchacho -me dijo-, siento haberte gritoneado el otro día.

-¿Por qué lo hizo?

Me clavó sus ojos grises por entre sus pobladas cejas. Al parecer tenía serias dudas de mi capacidad de aprehensión de la realidad. Yo también.

-Caminemos un rato juntos -me propuso. Era un hombre huesudo, fuerte y no sin carisma. Sin esperar respuesta, sus deseos eran órdenes, echó a andar y yo a su lado, en silencio, tratando de igualar sus largas zancadas.

-Estoy algo confundido -confesé. Esto me valió otra de sus mirada escrutadoras. Era su modo de responder. Así es que continué contándole mis penas.

-Hace casi un mes que no veo a Margarita y...

-¿Quién es Margarita? -su voz pareció una lona que se desgarró por la mitad.

-¡Cómo! ¿No conoce a Margarita? Vive en el fundo de su madre y de sus tías, porque...

-Qué fundo -me interrumpió cortante.

-El fundo -le informé mientras sus ojos me horadaban.

-Escucha, muchacho. Tus señoras tienen dinero. Viven de participaciones de compañías mineras y de tierras. Participaciones que heredaron de sus maridos. No hay fundo. Tampoco hay Margarita. Cero, muchacho. Ni fundo ni Margarita.

-¿Sus maridos?

-Una de ellas es soltera. Las otras tres, viudas. Sus maridos están muertos. No me preguntes qué hicieron con ellos, porque no lo sé, pero me lo imagino.

El viejo se apartó unos metros, hacia unos arbustos. Se agachó y extrajo un conejo de una trampa. Un hermoso ejemplar vivito y coleando que el viejo sostenía por las orejas. ¡El pobre animalito se veía tan desconcertado!

-¿Qué va a hacer con él -le pregunté. Me dan lástima los animales.

_Hasenpfeffer. Estofado pimentado. Adiós, muchacho. Si alguna vez estás en dificultades, pregunta por mí, por don Cloro.

Volví sobre mis pasos. Entré al pueblo. Nadie se reía ni me insultaba ya. Por extraño mecanismo mental, temían quedar cesantes por mi influencia. Buenas tardes. Qué Dios lo guarde. Llegué algo cansado a casa. Sorpresa. Un Mercedes al lado del Chevrolet de las mujeres de casa.

Me estaban esperando con cierta ansiedad mal disimulada. No vi a los ocupantes del Mercedes, pues, con la solicitud de siempre, me llevaron al baño. Una tina repleta de agua caliente con sales estimulantes me esperaba. No pensaba bañarme, pero fue una delicia sumergirme en ese baño. Fui dejado solo un rato. Se llevaron mi ropa, dejando a cambio una bata blanca de gruesa toalla y pantuflas del mismo género. Vestido así, salí al pasillo donde una de ellas me condujo al dormitorio. El cuarto estaba oscurecido. Habían cerrado las persianas y corrido las gruesas cortinas. Dos pequeñas velas sobre la cómoda otorgaban su débil y sedante luz. Allí estaban las otras tres y una más. Las cuatro mujeres de casa conservaban su ropa de calle, pero la visita, no. Esta era una mujer enorme y gorda. Melones escapaban por entre un baby doll de encaje rojo. Portaligas, también rojos, sujetaban medias caladas que le llegaban hasta la mitad de los enormes muslos.

-Esta es Elena -dijo una de las anfitrionas. Elena me pareció vagamente conocida, pero no era el momento de discutir ni reflexionar si la conocía o no. Era el momento de salir de ahí. Y definitivamente. Claro que no en bata ni menos a potopelado.

Sin decir una palabra me fui a mi pieza, que ya no era el cuartucho del fondo sino una como es debido con placard y todo. Me vestí. Llené mi bolso de lona con mi poca ropa. La que me compraron, la dejé ordenadita en su lugar, y salí al pasillo. Ahí estaban.

Creo que lo recordaré toda mi vida. El olor a mimosas. Sus rostros. La mirada de esos ojos muy abiertos que jamás podría interpretar. ¿Qué pensaban esas mujeres cuando pasé, tranquilo y decidido, ante ellas? Sin decir "adiós" avancé a velocidad de paseo, con calma, hacia la puerta de calle. Por una puerta que daba al pasillo, apareció, silenciosa y rápida, Elena, bloqueándome la pasada. Pretendí empujarla hacia un lado. Error. Me propinó un feroz codazo en el pómulo derecho que me derrumbó viendo puntitos luminosos. ¡Ah, no! ¡Y ahora, esto! Enrabiado, me puse de pie y tendí las manos para asirla del cuello y me llevé la sorpresa de mi vida. Moviéndose con celeridad extraordinaria, me tomó de las muñecas, me atrajo hacia sí y se agachó. Un segundo más tarde yo volaba por el aire y fui a dar en el suelo alfombrado, completamente sin aliento. Empezó a patearme la cara. Era brutal y sucia como un luchador de catch. Claro que esta lo hacía en serio. Menos mal que estaba descalza. Logré asirla de una pierna. Di un tirón y la oí lanzar una palabrota al perder el equilibrio, pero fue lo bastante lista como para arrojarla hacia adelante, cayendo así sobre mí. Creí que me reventaba entero. Me aferré a ella. No estaba hecha de hormigón, pero lo parecía. Se levantó, poniéndome sobre mis pies a mí que estaba sujeto a ella. Y antes de que yo tomara aliento me aforró un puñetazo en mis ya doloridas costillas. Lancé un grito que debe haber llegado a Santiago. Giro para huir, pero ahí estaban las cuatro más la mapuche taciturna. Cambié de opinión y me volví nuevamente para enfrentarme a la fiera. Sus ojos enloquecidos me miraban con ferocidad. Me asustaba esa mujer. Era tan peligrosa y letal como una cobra negra. Ahí estaba dispuesta a terminar conmigo. Y yo, frente a ella, temblando de pies a cabeza.

Entonces, me acordé de una vieja treta. Solía ser bueno para jugar al tenis donde mis reflejos dominan la acción antes que el cerebro empiece a funcionar. Justo

cuando la mole de concreto armado se me vino encima, me lancé cuan largo era al suelo, le cogí uno de sus pies desnudos y le mordí el dedo gordo. Es decir, no se lo mordí, se lo mastiqué. Cayó al suelo como un elefante herido mientras yo no cejaba, mordiendo con todas las fuerzas de mis masticadores ese dedo gordo. ¡Ahora! Me levanté como un resorte, cogí mi bolso y salí como cohete a la luna por la puerta. Me estremecí al escuchar sus inarticulados gritos de venganza.

-La casa de don Cloro -le grité al chiflado del burro y el carretón de helados.

-Ahí, no más.

Llegué con tercianas a la casa del viejo.

-Te estaba esperando, muchacho.

Le pareció lo más normal y natural que llegara a su casa y que estuviese en tan deplorable estado físico. Me llevó a casa de Rafael, el contador, que tenía un viejo Fiat 600. Parece que el bus colombiano venía dos veces al mes. El viaje a la ciudad transcurrió en silencio. Don Cloro pagó el boleto del bus a Santiago y Rafael me dio mil pesos para lo que fuera. En verdad, no había mucho más que decir.

ENCUENTRO EN ZIRUMA

Podría haber sido grato volver a ser libre, pero no aquí. No entre esta gente. En otro país podrán ser iguales y probablemente lo son, la diferencia está en que no lo han hecho contigo. Necesitaba arreglarme la dentadura, anteojos, penicilina contra la fiebre. A lo mejor estoy herido de muerte. Veremos. Antes de ir a un hospital debo ver dónde viviré.

Mi departamento había sido saqueado. No me sorprendió. Casi lo comprendí. No dejaron nada. Ni siquiera la tubería del baño. Se lo llevaron todo, lavatorio, cocina, alambres eléctricos, enchufes, prolijamente. No se olvidaron de nada. Dentro de todo el desastre, había un signo de buena voluntad. Sobre el suelo de la sala, frente a la puerta, yacía un montón de cartas. A lo mejor el cartero era de ascendencia alemana. Un gesto así es algo. Me acordé de Arthur Koestler. El relata que una vez se encontró en una situación similar y que después de darle muchas vueltas al asunto llegó a la conclusión de que un hombre aún joven en medio de esa ciudad o de cualquiera otra, aunque no conociera a nadie ni tuviera un centavo, no podía morir de inanición y se tendió en el suelo a esperar. Al rato llegó alguien.

Reuní los sobres. Eran muchos. Diez años de cartas. Opté por abrir las últimas, las de más arriba. Arthur Köstler tenía razón. Un viejo amigo venezolano, ya olvidado, de veinte años atrás, habiéndose enterado del

destino de mi país, deseaba rescatarme. Freude, Freude, Freude. Me olvidé hasta del dolor de muelas.

Cuando salí del lugar en que me tenían, uno de mis compañeros me aconsejó que fuera a pedir ayuda a los curas. Tu madre iglesia, me dijo, no te abandonará. Me darían una estampilla para escribirle a Pedro, el maracucho, y, quizás, un plato de sopa.

No fue tan sencillo. Entré a la iglesia equivocada. Después de todo, mi departamento estaba en el barrio alto. Nerviosos, con miedo de que los fueran a ver en mi compañía, me despacharon lo más rápidamente posible. En un banco me hubieran dicho igualmente que no, pero con más humanidad y menos sentimientos de culpa. Caminé, recordando vagamente las indicaciones de mis compañeros a los que no había prestado mayor atención, hasta que llegué donde debí haber ido desde un principio. No sólo me dieron para estampillas. Pude llamar por teléfono a Maracaibo. Después me convidaron a almorzar. Esta sí era mi madre iglesia, la otra, no sé.

Cuando me presenté en el aeropuerto, era el único pasajero sin equipaje. Harapiento y tembloroso de fiebre ocupé el asiento que me indicó una rubia tostada por el sol a la cual no le molestó mi aspecto rufianesco. Rugieron las turbinas. Despegamos. Nos separamos de la tierra soleada, de los álamos y sauces, de la cordillera nevada, del pastel de choclo, las tonadas y las cuecas y de todas esas cosas.

-¿Cómo se siente, señor? la rubia tostada.

-¿Tienen penicilina? Necesito que me inyecten una penicilina.

Me aplica su mano en la frente. Se va. Al rato aparece con un señor, un médico que me examina profesionalmente.

-No -me dice con dulzura el doctor-. Nada de penicilina. Usted está tuberculoso -parece que el tipo sabe que ya nada puede asustarme. Pero se equivocaba. Algo me iba a asustar, más que eso, a estremecer.

En Grano de Oro me esperaba el amigo Pedro, el calor de Maracaibo y un castellano increíble.

-Coño, no joda, si te dejaron hecho mierda.

Con estas palabras brutales, pero al mismo tiempo rebosantes de ternura y alegría, fui recibido. Abracé a mi amigo y la risa me salió sola, sin contención posible, para pasar luego al llanto. Pedro también lloró un poco.

-Te vamos a componer, vale.

Cumplió su promesa, el buen amigo. Un año después dejé el rancho y viajé a Maracaibo donde Pedro me instaló con un negocio de reventa de autos. Un asunto alegre y entretenido. En los pocos dientes que me dejaron pudieron sujetarme una placa. Volví a sentirme un ser humano casi completo, porque la sordera del oído derecho no me la repara nadie como tampoco el testículo que me reventaron de un martillazo. La tuberculosis estaba detenida. La amistad, la ciencia y la civilización habían hecho su trabajo. Así es la vida. Por una parte te quitan y por otra te dan. Claro que uno ya no vuelve a ser el de antes.

Ziruma está en los suburbios de Maracaibo y nadie se atreve a entrar de noche ahí, de día, con precauciones. No soporto las armas. Le avisé a mi secretaria que iría a ese barrio a ver unos coches usados. Ziruma es un modo de vivir aunque no el que yo hubiese elegido. En una de sus callejuelas logré aparcar mi coche entre todo tipo de basura. Caminé entre miasmas hasta una especie de cementerio de autos. Esquivando perros mansos, gallinas y autos descuartizados, me abrí paso hasta la casucha. Un gordo tras un ventilador me recibió con una alegre risotada. Revisamos su material con calma en busca de algo rescatable para mi negocio. Debajo de un Ford de fines de los sesenta, un mecánico trataba de hacer lo suyo. Quedé anonadado al ver su rostro. Alaridos, sangre, cordeles, olores, pasaron por mi mente sin querer evocarlos. Era Julito. Uno de mis compañeros de infortunio en el campo de prisioneros. Al ver que lo reconocía se

puso de pie y salió corriendo con curiosos saltos.

-Ese es loco, pues -me explicó el gordo-. Buen mecánico, el chico.

Julito era el más joven de los detenidos, un muchacho flaco de pelo castaño que ninguna mujer hubiese encontrado mal parecido. Fue la presa favorita de Moraga, uno de nuestros torturadores. Incluso cuando a nosotros nos dejaron tranquilos, muriéndonos de hambre y enfermedades, Julito era llevado para ser martirizado con las maquinarias más horribles. Lo traían de vuelta sin sentido, con el cuerpo sacudiéndose presa de espasmos, y así lo tiraban al suelo. Moraga fue nuestra bestia negra y lo seguirá siendo en nuestras pesadillas, pero para Julito fue lo indecible.

Terminado mi negocio, volví a mi auto y busqué la casa donde, según el gordo, se hospedaba su mecánico. Efectivamente, allí estaba.

-Te busca este señor -le dijo la dueña y cerró la puerta, dejándome a solas con él.

Como un animal asustado se replegó en un rincón de su pieza donde se dejó caer al suelo y se encogió en posición fetal hundiendo la cara entre las rodillas.

-Julio.

-Me llamo Manuel -gritó.

Me senté a mi vez en el suelo y encendí un cigarrillo.

-Con que te llamas Manuel.

-Andate. No te conozco -gimoteó.

Fumé un rato en silencio. El cuarto era pobre y sucio. Raro, porque los mecánicos ganan bastante bien en Venezuela, incluso los de Ziruma.

-No temas, Julito. Soy tu amigo. Tu hermano.

-No me denuncies -suplicó con voz de niño. Temblaba entero.

-No hay nada más que temer. No hay a quién denunciarte. Todo eso se acabó. Hace meses que en Chile impera la democracia. Se acabó la persecución, la dictadura.

-Eso no pasa. No se acaba nunca.

Un aire de astucia pasó por el rostro de Julito. No me creía. No le creía a los diarios ni a la televisión. Sólo creía en lo que había sufrido.

-Pues esta vez sí que terminó y no hay para qué ocultarse.

Tres minutos de cada cuatro le hundían la cabeza en agua podrida. Lo colgaban. Lo tendían en la parrilla. Le colocaban electrodos en los testículos, astillas entre la uña y el dedo, lo quemaban... Y no por un par de semanas o algunos meses, por años, por diez años.

-Eso no se acaba. Ya no hay final.

Cuatro días me costó convencerlo para que se fuera conmigo. Lo llevé al médico. El pobre doctor se quedó sin habla cuando le presenté a un joven rengu de nariz de boxeador sin una sola uña, sin incisivos, canoso, con largas cicatrices en la espalda y hoyos de quemaduras por todo el cuerpo, aparte de otros detalles. Insistió en llamarse Manuel y así comencé a llamarlo. Trabajó en mi pequeño negocio y lo hizo bien. De estudiante de ingeniería había pasado a piltrafa humana y luego ascendido a mecánico. No estaba mal. Con su guapa dentadura postiza parecía casi un ser humano normal. Los clientes se divertían al descubrir que Julito era medio sordo, pero cuando caían en la cuenta de que yo también lo era no lograban ocultar la risa. Sin mala intención. Yo los comprendo. Es que había que vernos. No hay remedio para el temblor de manos.

Julito ganaba bien. ¿Qué hacía con el dinero? ¿En qué se entretenía después de las seis de la tarde? Yo iba al cine, a las librerías. Cada dos semanas salía de parranda con Pedro. Algunos fines de semana viajaba al rancho de los padres de mi amigo. Eran buenos momentos. Montábamos, bebíamos ron y, sobre todo, conversábamos largamente. Me preocupaba Julito porque se merecía algo mejor y creía que estaba a mi alcance el proporcionárselo. Por otro lado, la absoluta falta de privacidad

que habíamos sufrido en el campo de detenidos había sido tan vejatoria que ahora sentía un respeto algo exagerado por la vida privada del prójimo y prefería no preguntar. Se negaba con una mueca cuando lo convidaba. Mostraba la anatomía de una sonrisa. Mi pobre amigo. Espero que nunca sufra de la vista. ¿Cómo se va a sostener los anteojos con una oreja menos?

Evitaba cuidadosamente a los otros chilenos. Había varios en Maracaibo y seguían llegando, no muchos, pero venían a quedarse por diferentes razones que no me interesaban. Los soslayaba y era correspondido espontáneamente con la misma moneda. Nunca hablamos de ellos con Julito. Ignoro por qué Venezuela los atraía tanto. Era fácil reconocerlos. Varias veces me encontré a boca de jarro con algunos. Nos mirábamos y por décimas de segundo los rostros se encendían con la alegría del niño que encuentra a su amigo y luego, con la misma rapidez, la desconfianza, el rencor, los ensombrecía y cada cual continuaba su camino.

Con frecuencia salgo a caminar solo por las calles maracaiberas durante la noche. A esa hora la temperatura es pasable, el calor cede un poco. Nadie anda a pie en esta ciudad. Camino solo. Las puertas y ventanas están abiertas de par en par a los jardines. Se escuchan rumores gratos de las casas, conversaciones, música, televisión interrumpida por comentarios, mangueras regando, bulla de platos y cubiertos, niños que no quieren acostarse. Vuelvo en paz. Me ducho y me acuesto. Tengo un hoyo grande en el pecho producto de costillas rotas mal soldadas. No tiene remedio ese hueco, pero pienso que así, acostado, puedo servir de frutero.

Volví donde el gordo del cementerio de autos a comprar un par de cacharos y algunos repuestos. No me guarda rencor por haberle quitado a su mecánico. Es más, creo que ni se acuerda. Pero no. Me comenta que mi amigo viene todas las semanas a visitar a un extranjero de bigotes, un hombre grande y mal agestado.

No soy curioso. Es bueno que Julito tenga otro conocido, otro contacto con el mundo. En verdad, conmigo jamás llegó a la confianza, a abrirse. Sólo una vez aceptó salir a tomar cerveza. No salió de su parquedad. Hablamos de autos y carburadores.

-Su amigo viene al anochecer - me confidenció el gordo- con paquetes y bolsas de tiendas caras. Si no lo han asaltado es porque la gente de aquí lo conoce.

Me indicó dónde estaba la casa del forastero. En Ziruma todos se ubican. Me sentí febril. No podía dominar mi desasosiego. Era otra casucha miserable más. La vigilé durante varias noches hasta que vi llegar a Julio. Era una noche oscura, estrellada. Me deslicé como un criminal. No se me pasó por la mente que podía ser atracado, acuchillado. Ziruma es bravo. Estaba nervioso. Es que el instinto del acechado, del perseguido y castigado permanecía despierto en mí, en mis sueños más profundos. Una intranquilidad ancestral me apretaba el estómago, me secaba la boca.

Las cortinas estaban impúdicamente recorridas y pude ver, al amparo de la oscuridad, a los dos sentados a una mesa. Un perro comenzó a olisquearme los pantalones. Nos separaba un breve jardín con matas de mango y lechosas, no más de cuatro metros. Tuve que apoyarme a un poste. Un dolor fuerte en el pecho se extendió a mi brazo derecho. Era Moraga. Se habían encontrado. No quería comprender lo que estaba ante mis ojos. Delicatessen, una radio, botellas, acababan de ser extraídos de los paquetes.

Me alejé con paso inseguro. Algunas sombras se movían, pero no estaba para temores. El perro no dejaba de olfatear mis pantalones. Subí al auto y conduje hasta el edificio donde Julito arrendaba un modesto departamento. Me senté en la oscura escalera a fumar y a esperar. Llegó. Lo sorprendí. Yo no estaba ya para miramientos y consideraciones. Arrojé la colilla y lo encaré.

-Te torturó por años- la voz me salía en falsete por la indignación, quería gritar y pasaba lo contrario, pero sabía cómo articular los sonidos para los sordos-, te martirizó, te mutiló por nada. Mírate al espejo. Mira tus dedos, cómo cojeas... -la rabia me impedía respirar bien. Y tú, en vez de llamar a la policía, de entregarlo a la justicia, le das tu dinero, le llevas regalos como a una novia. Julito, sí, Julito, no jodas con lo de Manuel ahora. Estoy soñando? ¡Julio, hombre de Dios!

Otra vez vi pasar ese aire de astucia profunda por su rostro maltratado.

-Lo hago porque me juró que la próxima vez no sería tan cruel.

LA PERLA DEL PUEBLO

A decir verdad no veía para qué tanto estudio, tanta teología, escatología, Santo Tomás y San Agustín - entre los dos me quedo con el segundo- para que me mandaran a ese villorrio soleado, sí, con grandes árboles también, casitas blanqueadas con cal, etc., pero donde no parecía pasar nada. No es que yo ande buscando acción a toda costa, soy un sacerdote de Dios, pero estaba pletórico de energías para luchar contra el Dragón y resulta que me asignan este pueblucho de lagartijas al sol donde lo único que pasa es un carretón con helados tirado por un burro que ya se cae de sueño.

-¿Qué vendes, hijo?

-Helados, padrecito, de limón, naranja y lúcuma.

El vendedor tenía la misma mirada del burro. Le compré un helado de limón para colaborar con su mísero negocio. Pensaba tirarlo no bien continuara con su ronda, pero se quedó ahí, mirándome. Burro y hombre inmóviles con sus grandes ojos fijos en mí. Sea. Mordí el helado y escuché violines. En mi vida había comido un helado más sabroso. Me compré otro y otro. Comí tres helados al hilo ante la mansa mirada del burro y del hombrecito.

-Te veré mañana en misa.

-¿Con Romualdo?

-¿Quién es Romualdo?

-Mi burro.

No me tomaba el pelo. Al tipo se le había adormeci-

do el magín tal como me pasaría a mí si seguía en ese caserío.

-La perla del pueblo -dijo el chiflado. Seguí la dirección de su mirada. Una rapaza acinturada y caderuda caminaba con una canasta rumbo a la pulpería.

-¿La perla del pueblo?

-Yo lo dije y usted lo repite.

-Dame otro helado. ¿Por qué le dicen así a esa muchacha?

-Es la señorita más piadosa y caritativa que haya existido. Todo el pueblo la respeta.

-¿Cómo se llama?

-Hilda Peñaloza. Mire, padre, si hubiese misa todos los días, todos los días la tendría allí. Los domingos compra un litro de helados de limón y lo reparte entre los niños pobres con una cuchara que trae de la casa. Es una beatita.

-Dame uno de naranja.

-No se los coma tan rápido, se le va a helar el píloro.

-¿El píloro?

-Una válvula del estómago que comunica con el intestino delgado.

Con la barriga agradecida por ese manjar inesperado, decidí dar una vuelta por los alrededores para ayudar a tan grata digestión y no se me congelara el píloro. ¡Qué tipo tan singular!

El domingo, en plena misa, justo cuando comulgaba, estalló un Ave María que no sorprendió a nadie salvo a mí que no pude evitar un salto. Hilda Peñaloza. La escuchaban embelesadas. No había un solo hombre en misa. Me pregunto de dónde salía tanta mujer de negro. Repletaban la nave. Olían a ropa sucia, a gato destripado. Miraban transportadas a la cantante que vestía un curioso atuendo, mezcla de hábito religioso, de uniforme de enfermera y zapatillas de tenista. No tenía mala voz. ¿Quién la había vestido así? Sin duda, esas mujeres ajadas de chales apolillados y zapatos deformes. Lágr-

mas corrían por las momificadas mejillas. Terminada la misa, observé a Hilda mientras salía. Parecía novia de provincia. Y ahí se me iluminó la mente: estaba vestida de santa.

Dirigí mis pasos a la plaza. Ahí estaba el tonto del pueblo vendiendo helados. Hilda compró un litro y, seguida por seis o siete niños, fue a sentarse sobre un banco donde comenzó a darles cucharadas. Una para ti, otra para ti, y así.

-Un helado, padre.

-Un litro de lúcuma.

Dos semanas después la topé en la pulpería. Terminé mis compras y la esperé afuera.

-Buenos días, Padre.

Rostro de campesina agraciada, dientes sanos, cuello largo. Una cara armoniosa aunque de labios demasiados gruesos.

-Estoy algo apurada.

-Anda con Dios.

La observé. Caminaba echada para atrás y pisaba con los pies algo doblados hacia afuera, como un pato.

Se supone que un cura se atiene a las reglas cerradamente, pero otra cosa es lo que uno piensa de todo. En este caso tampoco importaba lo que yo pensaba, pero no podía dejar cantar en plena misa el Ave María a una soltera embarazada.

Esa tarde, después de meditar y rezar, fui a su casa. Me abrieron tres viejas hediondas y vestidas de negro. Adentro de la casa me encontré con cuatro más. Parecían arañas gigantescas. Me instalaron en un sillón de mimbre con un vaso de cherry caliente y un plato de galletas. Sus modales eran obsequiosos y rastreros.

-Deseo hablar en privado con la madre de Hilda.

Las siete harpías se miraron. Me molestaba tanta dulzura en sus miradas y sonrisas.

-Ibamos a rezar el rosario, padre. La madre de Hilda vive en Santiago.

-¿La ha visto ya un médico?

Dejaron de sonreír y comenzaron a mirarme un tanto agazapadas, alertas.

-Hilda no está enferma- me espetó una adelantándose. Era coja. Una coja de pesadilla con cara de hombre feo, de facciones crispadas y de ojos inhumanos. A ésta sí que no la había visto todavía y esperé ardientemente no verla más. Que Dios me perdone, porque en ese esperpento vi por algunos segundos al Dragón y me flaquearon las fuerzas. Se dice que no hay ángeles ni demonios sino seres humanos, pero este era la excepción.

-No. Claro que no está enferma. ¿Qué edad tiene? - quise saber.

-Dieciséis. Es una pajarita -gritó otra de las viejas con voz de pajarraco. Aparecieron las sonrisas y los movimientos salameros, menos en la coja que no me quitaba sus ojos de insecto. Era hora de terminar. Además no deseaba tomarme el cherry caliente ni seguir mirando esos rostros draculescos ni soportando el hedor del lugar.

-El problema es que está embarazada -comenté como al pasar.

La bomba. Por un rato creí estar participando de una película de horror. Se les hundieron las mejillas, los labios se les estiraron en un rictus que nada tenía que ver con sonrisas, el cuerpo entero se les retorció en feas contorsiones. Siete brujas fétidas me enseñaron los restos de sus dentaduras. Se encogieron como si fuesen a saltar sobre mí.

-La niña es una santa -gritó una voz gutural.

-Una santa bendita -graznó otra.

-Es, sin duda, una niña muy buena. No digo lo contrario. Lo que pasa es que está embarazada -expliqué con la mayor tranquilidad.

-Impió -me escupió una.

-Salga de aquí, embustero, calumniador.

-Fuera -ladró la coja, estirando teatralmente el brazo, indicándome la puerta.

No me lo hice repetir. Me fui a casa sin detenerme siquiera a comprarle helados al chiflado que andaba por ahí con su carretón y su burro.

No se habló más del asunto. Hilda siguió cantando el Ave María, una versión bastante libre, ensamblando el de Schubert con el de Gounot, con su atuendo de santa. Terminaba de cantar y me miraba sonriendo. Un rostro agradable de grandes ojos.

Había una labor cristiana que cumplir y la cumpliría. Ya no se trataba solo del canto. Haciendo de tripas corazón, volví a la casa de las viejas. Sonriendo y graznando me hicieron entrar y ya tenía en mis manos un vaso tibio con cherry. Menos mal que no estaba la coja. Las galletas no se dejaron esperar. Las mismas de la vez anterior a juzgar por el polvo que las cubría. Se me apretó el estómago y el píloro se me cerró a cal y canto.

-Deseo hablar con Hilda.

-No está aquí. Sírvase, Padre.

-¿Dónde puedo encontrarla?

-Pues en su casa. ¿Dónde si no?

-¡Cómo! ¿No vive aquí?

-Hilda nunca ha vivido en esta casa, padre.

-Ah, no.

Dejé vaso y plato entre las flores de plástico y salí furioso a buscar al embustero del heladero. Era fácil dar con él, pues pasaba todo el día vagando con su burro y su carretón,.

-Contigo quiero hablar, grandísimo embaucador.

-¿De qué lo quiere?

-De limón.

Era imposible resistirse.

-Me has mentado. Dijiste que tu perla vivía con las viejas.

-Fue una mentira piadosa.

-No me hables de piedad. ¿Dónde vive Hilda? Suelta la pepa.

-¿La pepa?

-Sí, hazte el imbécil. Yo sé que no lo eres. Sé, sé que no eres el imbécil que pretendes.

-Sentémonos allí, padre.

Hilda vivía -y parece que la explotaban un poco- en la casa más elegante del pueblo en la que habitaban cuatro mujeres maduras, viudas y aún potables, no sé si me entiende, Padre. Andaban en un auto de tres metros. Nunca se las ve por el pueblo. Millonarias y dueñas de muchas cosas. Tierras, minas, animales. No se metían con nadie. Orgullosas, arrogantes, no había relación posible entre ellas y el carácter dulce de Hilda. Si usted va a su casa, Padre, no lo van a dejar entrar, palabra. No quiero que me lo humillen. ¿De qué lo quiere ahora? ¿De naranja?

No me gustó la historia. Además no capté lo esencial. Sus ojos me contaban otra cosa. Las palabras tratan a veces de apresar algo que se escapa o no se puede relatar. Pero ahí estaban los ojos de Juan que se fijaban en los míos, los rehuían, miraban el suelo, volvían a los míos, abiertos y húmedos. Eso fue lo que no me gustó. No me agradó lo que contaban sus ojos mientras sus palabras pintaban escenas como un pintor impresionista, tratando de captar la luz que se le escapa.

-No me vuelvas a hacer perder el tiempo con mentiras. Bien, muy ricos tus helados, pero ahora, padrecito, a tus labores.

-¿Va a ir?

-Sí.

-¿No quiere tomarse un trago antes?

-No necesito el alcohol, gracias a Dios.

-Pero cigarrillos, sí.

-Gracias, Juan, no te preocupes. He estudiado para enfrentar estas cosas. Estoy preparado.

Con un ademán brusco, pero diestro, Juan introdujo en mi bolsillo una cajetilla de Richmond junto con una caja de fósforos. No fui capaz de desairarlo.

Tranqueando por las calles desiertas me dirigí a la

casa californiana de las cuatro viudas. El viento hacía flac flac en mi algo raída sotana. Me detuve frente a la reja del jardín arbolado. Una hermosa caja. Elegante al punto de hacerme sentir torpe. El viento me había despeinado. Mis zapatos se veían grises por el polvo del camino. Nadie salía a abrir. Si bien no había tocado el timbre, tenían que haberme visto venir. Esperé un rato más, mirando el jardín, la fachada, los vidrios impecables, las cortinas, los pilares del corredor, el garaje del mismo estilo de la casa. Los cigarrillos en el bolsillo comenzaron a penarme. Toqué el timbre. Nada. Ya estaba por dar media vuelta y volver sobre mis pasos cuando se abrió la puerta y salió una empleada mapuche con una tijera de podar que se dirigió resueltamente a los rosales. Antes de que cortara la primera flor, le hablé. Era imposible que no me hubiese visto.

-Buenas tardes.

-¿Usted es el que está tocando el timbre? —me amonestó como a un niño mal criado.

-¿Está la dueña de casa?

-¿Y a usted qué le importa?

Cortó con brusquedad un manojo de rosas y se metió a la casa. Abrí la reja y entré al jardín. Un camino de baldosas coloniales me llevó hasta la puerta de casa a la que apliqué dos enérgicos golpes con mis nudillos. Otra espera. Repetí los golpes. La puerta se abrió y ante mí quedó una mujer grande maciza, bien vestida. Una señora.

-¿Qué pasa? -me preguntó extrañada y bloqueándome ostensiblemente la pasada.

-Aquí vive Hilda. ¿No es cierto?

-Sí. Es cierto.

-¿Puedo verla? -se balanceaba para impedirme ver el alajamiento interno de la casa.

-Está enferma.

Era el momento de tomar cartas en el asunto. Atento al movimiento pendular de la mujer, esperé, como un

boxeador estrenado, el instante, el segundo, para sorprenderla. Lo logré. Me deslicé raudo por su flanco descuidado y, sorpresa, estuve dentro del salón. Olor a sándalo. ¡Qué casa!

-¿Puedo pasar, no? -pregunté con alegre ironía.

-¡Cómo se atreve!

Ahora tenía que calmarla. Le iba a decir aquello de "el que se enoja pierde" que ya me había servido en otras ocasiones para amainar temporales, aunque todo dependía del tono con que se pronunciaba. Entonces apareció otra mujer y me di cuenta de que yo era un niño bien, ingenuo y leal, de trato fino y cordial, peleando deportivamente con un hampón sucio armado de manoplas. Me sentí golpeado y ensangrentado, perplejo, pues las reglas mínimas dejaron de ser respetadas. Fue como si el hampón me reventara la nariz, me sacara los dientes a fierrazos y me dejara chorreando sangre, saliva y lágrimas. Por el pasillo apareció otra mujer cuarentona. Estaba desnuda salvo las medias negras a medio muslo sostenidas por un portaligas. Un vello cobrizo y rizado le cubría todo el bajo vientre. Sus senos se bamboleaban como pesados melones. Los cigarrillos. Mi mano buscó automáticamente los cigarrillos en el bolsillo. Mis dedos abrazaron la cajetilla con los fósforos. Detrás de esta mujer, apareció, riéndose, Hilda, totalmente desnuda. Ahí me di cuenta de que las dos estaban cubiertas de sudor. Ambas me ofrecieron su sonrisa. El que se enoja pierde.

-Hilda -la voz me salió impostada, sonora-, los placeres anormales le quitan el gusto a los normales.

-Entonces, córtate la mano -gritó un voz de hombre detrás de Hilda.

Me deslicé hacia afuera tal como había entrado.

-Intruso -susurró la que me había abierto.

Pisé las baldosas del enorme jardín. Dejé abierta la reja y volví a caminar rumbo a casa por el tierroso camino. En eso me di cuenta de que estaba fumando. ¡Coño!

Hidropesía fue el diagnóstico que corrió de boca en boca. La pobre niña. Tan jovencita y con hidropesía. Ya me parecía que era eso. Se les hincha el vientre. Me pregunto de dónde sacaron el terminacho. Dios manda estas pruebas a las futuras santas. Las más terribles enfermedades y padecimientos. Ahí tienen a Santa Cecilia y a los mártires.

Varios meses después, el vientre era ya evidente. Partió en bus al hospital de la ciudad, acompañada por un par de viejas mal olientes que volvieron solas. La hidropesía era cosa seria.

Cuando me tocó a mí ser trasladado de urgencia al hospital, envenenado por la esencia y, o, el colorante de lúcuma, naranja y, o, limón, me enteré de que Hilda tuvo su guagua y volvió con sus padres que vivían en Santiago.

La coja le había tomado varias instantáneas a Hilda las que se mandaron a ampliar tamaño poster, las enmarcaron y así deben de estar colgadas en la iglesia, al lado del altar. La paz sea con ella después de todo. Con Hilda, por supuesto. Y parece que Dios la protegió, pues dos o tres años después la vi en un programa de TV. ¡Imagínense mi sorpresa! Hilda cantando Corazón de melón entre reflectores, humo de color, y vistiendo una faldita que parecía cinturón.

EL AMOR DE NOEMI

Mario era tan inflexible como amable y su esposa estaba dispuesta a todo por él, pues presentía que esa rigidez podía ser una señal de una sensibilidad excesiva o, y esto era lo peor, una vulnerabilidad que los buenos modales no bastan siempre para proteger. Las restricciones de su educación y profesión le impedían a Mario darse libremente. Claro que el entregarse implicaba un peligro cuyas consecuencias ella conocía. Uno no podía bajar la guardia.

-¿Vieron eso?

-El camión frenó a centímetros del tipo.

-Ni siquiera pestañeó.

-¿Habrán hecho una apuesta?

No había tal apuesta, pues el chofer le gritó e insultó, pero don Mario siguió caminando sin darse cuenta de los peligros a que se exponía en las esquinas. Algo le estaba pasando. Tenía ya cincuenta y ocho años y estaba inserto en un orden amable, que dejaba fuera toda zozobra, que el mismo había construido meticulosamente ya antes de entrar a estudiar. Había que comprender. La historia de su familia estaba plagada de desastres económicos, verdaderas tragedias con muertes y suicidios. Y no sólo reveses monetarios, también por otras causas se podía terminar mal. Ya de adolescente había decidido que a él no le parecía nada de eso. Lucharía para mantenerse en pie con toda la dureza y disciplina que le permitían sus fuerzas. En la universidad conoció a Noemí

que lo apoyó en todos sus planes. Se amanecían estudiando. Iban a fiestas y reuniones sociales con un objetivo claro que no perdían de vista: relacionarse. Ya antes de egresar, Mario tenía montada la firma. Después fue sencillo, pero intenso. Trabajaba bien. Buen mozo, de trato fino y cordial, logró levantar una empresa jurídica sólida y prestigiosa. Se casó con Noemí recién cuando tuvo su primera casa propia y algunos ahorros. Noemí sentía por él un amor sin condiciones. Era una mujer piadosa. La iglesia, su marido, sus hijos, la casa, eran su mundo en el cual se movía de acuerdo a reglas estrictas, victorianas.

Hacia un año que Mario se permitía el lujo de abandonar su despacho a las seis de la tarde junto con las secretarías y auxiliares. Todo quedaba en buenas manos. Y se había encontrado con la soledad de una casa llena de gente. Era una mansión enorme, elegante, con jardinero, cocinera, dos mucamas y una vieja que había criado a Noemí y a su hermana soltera que también vivía con ellos que tenían tres hijos ya grandes, dos por titularse y el tercero por casarse. Era una hermosa imagen y para ellos y para su mundo, la imagen era algo de vida o muerte. Todo se encontraba limpio, ordenado y hasta oloroso. El jardinero estaba regando. El reloj de la sala daba las seis y media. Tenía lo que había perseguido con tanto afán. Una familia, dinero, una posición social, todo macizo, seguro. Algunas tardes se sentaba a escuchar su casa. La bulla lejana de la cocina, el ruido de la manguera, una hija hablando por teléfono, Noemí conversando con su hermana, todo con sordina, como el big ben del reloj, como la voz de su mujer, constituían un canto, un suave adagio a la coronación de sus sueños.

No quería reconocerlo. Evitaba pensar en ello. Pero en su casa, Noemí notaba algo y disolvía píldoras con vitaminas y sales minerales en los platos de su marido. Iba todos los días a rezar, a pedirle a Dios por su Mario. Una noche, mientras comían con la acostumbrada for-

malidad, la hija menor se quedó mirando a su padre que estaba totalmente ensimismado.

-Papá.

-¿Hija?

-Te he estado observando.

-María Ignacia -terció la madre-, ¿qué modales son estos?, por favor.

-¿Y a qué conclusión has llegado? -se interesó don Mario.

-Que tú naciste para ser artista.

-Basta, María Ignacia - se alteró la madre.

El jurisperito había comenzado a caminar hacia tres meses. Al fin había encontrado su lugar favorito de calles con librerías de viejo y anticuarios, por donde deambulaba entre jipis, limosneros y estudiantes. Le comenzó a gustar meterse en los locales donde lo dejaban tocar y apreciar lo que quisiera. Las primera veces lo miraban con cierta sorpresa dado su porte y vestimenta tan elegantes. Siempre había tenido la literatura no ya, por último, como distracción sino que lisa y llanamente como un distractor. Nada por allí era de lo más limpio y ordenado. Enormes estanterías con libros raídos de lomos descascarados. Mesas repletas de jarras, estatuillas, hasta escupideras. Aquello conformaba un universo desconocido que despertaba su curiosidad. Una vez, en otro barrio más pulcro, había entrado a una librería convencional. Una vendedora le había preguntado qué deseaba. Se turbó. No conocía a nadie del mundo de las letras. Quiero mirar un rato. La vendedora lo había seguido paso a paso. No volvió nunca más. En cambio, en el barrio bohemio las cosas eran diferentes. Todo estaba permitido menos robarse los libros. Ya lo conocían y lo aceptaban, hasta intercambiaba miradas de saludo con los vendedores.

Así como seleccionó el barrio, la calle, también lo hizo con un local. Este era bastante amplio, tres gigantes-cas piezas repletas de libros viejos, discos increíbles y

antigüedades mutiladas, en una casona del siglo pasado. Lo atendía un hindú de cierta edad que olía a almizcle. A veces se encontraba allí un joven delgado de larga melena que tocaba dulcemente la flauta, sentado en un sillón de mimbre con las piernas estiradas y separadas. Lo que más lo atraía era una estatua de ébano ante la cual se paraba largo rato. Africana, le había dicho el hindú con voz amabilísima. ¿Que dirían en casa si llegaba con ese... con esa rareza? Sorpresa mal disimulada había causado aquel día en que llegó con los primeros libros a casa. Un tomo de Proust y tres libros con representaciones de pinturas del museo de Louvre, pesados y casi nuevos.

Noemí le propuso ir de vacaciones. El la miró divertido. En verdad, no era cansancio. No era la típica fatiga por el exceso de trabajo lo que reflejaba su rostro. Además hacía años que el trabajo había dejado de ser excesivo, por el contrario. Tenía muy buenos abogados que absorbían prácticamente todo. El oficiaba cómodamente de consultor, no solo era el propietario sino que también el hombre de experiencia de la firma.

Una tarde, el hindú había colocado una hermosa flauta, sin duda, antigua, ennoblecida por el uso, al lado de la escultura africana. Mario la tomó en sus manos.

-Es una belleza, señor.

-¿Puedo?

-No faltaba más. Inténtelo.

Sopló. Un sol perfecto, sin estridencia, acariciante, vibró en la vieja habitación.

-Pues, me la llevo.

-Tiene un estuche y un juego de baquetas. Debe secarla muy bien después de tocar.

Era tan cara que tuvo que extender un cheque.

No bien llegaba a casa, se ponía a practicar con el instrumento que proyectaba un sonido suave y penetrante que ponía nerviosos a los demás moradores. Los hijos se quejaron, apenas podían concentrarse para estudiar. Las mucamas, a quienes se les prohibía poner la

radio más allá de cierto volumen, estaban irritadas. La hermana soltera de Noemí sentía deseos de gritar ante esa serie de pitos sin ton ni son, agudos, graves, cortos, largos, pero sin hilvanar ritmo ni melodía alguna.

Ese día, don Mario caminó presa de una excitación que no sabría explicar. No se percataba del tránsito al cruzar las calles. Hubo gritos y silbidos de alarma que no escuchó. Gotitas de sudor perlaban su noble frente abombada. Era un caballero y nadie osaba interpelarlo. A ese señor le faltaban los guantes y un paraguas para semejar un lord inglés. Sin darse cuenta, recorrió más de veinte cuadras. Luego se devolvió. Poco a poco se fue recuperando. Controló su paso y su expresión facial. Entró al negocio del hindú y, sin detenerse a observar antiguallas, se plantó ante el hombre. Le costó comenzar a hablar.

-Quiero aprender a tocar la flauta que me vendió.

-Me parece muy bien -los ojos del hindú brillaban.

-Es un instrumento tan fino que tenerlo en casa sin que nadie...

-Entiendo. ¿Quiere tomarse un café conmigo? Asiento.

El hindú tenía abierta la camisa dejando ver un pecho casi negro, sin pelos. De un termo hermosísimo vertió café en dos tazas azules. Lo bebieron con mucha azúcar. El aroma del café se mezclaba con el de almizcle del hombre.

-Sergio es el mejor profesor que podría recomendarle.

-Sergio.

-Sergio. Creo que usted lo ha visto más de una vez por aquí. No sé si se acuerda. Un joven alto y delgado, con melena hasta los hombros, que suele sentarse a tocar flauta entre mis libros.

-Sí, me acuerdo muy bien de él. Le dejo mi tarjeta. Mañana estaré a las seis en casa.

-Usted manda, mi señor.

Don Mario llegó a su mansión agradablemente fatigado. ¡Qué día! Durante la cena estuvo casi locuaz. El

café lo tomaron en la sala y él se preparó un whisky. Toda una novedad. Después de beber un poco, anunció que iba a tomar clases de flauta. No más de media hora, los tranquilizó.

Noemí fue al otro día a misa y se quedó en la iglesia un largo rato. Pensando. Había sido una buena estudiante de leyes, imaginativa, pero ante todo enamorada de Mario. Lo amaba más que a nada en el mundo. Lo había apoyado y protegido, gastado su herencia en instalarlo. Dios no la abandonaría y ella se encargaría de que nada malo le ocurriera a su esposo.

Toda la casa estaba esperando al profesor. Hasta el jardinero y la empleada de la casa contigua. Mario lo hizo pasar a su pieza. Cerraron la puerta y comenzó casi inmediatamente la sonajera de pitos. Fa, la, do, mi; mi, sol, si, re, fa. Mi, sol, do; mi, sol do.

Aquello duró la media hora prometida. Las clases eran todos los días. Algo se progresaba cada vez. Todos lo creían notar. El hombre desairó a Noemí cuando ésta le ofreció un té o un café. Se hacía llevar al dormitorio y allí se encerraban y comenzaba la algarabía, suave, dulce, pero penetrante.

Noemí salió de compras. Nerviosa, tiesa y decidida, adquirió lo que necesitaba. Volvió a su casa y escondió el paquete en la habitación contigua al dormitorio, en el cuarto de costura, pieza que ocupaba su mamá vieja, la mujer que había sido su niñera y que ya no hablaba y casi no podía andar de lo vieja que era, pero que la miraba con los ojos húmedos de cariño.

El día en que sucedió la encontró preparada. El joven melencólico se encerró con su marido. Noemí se encontraba en la pieza de costura, apretándose un pañuelo contra la boca. Espero un minuto, dos minutos. Esperó más rato, luchando contra la evidencia. El silencio crecía monstruosamente alrededor de ella. El silencio invadía la casa, descendía por la escalera, atravesaba paredes. El silencio llegaba a los oídos de los muchachos, de las

mucamas, de su hermana, de la cocinera, de la servidumbre de los vecinos. Más de alguna sonrisa burlona estaría brotando. Se levantó. Los ojos de su mamá vieja la seguían con ternura. Abrió el armario y extrajo la flauta que había adquirido y, después de esperar otro minuto, comenzó a tocarla, suave y dulcemente, mi, sol, do; mi, sol, do.

¿TE ACUERDAS DE HILDA?

Trac. Así debe haber sido. Así fue. No me acuerdo. Osvaldo con su pinta bárbara, pañuelo al cuello, no te olvides del metro ochenta, se le acerca. La alcanza antes de que suba al auto. Parece que era una limusina. Era un taxi. Y le dice ¿quieres un cigarrillo?, con esa calma, a punto de bostezar, le dijo, señorita Hilda, perdón, me gustaría conocerla o ¿qué tal si salimos? u hola, ¿podemos conocernos? Parece que le dijo: ¿vamos a tomar un café? Ella lo miró. El, rubio, clase alta, sweater descosido intencionalmente. Entonces, ella sonríe. Trac.

-¿Por qué paras la grabadora?

-Pongámonos de acuerdo. Le preguntó si podía acompañarla.

-Yo estaba a veinte metros. Con un ademán le mostró el violín Gitano y la convidó a tomar té.

-No es eso lo que queremos. "Y la convidó a tomar té". Eso no existe. Tratemos de recuperar el instante. Además no fue el Violín sino el Villarreal. A ver.

Trac. El le dijo ¿le apetece un café? ¿Podemos conocernos, no es cierto? Sí, sí. Osvaldo y su colonia que se las juega en las distancias cortas. Hilda le respondió ¿pero vos, qué pretendés? Exacto. Venía de Buenos Aires. Acababa de triunfar en Buenos Aires y se le había pegado ese modo porteño de decir las cosas. Tomar café y charlar, respondirole Osvaldo. Riiin. Voy a abrir, corta. Calma. Debe ser Osvaldo. Trac.

-Hola, Osvaldo. Llegas tarde.

-No me digan que ya comenzaron a grabar.

-Dijimos a las cinco. Son las cinco y media. Sigamos.

-Dame un pucho. Fósforos. Ya.

Trac. Le ofrecí mi brazo. Eso la mató. Tú lo has dicho. No seas sobrado. Lo hice por ustedes. Te lo agradecemos. El agraciado Osvaldo. Pero la plancha la pasé yo. Todo el mundo la miraba, la reconocían, la saludaban, silbaban. La mansa mina. Y con esa falda de cuero a medio muslo. A muslo entero. Apenas le tapaba las nalgas. Y yo con ella por Ahumada, qué plancha. Así las tetas. Y asá las caderas. Y entramos al Villarreal. No, al Goyescas. Al Novias. Yo los iba siguiendo, fue al Goyescas. Pero cómo no lo voy a saber yo que iba con ella. La emoción, hombre. Entramos y... segunda plancha. ¡No joda! Hubo aplausos. Coño. Pedimos dos manhatans. La instaron a cantar. No te dije que se trataba del Goyescas. Tienes razón. Cantó. Y encantó. Hizo lo suyo. Se la comieron a aplausos. Cuando volvió a la mesa o cuando el ayudante de ceremonias la trajo de vuelta a la mesa, la mesa de los manhatans, tú, yo puse cara de ligeramente fastidiado y me lancé. ¿Vamos a un lugar más tranquilo? ¿Qué tan tranquilo? Quiero que vengas a fornicar, perdón, a tomar un trago, un aguas, al departamento de un amigo. No dijiste fornicar. Ni tampoco: vamos a tomar un aguas. Seremos cuatro, no, cinco contigo. ¿Muy lejos? La tenía. Ahí me di cuenta de que la tenía, cuando, mirándote a los ojos, me preguntó: ¿muy lejos?, mirándome a los ojos. Entonces saliste y la metiste a un taxi. No los vi a ustedes. Estábamos allí y tomamos un segundo. ¿Un segundo qué? Un segundo taxi, animal. Siga a ese auto chofer. ¿Te acuerdas de la tanda adentro del cacharro ese? No se le acerque mucho que puede haber tiros. Adelántelo. Estás loco. Tenemos que llegar primero, yo tengo la llave del departamento. ¡Mierda! Páselo, chofer. Así. Aléjese. Piérdalos. Al llegar, nos bajamos como asaltantes de banco. Rajados, nos tomamos el ascensor.

Una vez instalados en el nido, la guarida de las águilas, prendimos velas y apagamos la luz eléctrica. Atmósfera. Desodorante ambiental. Pino. No, lavanda. Sándalo. Bergamota. Riiin. Son ellos. Pónganse las chaquetas. ¿Todos tienen condones? Coloca corazón de melón. Eso, a water melon heart. Riiin. Abrí con esa calma de Roland Colman. Trac.

-¿Por qué la paraste?

-Quiero dejar grabado todo lo que pasó, pero también lo que pasa hoy.

-Hoy no nos pasa nada.

¿Pasó algo alguna vez?

-En verdad, hace tiempo que no pasa nada.

-En los tiempos de Hilda no teníamos heridas ni cicatrices. Al menos así nos sentíamos. Osvaldo no estudiaría, pues iba a heredar un puesto en la bolsa. Antonio ya tenía parte de un fundo, pero no sabía qué hacer con él.

-La educación media, el acné, la masturbación, el fútbol, incluso los libros, ya habían quedado atrás hacía ya un par de meses.

-Meses que parecían años. Después de todo, fue una década de mierda la del cincuenta. Nos tenían bajo control los padres, los profesores, los carabineros, los sacerdotes, pero sobre todo la radio, las películas y las revistas.

-La pista estaba severa y alegremente marcada. Así hay que vestirse, hablar, parecer. Qué ejército de títeres.

-Tarareábamos las canciones de Doris Day. Vestíamos terno y corbata perfectamente anudada. Cuidadosamente peinados. Y toda esa basura de la matiné y de tomarle la mano a una niña durante la función. Pero...

-Pero...

-Ah.

-La voz de Hilda Lamar.

-Su voz suave, con un dejo de afonía fascinante y natural, sensual, cálida. Era una voz que con un

undertone te decía al oído: entrégate, no resistas, déjate ir, así, así...

-¡Calla, brujo!

Trac. Grabando. ¿Dónde quedamos? Justo cuando les abría la puerta. Falso, la abrí yo. Vos estabas cagado. Bueno, uno de nosotros abrió la puerta. La pieza estaba apenas iluminada por dos velas. Dos velas pungas. En ese tiempo no había velas de color. Había. La puerta fue abierta por alguien. Eso me gustó. No se iba a abrir sola. Y yo corté la música. Ese water melon heart era muy evidente. Y muy rasca, así me pareció en ese momento. Ahora te gusta. No lo he vuelto a escuchar en mi vida. ¿Ah, no? Trac.

-Córtala con el corazón de melón.

Trac. El culo lo tenía de melón. Su delicioso meloncito. Ahora te sueltas, pero cuando yo abrí la puerta, ¿vos?, se cortó la música y caímos en el mutismo. Ahí estaba ella, Hilda, toda de melón, en el umbral. El olor a cuero de su falda, su perfume, su aroma de mujer, ella entera en el umbral, las velas ¿qué te pasa con las velas? Entró, entraron, ella y yo, Osvaldo, una cabeza más alto que Hilda, Hilda Lamar. ¡Qué cintura tenía! La puerta se cerró. Los cinco, los cuatro hombres y la hembra, estáticos a la luz de las velas que titilaban. Titilaban, qué cursi. Fue un momento cursi. De gran novela decimonónica. En eso estoy de acuerdo. La puerta se cerró. Quedamos encerrados. Gratamente encerrados. Cómplices. Cosquilleo. Tácito contubernio. En silencio y... No sigas con lo de las velas. Las fálicas velas. Los condones en los bolsillos. La hembraza ahí de pie, con las piernas algo separadas. Era estupenda. La mejor. Sin hablar. Radamés y Aída. Trac.

-Putas que eres huevón. ¡Qué pito toca Radamés aquí!

-Morire si pura e bella.

-¿No hay cerveza en esta casa?

-Ese día no pediste cerveza.

-En los cincuenta, la cerveza era mal vista. De rotos. Según las revistas, diarios y películas, la gente gente bebía solo martinis y manhatans. ¿Se acuerdan?

-Uno con aceituna y el otro con una guinda al marrasquino. Teníamos dos jarras listas en el refrigerador. Una con martini y la otra con manhatan. Un plato con aceitunas verdes y otro con guindas.

-Brindemos por ella.

-Por sus muslos.

-Por sus pelitos.

-Por toda ella.

Trac. Grabando. Todos gritábamos mentalmente por un trago. Uno doble. El grito silente. Que sean cuatro. No, cinco. Entonces, sonó la voz de Osvaldo. Aquí la tienen, dijiste, dije, aquí se las traje, no, aquí está ella. Hilda Lamar, dijiste, aquí tienen a Hilda Lamar en cuerpo y alma. Enterita. Completa. Queremos brindar por ti, Hilda. Eso lo dije yo. Qué galantes estamos, habló ella. No, fue: qué amables son. La teníamos. Qué tiernos. Eso no. Jamás dijo: qué tiernos. Qué galantes estamos. Eso. Empezamos a movernos. Yo me saqué la chaqueta. Antonio también. Yo traje las jarras. Ella se sentó mostrando sus muslos en todo su esplendor. En todo su esplendor. Y por segundos, vimos sus diminutos calzoncitos blancos. Albos. Una palomita. Y cruzó sus piernas. Los calzones eran negros y de encaje. Músculos. Y tú te quedaste inmóvil con la jarra en la mano, vertiendo martini sobre el piso. Martini y baba. Los vasos. Las aceitunas. Los muslos. Las guindas. Los senos grandes y punzantes. Atoronzados. Chorreaste la mesa. Le puse aceitunas al manhatan. Bebimos. Hasta que yo me puse de rodillas a su lado. El calor de su cuerpo. Sus labios pintados. Y le pedí. ¿Cómo se lo pediste? Queremos pedirte algo. Así fue. Queremos pedirte algo. Y ella, estamos en confianza ¿no es cierto? Qué bien olía. Y me quedé de rodillas allí con la mente en blanco. Hasta que Antonio, yo, tú, con voz impostada, engolada, postiza,

natural de barítono, queremos que cantes para nosotros o, por favor, cántenos. Y ella se puso de pie y dijo yo también quiero pedirles algo. Silencio elocuente. Quiero cantarles desnuda. No, deseo, cantarles, pero desnuda. No, no, dijo: sí, pero desnuda. Trac.

-Dame más cerveza.

-Va, va. Pásame los fósforos.

-Dame otro pucho.

-Vamos bien. Así fue.

-Yo tengo mis dudas.

Trac. Hazlo, pidió Osvaldo. Por favor, rogué yo. Antonio comenzó a sacarse la camisa. Vos también. Retiramos la mesita. ¿Quieres desvestirte en el dormitorio? No, deseo desnudarme aquí, con ustedes. Hablaba lento. ¿No me van a ayudar?, o ayúdenme, flojitos. Yo me le acerqué y sentí su calor. Estaba caliente.

Cómo recuerdo ese momento. ¿Estás seguro? Le desabotoné la blusa mientras sus senos se movían pesadamente. Qué miras, malito, susurrome. Y yo me saqué todo menos los slips. Y eso que tú no pensabas cantar. La libré de la blusa. Despacito, sin romper. Así. Ella ya comenzaba a jadear un poco. Yo me arrodillé y le aflojé la falda que cayó pesadamente al suelo. Quedó prácticamente desnuda. Ocho manos. Ante mí sus caderas tibias y sus calzoncitos que apenas le tapaban el sexo. Se le veían los pelitos por arriba y por los lados. Se me puso duro. Y yo, nosotros, le sacamos el sostén. Tú por atrás. Pero le rocé los pezones erectos. Eran enormes. Los tenía parados. Todos lo teníamos parado. Faltaban los calzoncitos. Su entrepierna. Eran negros. Sí, negros y de encaje. Aproximé la cara, mi boca, lo más posible y los deslicé. Sus pelos tocaban mis labios, arañaban mis labios. Por favor, no, todavía no. Levantó una rodilla, flectó una de sus poderosas piernas para terminar de deshacerse de sus ínfimos calzones. Estaba húmeda. Eran ocho manos. La boca entreabierto. Pónganse ahí. Indicó la pared y el suelo. Y ahí nos sentamos. Encendi-

mos sendos cigarrillos. Ceniceros en el piso. Ya ninguno conservaba los slips. Ni siquiera los calcetines. Olor a su perfume de mujer, a vela, a sudor. Desnuda toda ante nosotros. La mujer que tenía caliente a todo Chile. A la luz de las velas. Era magnífica. No pestañeábamos. Comenzó a cantar despacito, casi en falsete. Señora dei pecado. No fue esa. Bésame, bésame mucho. Tampoco. Creo que fue esa. ¿Cantó? Quiero tenerte muy cerca. Ven, desesperadamente. Me miras y tu mirada se mete dentro, dentro de mí. Acércate más y más. Se movía. Meneaba las caderas. Hundía los dedos en el pelo. Se pasaba las manos por los costados. Nos dio la espalda. Casi me fui ahí. Te fuiste. No. Acabaste, huevón. Acabé cuando se nos acercó y siguió cantando de rodillas ante nosotros. Te quiero así. La salpiqué entera. Su voz vaciló hasta que dejó de cantar. Ahora sí que jadeaba. Deseosa. Lentamente se puso nuevamente de pie y se quedó ante nosotros con las caderas echadas hacia adelante. Ofreciéndose. Anhelante. Separó sus piernas. Se abrió de piernas. Y yo la abracé por las caderas y hundí mi boca en su vulva peluda. Cómo gimió. Y ya la atraqué por atrás. Su delicioso meloncito se quedó quieto al tiro al sentirme. Antonio se puso un condón. Ella lo vio. Se retorció de gusto. Háganlo de a dos, pidió ella con voz ronca. Háganmelo de a dos, dijo, entre suspiros y gruñidos. Creo que la hicimos ladrar. Vengan. Aquí. Nos llevó al dormitorio. Se tendió de espaldas. Tú por aquí. Tú cólocate a horcajadas. Así, más lento, tonto. Métemela en la boca, en la boquita. Mmmm. Y Antonio se la puso en la vulva y la penetró pulgada a pulgada, se la metió hasta los pelos. Y después... Trac.

-¿Qué les pasa?

-Tristeza.

-Hilda es irrecuperable.

-Todavía debe de existir.

-¿Es que existió alguna vez?

-No se puede separar a la persona del momento. Esa Hilda, la de ese día, es irrecuperable.

- Pasó.
- ¿Pasó?
- Pasó. Fue. Es menos triste que pudo haber sido.
- ¿Pudo haber sido?
- Se ha hecho tarde.
- Brindemos por ella otra vez.
- Salud por sus pechos de toronja.
- Por su meloncito inquieto.
- Por ella, amigos, por toda ella.

EL SEÑOR ACUÑA

La deliciosa criatura sonreía y reía cada vez que nuestras miradas se cruzaban al punto que vacilé. ¿Era simpatía o me encontraba ridículo? Mi pantalón estaba bien cerrado. El asunto era que andaba de terno lo que me hacía sentir poco menos que enmascarado. Las mujeres lucían empavesado completo y los hombres unos trajes que hedían a millones. La figuración y el dinero campeaban en el cocktail-party y yo soy del tipo sencillo. Si pudiera comprar a cualquiera de esos patanes por lo que vale y venderlo por lo que cree valer, podría retirarme mañana mismo. Ni siquiera eran honrados. Manejaban autos último modelo, pero sacaban los cigarrillos a golpes de la máquina y partían rajados, sin bajar la ventanilla, para no darle propina al paralítico que les cuidaba el auto. La mujercita me miraba y se reía. Yo soy del otro tipo, menos competitivo. Me gusta pasarlo bien, tener amigos y zapatos cómodos, el cambio de las estaciones, el aroma del café, la primera mirada en la mañana por la ventana, Bertold Brecht, etc. Disfruto del confort de mi departamento. Precisamente, el otro día, el conserje del edificio dijo que el señor Guzmán deseaba hablarnos porque solamente en el último mes habían violado a dos mujeres, robado en cuatro departamentos, maltratado a tres hombres, pintarrajeado las paredes, desconectado diez veces la luz, robado los medidores de agua. Lo que ocurría en los departamen-

tos no era mejor, putas, con el permiso suyo, doctor, en uno de ellos; maricones, con el permiso suyo, doctor, en otro. Además, alguien, un morador, era cleptómano. Me acerqué y le dije (a la damita risueña en el cocktail, no al conserje):

-Vamos a otra parte. ¿Qué te parece? -podía terminar de reírse o aceptar.

-Depende -sin dejar de sonreír.

-Mi departamento.

-¿A qué?

-A conocernos, conversar, tomar café, escuchar música y...

-¿A ver qué pasa?

-Sinceramente, a ver qué pasa. ¿andas en auto?

-No. ¿Y tú?

Así fue como partí con una rubia de pelo largo rumbo a mi habitación.

Nos reunimos catorce propietarios en el salón de Guzmán, el más preocupado. No todos estaban presentes. A decir verdad, las tropelías eran algo alarmantes, pero era la vida. Así lo veía y lo di a entender. Qué tanta cuestión. Bastaba con ver u oír los noticiarios. Gente ahorcada, ahogada, baleada, estrangulada. muerta de hambre, loca, violada, mutilada, otros que no querían vivir, gente que merecía morir, gente que estaba mejor muerta. Lo que estaba pasando en el edificio no era distinto a lo habitual, distinto a lo que siempre ha sido y será. Así lo dije, con el máximo de calma. Además, aquí no ha muerto nadie. Gracias, doctor.

Manejé lentamente, como debiera hacerlo todo el mundo. Ella me miraba. ¿Quién sería yo? Yo también le echaba sus ojeadas cuando se despejaba el tránsito. ¿Quién sería ella? Yo no acostumbraba a vestir tan formalmente ni a ir a ese tipo de reuniones sociales. ¿Y ella? Se veía natural, suave y no sin su toque de distinción de modo que no me atreví a confundir la palanca de cambios con su rodilla.

-¿Siempre manejas así o tu cacharro no se la puede?

-¿Qué sentido tiene el ir más rápido? -repliqué.

-Te estuve observando en el cocktail.

-Yo también?

-¿Y?

-Este es el resultado. Aquí vamos los dos juntos.

-¿Cómo es tu departamento?

-Mira, tiene una cama enorme -se río. Continué hablando-. En las paredes cuelgan látigos. En los closet, mujeres de goma, infladas, etc.

-Me tranquilizas.

Ellos sí que no estaban tranquilos. Era el único que disentía así es que opté por quedarme callado un rato. Tuve que confesar que mi equipo de video había desaparecido junto con mis esquíes, dos cosas que prácticamente no usaba. Robos había desde que el hombre vivía con el hombre, alegué. Claro está que había que tomar algunas medidas, pero no lo que proponía Guzmán. Dijo que tenía al hombre. El señor Acuña. ¿Señor? Sí, doctor, el señor Acuña. Cobraba. Y caro. Había que pagarlo entre todos. Fui el único que se negó. No por cicatero, por principios. No aportaría un centavo. Al día siguiente, apareció un tipo bastante atlético para sus treinta y tantos años. Obsequioso y rastrero. Comenzó inmediatamente a pintar con el color original las paredes rayadas con siglas y monos obscenos. Reparó los grifos descompuestos, etc. Buenos días, doctor. Como si yo fuera un ministro.

Aparqué el auto en el sótano, allí estaban los estacionamientos. Nos bajamos. Ella miró a su alrededor, solitario y silencioso a esa hora.

-¿No hay peligro aquí?

-Pierde todo cuidado. El único peligro lo vas a correr en mi departamento.

Al tercer día de la llegada del señor Acuña, se encontró un cadáver en el pasillo. Un delincuente habitual. Estrangulado. Después, una noche, una de las prostitutas

fue tajeada en el porche por alguien que ella no alcanzó a ver. Se mudaron. Un escape de gas casi hizo volar el departamento de los homosexuales. También se fueron. El prado y el jardín de la entrada dejaron de ser estragados por adolescentes vagabundos. El ascensor y la escalera ya no apestaban a marihuana. La música rock del tercer piso dejó de retumbar. A un señor del quinto piso lo vi con ambas manos enyesadas. ¿El cleptómano? No hubo más robos. Buenas noches, doctor. Discreto y respetuoso hasta la dulzura.

Tomamos el ascensor.

-Qué agradable y tranquilo es todo esto -comentó ella.

Una vez en el departamento, nos despojamos de nuestros abrigos. Desde la llegada del señor Acuña, la calefacción funcionaba a las mil maravillas. Bebimos café, escuchamos a Chopin y nos contamos nuestras vidas. No pasó nada. No podía pasar nada porque las cosas buenas requieren de tiempo. Apenas nos rozamos los labios. Teníamos todo el tiempo del mundo. Le hablé del señor Acuña y de mi posición ante él, que mantendría. Un fugaz destello de respeto hizo brillar sus ojos.

A las doce de la noche bajamos al estacionamiento. El edificio dormía apaciblemente. Las luces del sótano habían sido reparadas y no vuelto a destruir.

El accidente ocurrió cuando estábamos a media cuadra del edificio. Las dos ruedas delanteras se desinflaron ruidosamente. Nos miramos perplejos. Por algunas horas, había olvidado cómo era en realidad la vida. Me bajé a revisar el descalabro. Tres, no, cuatro figuras comenzaron a acercarse lentamente. En mi vida he tenido un arma. Las detesto.

-¿Qué te pasó, viejito? -dijo uno, pateando los clavos retorcidos que habían colocado en la calzada. Quedé petrificado, esperando el acontecer que se precipitó rápidamente. Uno de ellos me tomó de la muñeca izquierda y retorció mi brazo hacia atrás mientras mi puñetazo se

perdía en el aire. No sucedió así con el puño de otro de los rufianes que me dio en pleno estómago y me dejó sin aliento. Un tercero abrió la puerta del vehículo. El cuarto recibió un golpe que lo tumbó inmediatamente con la cara reventada en sangre. El tercero, que estaba tirando del brazo de mi acompañante, corrió la misma suerte. Aflojaron mi brazo. Quedaban dos, tan atónitos como yo. Los puños enguantados y envueltos en cadenas de bicicleta del señor Acuña, aplastaron otro rostro. Solo uno de los asaltantes alcanzó a huir. Me afirmé del techo del auto.

-¿Se encuentra usted bien, doctor? -su voz suave y melosa mientras desenrollaba parsimoniosamente las cadenas de sus puños.

-Gracias.

Miramos el campo de batalla. Tres cuerpos inmóviles en el suelo. Por lo menos respiraban. La mujercita, pálida como la cera, trataba de bajarse del coche.

-Déjeme sus llaves, doctor. Repararé su auto. Usted puede ir a dejar a la dama en el mío. Aquí tiene.

Me pasó las llaves de su volkswagen. Un escarabajo algo desvencijado ya y ruidoso, pero funcionaba. Ella se acurrucó contra mí mientras manejaba más lento que de costumbre para prolongar el grato calor de su cuerpo apegado al mío.

-No me gusta la violencia -le dije.

-A mí tampoco. Pero yo que tú...

-Sí. Pagaré la parte que me corresponde del sueldo del señor Acuña.

LA MAREA NEGRA

C omo no soy el protagonista me pueden llamar Juan. Lo que sí viene al caso es que vivo solo en un departamento y que estuve grave, pues no era gripe sino bronconeumonía. Mareado de fiebre escribí una nota a una veterana solterona a la que nunca había visto, pero de la cual sabía que no trabajaba, en fin, alguien a quién podía encontrar a cualquier hora. Por favor, llamar a este número e informar que faltaré unos diez días a la oficina por enfermedad, gracias. Subí, con un abrigo a modo de bata sobre mi pijama, al cuarto piso, yo vivía en el tercero, y deslicé el papel por debajo de la puerta. Fue mi salvación.

Entre las pesadillas y el delirio de los treinta y nueve grados y medio, me di cuenta de la presencia de un médico, de una enfermera y, sobre todo, de las inyecciones. Poco a poco la enfermedad fue perdiendo terreno. Durante la última visita del doctor, se me ocurrió que todo el tratamiento y atención me costarían dos meses de sueldo. El médico me miró a los ojos. Le doy de alta. Quédese un día más en cama, otro día en pie sin salir de casa, y al tercer día ya puede aventurarse en el mundo, ja, ja, ja. Sí claro, ja, ja, ja, pero cuánto va a costarme la recuperación. Nada. Atención de la señorita Hilda Lamar.

La vuelta a la oficina, etc., etc., no interesan puesto que no soy el protagonista. El nombre Hilda Lamar me sonó más fulero que los milagros de Mahoma. Pero una

tía a la cual fui a pedirle dinero, se acordaba. Después de escuchar los pormenores de mi neumonitis, dio un respingo. ¡Hilda Lamar, pero quién no la conoce! Había sido una cantante de night clubs y boites allá por los años cincuenta. ¡Conocidísima! Mientras Hilda Lamar cantaba nació una gran cantidad de gente que ahora tiene más de cuarenta años y que jamás oyeron su nombre. Y qué decir de los más jóvenes entre los cuales me cuento.

-No me digas que necesitas la plata para pagarle su atención -indignada, la tía.

-No solo su atención, tía, ella le canceló al médico, costeo las inyecciones y la enfermera, me mandó comida.

Yo estaba loco. Esos favores no se pagan con dinero. La mataría si lo intentaba. Cuando se ayuda a alguien, sobre todo a salvarle la vida, se hace gratis o no se hace. Mira, no me devuelvas la plata, te la regalo, etc. Los sermones de la tía eran largos.

Terminé deslizando un segundo mensaje en el departamento de Hilda Lamar. Esta vez una tarjeta. Que deseaba conocerla personalmente. Que había escuchado sus discos. Que la convidaba a salir el próximo viernes, y así.

Siguiendo las instrucciones de mi tía, me vestí formalmente y compré flores. Mi tía dijo que así se usaba antes. Francamente creo que no se ha usado nunca, pues he leído novelas chilenas ambientadas en esa época e incluso visto películas de esos años y nada, nadie llega con flores a ninguna parte que no sea el cementerio. Me leyó los consejos de un tal Carreño a quien nadie conoce tampoco. Lo sé porque hice mis averiguaciones. Compré las flores. Camino a casa varios tipos me gritaron burlas y yo me reí. Tenían toda la razón del mundo.

Palabra que cuando subí la escalera hacia el cuarto piso saltaba peldaño por medio como un adolescente en su primera cita. Me veía divertido con corbata y ese ramillete. Ding-dong.

Se abrió la puerta. De golpe dejé de sentirme como un adolescente. Era más vieja que mi tía, pero delgada, sumamente elegante y perfumada. En mi opinión, se había pintado demasiado. Sonrió y le pasé las flores. Mi tía tenía razón. Hilda Lamar se anduvo euforizando con el ramo. Me pidió que pasara mientras bailoteaba con las flores que terminó por dejar sobre una mesa con espejo.

-Eres muy amable, Juan -me dijo, colocándome ambas manos sobre los hombros. Su vestido era de fiesta, el collar también. Tenía el rostro arrugado como el de toda sesentona. Sesentona había dicho mi tía. No llamaría la atención en ninguna parte si no se hubiese pintado tanto ni vestido de esa manera. ¿Adónde creía que la llevaría?

-Usted es muy amable también por aceptar a salir conmigo -le dije. No podía explicarle que lo hacía para retribuir sus gastos.

Siempre he querido ser un cerdo que se ríe de todo, pero cuando no lo eres, entonces sí que te sientes como un cerdo, porque los verdaderos cerdos no sienten nada en absoluto. De lo que resulta que la única manera de no sentirse como un cerdo es siendo un cerdo.

La sala estaba llena de fotos, principalmente de ella. Había sido hermosísima. Definitivamente ya no lo era. No sé si me entienden. Yo también fui bonito cuando tenía cinco o seis años, rubio y dientes de ratón, pero eso ya se acabó y punto. En eso me di cuenta de que sonaba un disco algo rayado. Su voz, sin duda. Cantaba una especie de bolero lento. Me sonreía con sus labios rojos. Yo creo que deseaba bailar.

-Linda canción -le dije.

-Es de Mario Clavel.

Me soltó los hombros y fue a desconectar el tocadiscos. Su cintura era aún juvenil.

-¿Vamos? -le pregunté.

-¿Quieres que llame un taxi?

-No. Ya tengo uno abajo. Nos espera.

Cerró con tres llaves diferentes las tres chapas y comenzamos a bajar.

-¿Era un bolero, no es cierto?

-Ay, sí. Me gustan los boleros porque le cantan al presente. Ven dame tus manos. Bésame mucho. Qué bonita es la vida cuando llega el amor. Abrázame así. Siempre presente. Aquí y ahora. Acércate más y más. Quiero decirte algo. Me miras y tu mirada se mete dentro de mi alma.

-Tiene razón. En cambio el tango...

... se refiere al pasado. Era, tenía, la quise, fue, fantasmas del pasado, murió, ya nunca más. Todo fue desgracia y el presente, si existe, desconuelo. Al final el tipo está solo en su soledad muriéndose en un rincón.

-Creo que el tango no es para mí.

-Para mí tampoco -y se tomó de mi brazo y yo apreté las nalgas.

Una vez dentro del taxi, percibí lo mareador de su perfume oleoso junto con los ojos del taxista en el retrovisor.

-Listo -le indique al chofer.

-¿Adónde me dijo?

-No hay cambios en el itinerario.

-Usted es el jefe.

Ya había instruido al chofer para que nos llevara a un local medio bohemio donde se podía tomar cocteles y hasta bailar. Conocía bien el lugar y allí me conocían a mí también. Buena onda. Un lugar donde uno podía alienarse. No sé si me explico, pero allí nadie es alguien. Se llamaba El Castillo Inglés y estaba en su momento, si me siguen un poco.

Estaba repleto. Siempre está lleno, pero no sé por qué arte de magia podía entrar allí otro tanto de gente y todos se acomodaban bien en mesas o en el mesón. No bien entramos me sentí igual que en la calle cuando iba con las flores. Sentada sobre un taburete del bar, una tunanta con la cual había salido un par de veces estudió el atuendo de Hilda Lamar con una sonrisa forzosamente burlona. De seguro que cuando ella llegó del campo a

trabajar a la capital la deben de haber maltratado mirándolo así y ahora le tocaba a ella.

Nos abrimos paso hasta una mesa, cosechando algo más que miradas. Santiago es una ciudad de provincia del siglo pasado. Nos sentamos. Un conjunto de cuatro vagos vestidos de payaso tocaban uno de esos rock impresionantes por el volumen de sus amplificadores.

-No es precisamente la orquesta de Federico Ojeda -me dijo ella.

Me di cuenta de lo entusiasmada que estaba Hilda Lamar allí. Le brillaban los ojos y se reía con lo de Ojeda que parece que fue un chiste. En un rincón divisé al guatón Correa, el eterno animador del local, llevaba el micrófono en el bolsillo y bebía Coca Cola.

El mozo me guiñó un ojo, afectando vaya uno a saber qué complicidad conmigo. Ya me estaba amoscando el asuntito.

-Un Juanito rosado -pidió Hilda y casi se me contagió la sonrisa del mozo, pero logré hacerme el tonto y dije:

-A mí, un pisco sour doble y traígame un plato con maní.

-No hay Juanitos -dijo el desgraciado.

En la mesa del lado un grupo de patanes esperaba al camarero y consideraban que ocupa más tiempo de la cuenta con nosotros.

-Pídele un mate a tu abuelita -dijo un de los tarados. Por respeto a Hilda Lamar lo ignoré.

-Claro que no hay -Hilda explicaba radiante-. Se hace -pronunció el "se hace" como una profesora cariñosa a un niño retardado. -El barman sabrá de qué se trata, joven, usted cumpla con pasarle el pedido. Un Juanito rosado y un platillo con vainillas.

-Y un brasero para que no se le enfríen las patas.

En el barullo de voces, gritos, saludos y el ruido del rock, Hilda no discriminaba, pero yo sí. De las otras mesas también nos miraban. Y el pelotas del mozo no atinaba a escribir el maldito Juanito rosado. Y parece que

las vainillas fueron el tiro de gracia. Hilda se divertía. Menos mal, esto era lo que importaba. Lo lastimoso era que se había puesto demasiados afeites en la cara. Creo que esto se debía a sus costumbres de cantante y no a su lucha contra la edad, pero me fastidiaba un poco por ella. Era obvio que Hilda Lamar había conservado la costumbre de ser joven como esa gente que no se preocupa del tiempo que hace y se viste igual en invierno que en primavera. Las sonrisitas a mi costa por estar en ese lugar con alguien que había podido ser mi madre me daban igual, era ella lo que me preocupaba.

Cuando el camarero partió, Hilda dignó una mirada a su alrededor, sonrió complacida, posó sus ojos en los míos y murmuró:

-Creo que me han reconocido.

Le tomé una mano. Nada personal, pero uno no puede tomarle la mano al mundo entero.

Sin duda que pensaban que estaba con ella para ganarme la vida. Es lo primero que se piensa cuando uno ve a un flaco melencólico con una mujer como Hilda Lamar. Me conocían en el lugar. Me habían visto con muchachas bien formadas y hasta buenas mozas, lo que dejaba a Hilda en buen pie. Me alegré por ella. Como no le había soltado la mano, le cogí la otra.

-Aquí no, Juan. Nos están mirando.

Las luces comenzaron a cambiar en El Castillo Inglés. Azul, violeta, rojo, verde, amarillo, se alternaban en todo el local y ya no era Hilda la única en tener en su rostro todos los colores del maquillaje. En verdad, se había puesto demasiados.

Apareció el mozo con los tragos, el maní y las vainillas.

-¿Está bien? -preguntó.

-Estas no son vainillas y esto no es un Juanito rosado, pero está bien, joven -Hilda gozaba como una gran dama entre pigmeos oligofrénicos pero benéficos-. Ahora retírese y vuelva con una botella de champagne francesa, Cordon Rouge, si es posible; con sus respectivos vasos.

La botella dentro de un cubo con hielo, por supuesto.

El camarero me miró y yo le cerré los ojos. No entendió (a decir verdad, yo tampoco). Se quedó observándome en espera de un gesto menos ambiguo para saber a qué atenerse. Hilda le hizo un ademán impaciente y le espetó:

-Vuela, paloma torcaza.

Siempre hay una canción para todo. Como ya les dije, me conocían ahí. Cuando el mozo se abrió paso con el cubo del champagne, seguido por otro que llevaba los vasos en una bandeja especial para las grandes ocasiones, tuve todo lo que me estaba haciendo falta para que no les quedara duda alguna de que había encontrado un filón de oro en la veterana. La etiqueta decía realmente Cordon Rouge. Debía de tener varias décadas. El color y el aroma eran magníficos, el sabor, estupendo. Sentí cómo el dinero que me había dado mi tía daba unos saltitos en mi bolsillo.

Esa mujer me había salvado la vida, generosamente, justo cuando se extinguía rápidamente. Tal como los muchachos ecologistas salvan las juguetonas focas de los infelices que las matan a garrotazos. Por amor a la humanidad tratan de salvar las especies en extinción. No había nada personal. No era amor a una gaviota embreada determinada. Era algo general, si me siguen un poco.

El conjunto de rock se retiró y comenzaron a tocar música grabada. El guatón Correa instaba a bailar, micrófono en mano. La champagne me hizo olvidar todos los cadáveres que se metían por satélite a mi departamento.

-Sácame a bailar -sus ojos parecían arañas moviendo las patas. Nos incorporamos a las demás parejas que bailaban sobre la pista. Hilda cerró los ojos y se aferró a mí como una enredadera. Yo no tocaba pito en eso, ella estaba recordando, eso era todo. Bailaba bien. Se dejaba ir en mis brazos. Tocaba un slow. Fue un descanso que duró poco. Terminado el slow, atacaron con uno de esos

ritmos vertiginosos de pura batería y guitarra eléctrica. Para Hilda escuchar aquello y lanzarse a bailar como picada por la tarántula fue todo uno. A su alrededor nadie, nadie, tenía más de veinte años salvo el guatón Correa, el animador, al cual conocía bien, que no halló nada mejor que ordenar con un ademán a los responsables de las luces para que un reflector iluminara a Hilda Lamar en la pista.

Días después el guatón Correa me juró que la había reconocido, que era costumbre en ese local, y en todos los locales similares del mundo, distinguir a los famosos. No le creí una palabra. El guatón era un tipo que contaba a medio mundo que aumentaba sus entradas mensuales con la plata que le daban cuatro o seis prostitutas a las cuales protegía. Un domingo lo encontré en el cerro San Cristóbal con su señora y tres niñitos, a uno de los cuales llevaba sobre sus hombros. El guatón hizo como que no me conocía. Bueno, a veces yo también sueño con ser una basura para desensibilizarme.

El haz de luz blanca destacaba a Hilda fuertemente de los demás. Ella demoró en darse cuenta. Las otras parejas comenzaron a separarse de ella lentamente. Yo ya lo había hecho. Dejaban de bailar y se la quedaban mirando. Hilda debe de haber pensado que el escenario era suyo. Cuando se cree algo así, es una fuerza difícil de resistir. Con una mano en el vientre y la otra en alto bailaba algo que no lograba definir entre rock, pasodoble, flamenco, rumba o salsa, pero empezó a mover el culo y eso era lo peor que le podía pasar a su edad, y, para remate, ignorando lo que estaba sucediendo. Me di cuenta de que Hilda llevaba un traje que cambiaba de color cuando se movía, pasaba del violeta al malva y al púrpura.

-Dile a tu abuela que se está sobrepasando -alcancé a oír, pero no me di vuelta porque Hilda le hizo un gesto al guatón Correa. El desgraciado le llevó el amén, hizo detener el disco y corrió a pasarle el micrófono a Hilda.

Mientras Hilda Lamar anunciaba que dedicaba su próxima canción a mi persona, el guatón se sentó al piano.

Ven. Mi corazón te llama. ¡Ay!, desesperadamente.

Parece que aún conservaba la voz. Pero la canción duró, duró y duró. Yo creo que en momentos así el tiempo hace sus jugarretas. No pudo durar tanto como me lo figuré en ese instante.

-Ya está bueno. Queremos bailar -se quejó uno.

-No moleste a los artistas -le susurré.

-No tengo nada en contra con que te ganes la vida como puedas, pero, por favor, hazlo en otra parte.

Me contuve. Es mejor. Uno goza más conteniéndose. Además tenía que pensar en Hilda. Comenzaron a aplaudir. La canción había terminado. Parece que se alegraban porque podían volver a bailar. El guatón Correa volvió a colocar el disco, no fuera cosa que Hilda se lanzara con otro bolero.

-Ahora, llévese a su Edith Piaf al hospicio.

Hilda, embelesada, radiante, una gaviota volando por sobre la marea negra, me abrazó. La conduje a nuestra mesa, la senté y le serví Cordon Rouge.

-Qué son esas historias que inventan sobre el tiempo -me dijo riendo y bebiendo.

Hilda Lamar había adquirido la costumbre de ser joven, bonita, popular y amada, y eso le había quedado. Extrajo un espejo de su bolso y se miró con satisfacción. Cogió un lápiz labial y repuso el que había quedado en el borde de la copa.

-Estoy un poco mareada.

-Hora de irnos -llamé al camarero.

Saqué los billetes de mi tía, pero ella hacía lo propio. Quería pagar. No pude impedirlo. No me importaba quedar como un cafique, pero me importaba ella. No hubo caso. Lo hizo con satisfacción. El mozo no entendía nada.

La ayudé a levantarse y tuve que sostenerla un poco mientras avanzábamos hacia la salida.

-Bonita voz. Brindo por ella -gritó alguien. Fue la piedrecita del alud.

-Bravo.

-Eso es clase, señorita, bien hecho.

-Felicitaciones. Onda retro, pero calidad, calidad.

Hilda volaba. La emoción es más fuerte que la champagne. Escuchaba los golpes de su corazón. Respiramos el aire fresco de la calle. Había varios taxis. Elegí el más grande. Di nuestra dirección.

-Ha estado usted estupenda -le dije.

-Sí. Pero hoy se cantan otras cosas -dejó de sonreír.

-Esas canciones volverán.

-No. Karina, Kika, Mario Arancibia, Néstor Chaires, Bruno, ya no queda nada de ellos ni de mí.

Se puso a llorar tierna y educadamente. Tomé su mano para hacer algo.

-¡He estado ridícula!

-Pero, no. Podría haber cantado toda la noche.

-Me resulta tan difícil acostumbrarme, Juan.

Y volvió a llorar. El champagne la dejaba sola.

-Se ha terminado todo, todo.

-No. Lo que le falta es un par de canciones nuevas iguales a la que cantó, pero nuevas. ¿Me entiende? Sería un golpe. Un éxito.

Ocultó su rostro en mi cuello. Poco a poco dejó de temblar. Es algo animal. Me refiero al calor del cuerpo. Se busca el calor físico y ya no se está tan mal. Cuando el auto se detuvo, ella sacó la cabeza del escondite (mi cuello) y le di un beso en la boca. Los soldados rusos lo hacen entre ellos.

-No -me dijo-, tenemos que ser buenos. Además debo tener una cara espantosa.

Me dejó pagar el taxi. Estaba cansado, lo que hace bien para la angustia. Creo que si uno picara piedras ocho horas al día, la cosa sería diferente. Son las ventajas del trabajo duro.

El edificio no tiene ascensor. Miramos la escalera que teníamos por delante.

-¿De verdad canté?

-Mmm. Con micrófono e iluminada.

Y nos pusimos a reír.

-¿Estaba lleno de gente?

-Repleto. Teenagers.

-¿Ellos no cantaron?

-Se mueren de ganas, pero no se atreven. Hay que tener cojones para hacerlo.

Subíamos encorvados por la risa.

-O sea que me tomé el local.

-No hay otra palabra.

-¡Y ese reflector!

-Hiciste de todo. Bailaste flamenco. Pediste Juanito rosado. ¿Qué demonios es eso?

-No me acuerdo. ¿De veras pedí eso?

Así seguimos subiendo la escalera hasta su puerta. ¡Qué noche!

Cuando abrió la puerta, la tomé en mis brazos y entré sin dar la luz. Se reía y pataleaba, gritando que era muy vieja, mientras yo buscaba el dormitorio. Nada personal, créanmelo, era algo general. Tesoro, murmuró cuando la penetré. ¡Si me hubiese visto mi tía!

No bien terminamos se quedó dormida.

Bajé la escalera tal como la había subido. Saltando escalones como un adolescente. Me sentía como un chico bueno.

NO PASARAN

Rafael iba pensando en su primo, el descarriado, con tal intensidad que su pensamiento se traslucía en su actitud corporal. La repugnancia que le inspiraba el vicioso de su primo le deformaba el rostro en un gesto de desprecio tan cabal que parecía la máscara de un dios iracundo.

Entonces se cruzó en la calle con el coronel (R), el gobernador del pueblo instalado allí por el dictador. Rafael lo miró sin verlo, totalmente ensimismado, poseído por el asco y el desdén que le producía el recuerdo de su díscolo primo. El coronel-gobernador trastabilló y se afirmó a un poste. Una vez que consiguió tranquilizar un poco su respiración y ritmo cardíaco, logró llegar a un teléfono para hacer la denuncia del vejamen. Acababan de mirarlo con desprecio. El auto de la gobernación lo recogió y llevó al club donde le inyectaron un calmante fuerte.

-Deténganlo inmediatamente -ordenó subiéndose los pantalones.

-Perdón, pero por qué no lo detuvo usted, señor -quiso saber el enorme carabinero.

-Porque me desorientó a tal punto que solamente al rato tuve conciencia del agravio. En el instante mismo tuve que sujetarme a un árbol para no caer.

-¿Lo conoce?

-No. Es uno de los tantos desgraciados que viven aquí.

-¿Podría dar detalles para un retrato hablado?

-Sí. ¿Quién lo hará?

-Yo, señor.

El gobernador lo miró un rato en silencio.

-Tenía bigotes. Bigotillo de oficinista.

-¿Qué más?

-No recuerdo más.

-¿Cómo son los bigotillos de oficinista?

Otra vez los envolvió el silencio. Alguien le pasó al gobernador una taza de té, la cogió e inmediatamente la taza y la cucharilla se pusieron a bailotear sobre el platillo. Se la quitaron a tiempo, pues cayó desmayado. Se lo llevaron a su casa y como empeoraba, llamaron al médico.

Los carabineros pidieron ayuda a los pueblos vecinos. Pronto un grupo de uniformados y civiles armados comenzó a detener e interrogar a todos los hombres de bigotes del pueblo. Mientras Rafael en su casa se tomaba un vaso de whisky para olvidar las salidas de madre de su primo. Luego se acostó a dormir, pues el día siguiente era lunes.

Era un día agradable de primavera. Estaba terminando mi trabajo de contador en la oficina cuando golpearon a mi ventana. Abrí. Juan, el tonto del pueblo, me sonrió débilmente con una extraña mezcla de tristeza y de cortesía.

-Don Rafael, tenga la bondad de dirigirse al club porque lo van a fusilar -me dijo con voz queda, como si estuviéramos en misa. Había algo en su voz, en toda su actitud, que me hizo sentir que aquello iba dramáticamente en serio.

-¿A quién van a fusilar?

Respondió con un ademán de su mano derecha semejante al del que presenta a alguien, esta vez el presentado sería yo.

Ordené el escritorio y salí camino al club. Me hacía falta un café. No había dormido bien la noche anterior.

No vi a nadie en la calle. Una suave brisa levantaba algo de polvo. Estaban todos en el comedor del club y no bien entré se pararon aplaudiendo y avivándome. Parecía una de esas fiestas de sorpresa. Don Cloro estaba de pie frente a todos ellos como un profesor ante sus discípulos. Me sentaron en una silla entre don Cloro y la audiencia.

-Rafael, Rafa, Rafita -comenzó don Cloro en medio de un silencio que me dio mala espina-, el gobierno está apretando la mano. Al gobernador se lo llevaron grave a Santiago. Esta vez va en serio, muchacho. La gallada de Patria y Familia se instaló en el Retén de Carabineros. Los dos carabineros están con ellos, a sus órdenes. Rafa, piden que te entreguemos.

-¿Que me entreguen?

Estaba soñando o estaban todos dementes. En verdad, yo había alentado un par de huelgas y una vez en que casi atropellan a un cabro chico amenacé a los pijes de Patria y Familia con correrlos a balazos del pueblo. Estos eran dueños e hijos de dueños de fundos de los alrededores, pero nada tenían que hacer allí en el pueblo salvo levantarse nuestras mujeres. Esos eran mis delitos, dos huelgas, una amenaza en un día que andaba de malas y algunas palabrotas de grueso calibre.

-Quieren tu cabeza -confirmó don Cloro-. Están matando gente en todos los pueblos y aquí la tienen contigo. Ojalá hubiese sido mi cabeza, muchacho.

-Te defenderemos -gritaron todos.

-Primero que nos maten a todos. Aquí todos somos uno.

-Además, te queremos. Somos nosotros, nosotros.

-Qué se han creído estos gorilas.

-¡Y no te cortes los bigotes!

-Orden -tronó don Cloro-. Este es el plan. ¡Y no perdamos tiempo! Se irán todos a sus casas a coger todo aquello que pueda servir de arma; cuchillos, rastrillos, escopetas, picotas, etc. En veinte minutos los quiero a

todos formados ante la puerta del club. Atacaremos el retén a las doce en punto. ¡Y no habrá cuartel!

-Braavo -rugió la audiencia. Y abandonaron en tropel el recinto. Me quedé solo con don Cloro.

-Muchacho -me dijo con los ojos brillantes-, es posible que hoy almorcemos plomo. Voy por mis armas.

Allí quedé completamente solitario. ¿No me habré quedado dormido en la oficina y estoy soñando todo esto? Y que no me corte los bigotes. ¿Me habré vuelto loco?

Los dos carabineros, uno de ellos no era más alto que una botella de cerveza y pesaría unos cuarenta y cinco kilos con la ropa mojada, el otro parecía esos camiones que reparten Coca Cola, no podían estar así como así a las órdenes de los dueños de fundo, los carabineros tenían su propio organigrama, sus tenientes, capitanes y que sé yo. Claro que de los latifundistas se podía esperar cualquier cosa.

-De a ocho en fondo -llegó desde fuera la ronca voz del viejo Cloro.

Salí a integrarme. Don Cloro parecía Garibaldi. Ignoro de dónde sacó todas esas cananas y cartucheras. Los demás llegaron armados con toda suerte de elementos, por lo menos una escopeta y una herramienta de jardín por cabeza. Eramos cerca de veinte. Yo estaba tan aturdido que nadie atinó a pasarme un arma. Me movía como un sonámbulo entre ellos, como un niño de cinco años, admirando con tremendos ojos esas viejas escopetas, los machetes y, sobre todo, los gorros que se habían puestos.

-Miren.

Un jeep se venía acercando delante de una gran polvareda. Con una destreza y rapidez increíbles, don Cloro repartió a su gente apostándola en lugares estratégicos, tras los árboles, en la ventana del club, en los umbrales, etc., y él se puso en la mitad de la calle con las largas piernas separadas, en su diestra, su colt 45 apun-

tando al suelo. Era un jeep particular, por supuesto, los carabineros no tenían ni mulas para movilizarse. Frenó a centímetros de don Cloro que ni pestañeó. Al volante, un señor con sombrero de huaso, a su lado un gordo mal agestado, atrás los dos carabineros. El del sombrero de huaso se levantó del asiento.

-Hay toque de queda. Nadie puede salir.

-Entonces -bramó don Cloro, te vas inmediatamente a tu casa, de lo contrario te meteremos el jeep en el culo.

-Procedan -les gritó el sombrero a los carabineros que no movieron un dedo, pues ya habían visualizado a nuestra gente y sus armas.

-O se bajan del autito este como seres humanos o los bajamos nosotros como animales -les propuso don Cloro sin cambiar de posición, con las piernas abiertas y el colt inmóvil, pero seguro en su manaza.

-Vamos bajando, señores -exclamó Raúl saliendo del árbol que lo cubría.

-¿Se han vuelto locos, mierdas? -chilló el gordo mal agestado, pero cuando Raúl y los otros comenzaron a aproximarse, apuntándoles, el gordo fue el primero en saltar fuera del auto con los brazos aparatosamente en alto y no dijo una palabra más.

Yo no lograba salir del aturdimiento y me senté en la puerta del club a mirar. Parecían niños chicos, se divertían, se reían solos de puro entusiasmo. Amarraron a un árbol a los dos civiles. A los dos carabineros los ataron en calzoncillos y camiseta al poste de teléfono, les faltó solo amordazarlos. Raúl se puso el uniforme del grande, pero la ropa del pequeño no le entraba a nadie, pero uno logró enfundársela con un lamentable resultado, los pantalones le llegaban a las rodillas y tuvo que conservar sus zapatillas y calcetines de tenista.

Nadie se fijó en mí o si alguien lo hizo no le dio la menor importancia a mi presencia. Sentado en el umbral los vi partir pletóricos de entusiasmo bélico. Querían acción a toda costa. Entré al club vacío y me robé una

cajetilla de cigarrillos. Volví a salir al agradable sol primaveral.

-¿Quieren fumar? -les pregunté a los prisioneros.

-Desamárrenos, ñor -pidió el gordo mal agestado.

-Me extraña -les dije- que no les hayan puesto leña para quemarlos.

-Oiga, señor -dijo el del sombrero de huaso-, usted no cree todo esto, ¿no es cierto?

Lentamente prendí un cigarrillo. Era una buena pregunta.

-Cuando se está adentro del asunto, bien puede no entenderse, pero hay que asumirlo -contesté.

-Oigan, los dos -exclamó el gordo-, si siguen hablando pelotudeces voy a terminar de volverme loco. ¡Sáquenlos de una vez!

-Bueno, voy a buscar un cuchillo.

Encontré el cuchillo quesero de don Remigio y me robé una botella de etiqueta negra. La situación lo pedía. Dejé la botella en el umbral y respiré con la boca abierta para aliviar la quemazón del primer trago. En primer lugar, liberé al gordo que se fue derecho a la botella mientras yo cortaba las cuerdas que ataban al sombrero. Nos sentamos a tomar y fumar. En esto estábamos cuando repiqueteó una ráfaga de metrallera. Acto seguido comenzaron a gritar los dos carabineros, aún amarrados, que los soltáramos porque nos van a matar. El whisky en la mañana marea al tiro. El gordo mal agestado casi mata a los policías con el cuchillo al tratar de cortar las cuerdas con el máximo de torpeza. Sujetándose los enormes calzoncillos, los representantes de la ley se escabulleron en el club. En eso pasó un helicóptero a escasos metros de los techos rumbo al retén.

Sentados en el umbral, vimos pasar a los primeros fugitivos. Mucho más tarde, supe lo que había pasado.

Don Cloro y sus boys se habían atrincherado frente al retén tras una protección de colchones y sillas que sacaron manu militari de las casas vecinas.

-Prismáticos -pidió don Cloro.

Después de barrer el horizonte, arrugando la cara al máximo, dio su orden.

-Una molotov -alguien le pasó una botella con parafina y un trapo amarrado al cuello-. Raúl, toma. Arrástrate hasta el retén y cuando estés a tiro, enciendes el trapo y tiras la botella de modo que entre por la ventana.

Raúl lo contempló atónito.

-No te preocupes. Nosotros te cubriremos las espaldas.

-Pero qué espaldas -protestó Raúl- si ellos están allá adelante.

-Obedezca -ladró don Cloro.

Raúl, segundo contador de la oficina, buscó con los ojos a Osvaldito, el junior, lo llamó a su lado con un ademán y le pasó la botella molotov repitiéndole la instrucción y le pasó su encendedor.

-¿Sabe lo que me está diciendo, don Raúl?

Entonces don Cloro se puso de pie y comenzó a gritar: "No pasarán, no pasarán, no pasarán", agitando los brazos, alentando a corearlo, cosa que todos hicieron. "No pasarán, no pasarán", gritaban. Y don Cloro cogió resueltamente la botella y el encendedor y comenzó a correr como macho cabrío derecho al retén. Todos se quedaron callados. El coro de "no pasarán" enmudeció de golpe.

Del retén le dispararon una ráfaga de metralleta a los pies. El viejo se detuvo y comenzó a zapatear como un negro de película musical. En verdad, las balas dieron en el suelo a unos cuatro metros delante de don Cloro, pero igual bailoteó. Luego, volvió la cabeza hacia su gente, sonrió, cerró un ojo, encendió el trapo de la molotov y la lanzó al retén gritando: "chúpense ésta".

La botella cayó más cerca de don Cloro que del retén y se apagó. En eso se les vino encima el helicóptero que aterrizó justo sobre la botella. Del aparato comenzaron a

saltar hombres con ropa de camuflaje y metralletas. Y así se produjo la estampida de los boys de don Cloro. El ataque había terminado.

Llegaron como locos al club. Uno colocó el parlante del toca-discos afuera y desde dentro comenzó a vociferar.

-Orden. Orden.

Todos se amontonaron frente al parlante.

-No pasa nada. Hay que entregar al insurgente y punto.

-Eso. Al hombre de bigote.

-Sí. Entreguen a ese carajo de una vez por todas.

Sus armas habían desaparecido al igual que sus gorros. Ahora estaban asustados y buscaban al insurgente para entregarlo a los cuatro soldados y a los cinco pijes latifundistas para que los dejaran vivir en paz. La tranquilidad no tiene precio. Entregar a cambio a un hijo de putas agitador era poco pagar por la paz.

Pasaban alucinados por nuestro lado. El sombrero, el gordo mal agestado y yo al medio, deambulábamos abrazados por los hombros tratando de mantener la vertical. Buscaron por la oficina y las casas, empujándonos por obstaculizar su camino. Convertidos en energúmenos gesticulantes, golpeaban y abrían puertas a patadas.

-Mírenlo, aquí está el muy maricón -gritó uno de ellos señalándome con el brazo extendido.

-Sujétenlo.

-Amárrenlo.

Lo hicieron mientras yo me tambaleaba sonriendo estúpidamente.

-El fue el que se robó el whisky - acusó con lengua traposa el gordo mal agestado.

-Entreguémoslo muerto -propuso uno.

Pero ya venían los soldados. Dos por un lado de la calle y los otros dos por el otro. Detrás cinco pijes armados, altos y elegantes, sonriendo, dueños del mundo. Más atrás, cerrando el grupo, los dos carabineros, el botella de cerveza y el camión de Coca Cola, que habían recuperado sus uniformes.

Se detuvieron frente a nosotros, éramos más de veinte hombres dispuestos a todo lo que ellos nos dijeran. Uno de los pijes se adelantó y con voz suave, casi cariñosa, nos informó.

-Hay toque de queda. Deben permanecer en sus casas hasta mañana a las ocho o nueve, ya les avisaremos.

El pije nos conocía y nosotros a él. Venía de vez en cuando al pueblo y de niño chico había jugado con varios de nosotros, incluso había participado en fogatas de adolescente, por lo menos, conmigo, Sergio y Raúl. Era un buen vecino, como todos. Pero eso no quitó que nos devolvieran a don Cloro dos meses después con un testículo menos, solo dos dedos en su mano derecha y una pierna tiesa. Únicamente Juan, el tonto del pueblo, fue a recibirlo cuando apareció con su blanca melena al aire, rengueando desafiante por el camino.

-Váyanse tranquilos a sus casas.

-Aquí lo tenemos, señor -exclamaron varios empujándome adelante. Tropecé, pero logré mantenerme sobre mis zapatos sin caer al suelo.

-Este es, patrón.

El pije me miró y se puso a reír.

-Pero qué les pasa con Rafaelito -preguntó y él mismo desató el flojo nudo-. ¡A casa, señores! Rafael, tú también.

Al otro día, el jeep equipado con un megáfono recorrió las calles. Se nos instó a todos a ir a trabajar. Por primera vez llegamos puntualmente a nuestros puestos. Me llamó la atención que los que llevaban bigotes se los habían afeitado. Yo era el único que los conservaba. Se demoraron tres semanas en devolverme el saludo.

El coronel (R), gobernador-intendente, no volvió nunca más al pueblo.

EL INTRUSO

Partí en mi atronadora citroneta dejando una contaminante estela blanquinegra. Sobre el asiento trasero, un bolso azul de lona plástica con mi ropa, a su lado, un viejo sweater chilote por si refrescaba en la costa. Es bueno manejar de madrugada. Hay poco tránsito. El camino y el paisaje que despiertan son de uno. Entonces, detenerse por ahí, frente a una de esas casitas con letrero, tomar un café y continuar el viaje, pero ahora con un cigarrillo encendido en la boca y tarareando algo de Mahler, es algo que vale la pena. Café, tabaco y Mahler son una buena combinación a las ocho de la mañana, rumbo al mar.

Entré al balneario a veinte kilómetros por hora. Algo de neblina. Un lugar bastante exclusivo aunque no del todo. Es más bien pequeño. Al final se divisa una caleta de pescadores. Mientras avanzo hacia las cabañas no veo mayor actividad. Un vagabundo solitario me mira desde la playa con rostro amistoso.

Frente a mi futura cabaña habitación detengo la citrola y apago el motor. La pobre bruta suspira agradecida. Bien. Hora de ponerse el sweater chilote y de bajarse a ver todo esto. Qué tranquilidad más grande. El mar. Allá un bosque de pinos. El aire salino. Lejanos gritos de gaviotas. El alma se cura por los sentidos.

La cabaña es lo que esperaba. Un dormitorio, una salita más baño y cocina. No hay mayor cosa. Cama, un

sillón, una mesa. En el closet, un par de frazadas. Con calma. Se trata de instalarse, comprar vituallas, por ahí vi un almacén, y de relajarse. Mañana comenzaría mi trabajo con tiempo de adagio. La vida vale un Perú.

Al otro día, después de un copioso desayuno, me dirigí a la primera cabaña. Tenía que regar un poco el jardín y revisar los grifos, el gas, etc. Nada que durara más de veinte minutos. Como tenía las llaves decidí echar un vistazo en su interior. No sea cosa que esté el agua corriendo o una luz encendida o por último una araña en alguna parte.

Está oscuro. Efecto de los tableros protectores en el exterior de las ventanas. Prendo la luz. Libros por todas partes. Grata sorpresa en esta era cinematográfica. Descríbeme la casa y me habrás descrito al personaje. Esto era de una mujer. Sobraban indicios en el baño y en el coqueto dormitorio. No había fotografías. Raro, porque a las mujeres les gusta tener a la vista imágenes de sus seres queridos aunque sean los padres. Había impudicia en mi actitud. Me sentía como un ladrón a punto de ser descubierto y lo disfrutaba. Con un delicioso escalofrío, vencí a mi super ego y me dediqué a fisgonear como un voyeur fetichista. Su cepillo, su pasta de dientes, el jabón que usaba. En el armario de la cocina había varias cajas de té inglés y una taza, un plato hondo, un plato bajo, un solo servicio. La loza era Rosenthal y el servicio, Sheffield, de plata, modelo antiguo, el tenedor era enorme al igual que las demás piezas. A cada rato me parecía que alguien iba a entrar y descubrirme aunque estaba en mi derecho. Un vaso. Esta no convida a nadie. Una intelectual no solidaria. Poco a poco sabría todo de ella. Nada de alcohol. Ni un cenicero. Con calma, muchacho. ¿Qué edad tenía? Déjenselo a Sherlock Holmes, muchachos. Bastará con ver su ropa. ¿La ropa interior? Dios, no. Qué me está pasando. Por qué no también otras cosas, no. Abro el closet. Olor a lavanda. Efectivamente, hay varias bolsitas con flores secas entre los

vestidos y chaquetas. Creo que esta mujer me está gustando un poco. Las faldas y los pantalones hablan de su porte. Tres pelos en una chaqueta de cuero. Es alta y delgada y tiene pelo castaño. Entre castaño y rubio. No es teñido, pues presenta varias tonalidades. Pelo largo y, a juzgar por la cantidad de libros, ideas no tan cortas.

-¿Qué tal si salimos a caminar un rato? Nublado con algo de viento. Fui un rato a la caleta. Gente agradable. ¿Está de vacaciones? No, vigilante y jardinero de ese grupo de casas, allá. Aquí no pasa nada. Sí, pero a los veraneantes les gusta saber que alguien cuida su casa. ¿Qué tal la pesca? En fin. Les convidé cigarrillos y continué mi paseo.

Me senté a fumar sobre una roca. Un poco más abajo las olas explotaban con fuerza. Podrás enterarte de todo, pero no conocerás su rostro. ¿No? Déjenselo a Holmes. Nada quedará oculto. Aunque lo inexplicable y lo inescrutable son aspectos de la realidad que hay que asumir.

Bien, vamos al lugar de trabajo. Que nadie piense que las casas están sin vigilancia. Se trata de que me vean. No es mucho lo que van a ver. Un cincuentón encorvado, de anteojos, aunque físicamente aún en forma. La vuelta la hice por la playa. Tres pescadores sacaban machas por cantidades increíbles. Sacos repletos que se echaban al hombro. Uno de ellos llenó una bolsa plástica y me la pasó. Unos tres kilos de machas.

-¿Paseando?

-Trabajando. Soy el cuidador de esas casas, allá, ¿ve? Me quedaré aquí hasta diciembre. Tome un cigarrillo.

-Es bastante tiempo. ¿Irá de vez en cuando a Santiago?

-No. El compromiso es que me quede aquí todo el tiempo. No puedo volver.

Le encendí el cigarrillo. Era de mi edad, pero más arrugado. Me miró un rato y luego dijo:

-¿Y sin mujer?

-Así es. Y gracias por las machas.

Nos despedimos con un ademán y cada cual a lo suyo. La gente es agradable, sobre todo el trabajador del pueblo. Son solidarios, atentos y generosos. Las familiaridades que se permiten no me afectan, porque no son las observaciones cínicas o burlonas de la clase media. Ese yo estoy bien, tú estas mal con que el bobo empleado trata de ocultar sus miserias. No se trataba de eso cuando el pescador formuló su pregunta. Era interés humano por el prójimo.

Pero mi rubia alta y flaca era otra cosa. Me deleité mirando los lomos de sus libros. Los palpé respetuosamente. La mayoría estaba en inglés. Katherine Mansfield, Hawthorn, Thoreau. La Emily Dickenson estaba allí también. Y el Walt Whitman. También T.S. Eliot y Ezra Pound y otros que podían haber estado en castellano. No. Ella los leía en sus textos originales. Con que se trataba de una teacher. Vaya, vaya. ¿Miss...? Joven a juzgar por el pelo, pero no tanto a juzgar por los libros. Nada de Mailer, Kosinski, para no insistir con Bukowsky. Algún colegio de un barrio alto, muy alto. Claro, había huellas de neumáticos en la entrada. Manejaba. Y, sin duda, no una citroneta. ¡Ay, rubia, cada vez me gustas más! Limpia, ordenada, con vida interior, porque exterior parece que no. Bebes té. Yo prefiero el café. Una taza, un vaso, un plato. ¡Cuánta soledad! Y esa ropa tan costosa que dejaste aquí. Falda escocesa, chaqueta roja y una medallita de oro en el pecho, sobre una blusa blanca, llena de vuelitos. Vamos ahora los cassettes. Te gusta Chopin y Chopin y Chopin. Así es, rubia, el placer está en lo conocido, en lo acostumbrado.

Ya era hora de echar un vistazo en las otras casas. Fue desilusionante salvo por las botellas de whisky. La televisión no la he soportado nunca. En una de las cabañas tuve que ponerme a reír. Dos enormes cuadros. Una litografía de la Monalisa y una foto gigante del pensador de Rodin. Estaban tan el uno frente al otro que se establecía una relación directa entre la enigmática

sonrisa de la mujer y la actitud ensimismada del hombre.

Esa noche comí machas a la parmesana, bebí vino blanco y el cognac de rigor después del café. El mar estaba tranquilo. No se veía una luz en ninguna parte. El pescador arrugado me había clavado los ojos mientras soplaba el humo del cigarrillo. ¿Y sin mujer? Por supuesto que me hace falta una. Me ha faltado toda la vida. Pensándolo bien, había cierta piedad en la mirada del hombre.

Cumplía bien. Regaba, barría la arena de las entradas y hacía acto de presencia constantemente. Al segundo día ya me conocían todos. El almacenero y su señora, los pescadores, los niños, el borracho del poblado y los dueños del restaurante donde llegaba una vez a la semana algún auto con gente que huía de Santiago por un par de días.

-Es gente muy tranquila la que viene a sus cabañas en el verano.

-¿Sí?-. No me interesaban las informaciones. Creo que conocería mejor que nadie a mis veraneantes sin haberlos visto nunca.

-Familias jóvenes con niños chicos pecosos. Unas damas muy buenas mozas. Créamelo. Lindísimas. Gente ordenada y buena.

Sí, sí. Claro. Muy buena. Un vaso, una taza y un plato. Y todos los libros que quieras.

La mayor parte del tiempo la pasaba en casa de ella. Hurgando. Busqué entre sus libros un diario de vida. Se me ocurrió. La búsqueda del tú. Hola, diario. Querido diario mío. Sin duda se lo llevó consigo. Se los llevó. Debían ser varios cuadernos gruesos, llenos con su letra de las monjas inglesas, caligráfica, limpia, clínica. Hasta mañana, diario, me voy a acostar, tengo sueño. Te dejo por un rato.

Me era fácil imaginar con qué falda se ponía esos zapatos de gamuza y cuáles se calzaba con los blue

jeans. Su ropa interior insinuaba sus formas. En un bolsillo encontré un paquete cilíndrico de pastillas de menta.

Solo el tercer día caí en la cuenta de que había pasado por alto el maletero del closet. ¿Los diarios? ¿Cartas? No, cartas no. No creo. Trepé a una silla y abrí las dos puertecitas. ¿Tenía derecho a hacer esto? Allá en el fondo hay algo envuelto descuidadamente en un trozo de nylon. Lo tomo. Es un objeto de goma muy suave de color rosado. Era como un bracito de guagua con la mano empuñada. Hecho en Taiwan. La búsqueda había terminado. Sólo restaba una muy misericordiosa duda y mucha, mucha piedad.

PUPA, ¡OH PUPA!

Estoy consciente de que los hechos desnudos no significan nada. Lo que importa es lo que contienen o lo que cargan, y después averiguar qué hay detrás de esto, y detrás el fondo definitivo que no tocaremos nunca.

Las primeras veces deben ser siempre terribles, incluso imposibles, nos decía el viejo don Cloro cuando adolescentes. ¡Ay del que le va bien en el primer intento! ¡Ay del que le resulte fácil la primera aproximación a la vida! En verdad, nunca nos aproximamos a la vida, ni a nada, salvo en los tiempos de la Pupa. Y, ¡ay!, nos resultó tan fácil.

Había nacido con nosotros en el pueblo. La echaron por floja del colegio y se empleó de criada, era una rapaza de catorce, en la casa de los patrones. Dos o tres años después se transformó en una potranca musculosa que olía a sudor fresco. Tenía una mirada desafiante, una boca sensual y desdeñosa, una mandíbula fuerte.

Todo comenzó para mí un domingo en la mañana. Tirado al lado del río esperaba que picara algún robalo cuando apareció la Pupa con su falda corta y sucia, sus poderosos muslos, sus labios húmedos. Le hice ademanes para que no metiera ruido. Fingió asustarse y se sentó a mi lado. Nos quedamos un rato en silencio, yo mirando el agua donde flotaba el corcho de mi aparejo y ella

mirándome a mí y masticando una hoja de pasto. Luego aproximó la boca a mi oreja y susurró:

-¿Estás pescando?

Asentí volviendo a colocarme el índice sobre los labios.

-¿Y no quieres pescarme a mí?

La miré sorprendido. Ella, tocándome la nariz con la suya, mientras se desabotonaba la breve falda, musitó: "Tonto, tontito". Y fue maravilloso, obsceno, suave, violento, y luego nos reímos. Pasamos casi toda la mañana abrazados, jugueteando, retozando como cachorros, sin más conciencia que nuestro deleite, haciendo el amor como nunca pude volver a hacerlo en mi vida. Nuestros cuerpos sellaron un pacto que era el comienzo de un nuevo modo de vivir. Solo con ella fue así y fue así todas las veces que nos encontramos, incluso después de enterarme de que lo hacía con Raúl y Fernando, los que me contaron que también con Astorga, que ya estaba sobre los sesenta, sin ninguna violencia que no fuera la de ella misma.

El aire y el paisaje se hicieron otros. Se acabaron los rencores y las inseguridades. Me olvidé, nos olvidamos, de la coja, una gárgola horripilante, histérica y cruel que mandaba en la oficina y de algún modo en todo el pueblo. Comencé a fumar los cigarrillos de ese gringo quemado por el sol que había atravesado media África a pie, con el cucalón algo ladeado, para obtener uno de esos pitillos rubios y aromáticos. Me veía en los héroes de las películas, ese era yo. Aunque no sabía rezar, anduve dando las gracias, negándome a la aceptación, incrédulo, inseguro aún de la maravilla.

La Pupa era el acontecer de las grandes novelas, la aventura, los viajes arriesgados, los triunfos atléticos, la vida y la ensoñación, allí, en el pueblo, al pie de un árbol, tras una roca, entre los matorrales. La mujer que todo hombre busca.

Antes de la Pupa, nada pasaba salvo la aceptación de

la sinrazón adecuada del trabajo. No entendíamos, mis amigos y yo, todo el pueblo, en el fondo, palabras ni situaciones que no anunciaran dinero, seguridad, resguardo, pan, techo y abrigo y déjenme tranquilo.

En los tiempos de la Pupa nos sentíamos capaces de saltar cualquier día a la cubierta de una barcaza, abordar el carro de carga de algún tren, ponernos una mochila y partir siguiendo la dirección de una pluma tirada previamente al viento. Comenzábamos a vislumbrar que la vida es otra cosa, que la vida no puede hacerse en compañía de mujeres fieles ni hombres sensatos. Estábamos abriendo los ojos, nosotros, los empleados de oficina, tranquilos e inofensivos. Y dejamos de temerle a la coja. La bestia negra perdió su poder.

Pupa, nadie lo creyó cuando dejaste el pueblo. Fue la coja la que dijo triunfalmente, que te habías ido a Tokio. ¡Cómo nos reímos! Raúl se estiraba las cejas y simulaba hablar en japonés. La honorable geisha Pu-pa. A la semana de tu ausencia ya no se reía nadie.

Y recomenzamos la lenta vida idiota de todo el mundo. La sumisión, la entrega, la lenta asfixia en ese pueblo varado. Aceptamos la cárcel y la cadena perpetua. De tanto tratar de olvidar a la Pupa llegamos a dudar de su existencia. ¿Qué hacer? Nos sentíamos como el hombre que quiere aprender a caminar después de sufrir una parálisis. Había que comenzar de nuevo y no había quién nos cogiese de la mano. Nada volvió a sucedernos salvo la repetición eterna de gestos, palabras y sonrisas. El reloj se detuvo y no nos dimos cuenta.

Pasaron otras cosa en el pueblo. Se casó Raúl. Astorga enviudó. Se murió el viejo don Cloro a los ciento cinco años. Cuando chicos habíamos estado varias veces en su rancho tomando mate y escuchando sus descripciones de ciudades remotas. En el pequeño cementerio, la tumba de don Cloro está siempre cubierta de flores y no pocos letreritos con "Gracias por el favor recibido". No sé si alguien hizo una manda pidiendo el regreso de la Pupa.

Los pocos que se iban del pueblo volvían tarde o temprano a pesar de sus bulliciosas fiestas de despedida, de adiós para siempre, volvíamos a tenerlos, uno por uno, nos contaban sus explicaciones sobre fracasos que ya habíamos olvidado y ellos embellecían con mentiras. Volvían y se quedaban, arruinados, mendigando un empleo, cigarrillos, una oportunidad, para conseguir después de un tiempo, el trabajo antiguo, ¡gracias Dios mío!

Entonces sucedió lo de la mansión misteriosa. Llegaron enormes camiones con materiales, salas de baño venecianas, ventanales de cristal, etc., y comenzó la edificación de una villa en las afueras del pueblo, sobre una pequeña colina. Fui a ver la obra. Las salas de baño eran solo una y en absoluto veneciana, las ventanas eran de vidrios comunes y corrientes, en fin. El enorme muro que garantizaba la privacidad de la piscina y los jardines, era una bonita cerca de madera. No había piscina, sí una casita nueva, modesta, linda, sin jardín aún. Simultáneamente se habilitó un camino de auto que unía la casa con el pueblo. El camino o calle fue cubierto con maicillo amarillo rosado en contraste con las terrosas calles del pueblo.

Una tarde de otoño, cuando todo estuvo listo, llegó el enorme auto americano (algo destartado, pero llamativo) conducido por un chofer de gorra, y la Pupa sentada atrás, vestida como una reina. El chofer se fue en un camión y no lo volvimos a ver. El auto quedó estacionado al lado de la casa y allí debe de estar aún, oxidándose.

Nunca hubo hembras en el pueblo. No era propio. Solamente la Pupa estaba consciente de que llevaba un sexo entre las piernas. La moral no abarcaba las estafas, la explotación, los robos ni siquiera los asesinatos, eso era asunto judicial. Obsceno e inmoral era solamente la vida.

Habías vuelto, Pupa, estabas aquí otra vez, pero no

hablábamos de ti. Ni Raúl ni Fernando ni el viejo Astorga ni menos yo. Simulábamos, aparentábamos no ver ese pozo oscuro de los años sin ti, de ese tiempo muerto. Hacíamos trampas bobas, fingiendo indiferencia, planificamos salir a pescar, tomando cerveza, organizar un campeonato de dominó, fumando, mirando los cerros, las nubes, como si aquel fantasma no estuviera entre nosotros. No, los restos de nuestra tierna brutalidad adolescente no estaban cubiertos de cenizas. Veía en los ojos de mis amigos lo mismo que ellos descubrían en los míos. Ingenuos, hablando trivialidades, afectando no darnos cuenta de nuestras voces inusualmente más bajas, más afónicas, casi más respetuosas, creíamos ser los únicos habitantes del pueblo.

Pero la casa misteriosa, el auto americano, el camino de maicillo amarillo rosado que podían ser tantas cosas, impresionar bien, impresionar mal, causar celos o curiosidad y hasta alegría o temor, por último, indiferencia, fueron burdamente tomados por las mujeres que también arrastraron a los niños. Lo que pasaba era que la Pupa había vuelto. Eso pasaba.

Siempre es una mujer la que arrastra a todas las otras, una, fue la coja y fea y mala y frígida y neurótica, histérica, demoníaca, del pueblo la que sublevó a las dulces, gordas, tranquilas, amorosas, y las adoctrinó, enfureció, contagió, afeó y crispó.

Esa mañana, dos días después de su llegada, cuando la Pupa, por fin, decidió salir de su casa, la jauría la estaba esperando. Fue cosa de segundos. No sé dónde estaban. Simplemente aparecieron súbitamente, algunas ya con piedras en las manos, los niños riendo y buscando la aprobación de los ojos de la coja, de la gárgola, que se mantenía a la retaguardia como espectadora pasiva de la hoguera que había preparado. Ella ya no necesitaba mover un dedo más.

Con un traje elegante y largo, la Pupa salió de su casa, levantando la parte delantera del vestido con su

mano izquierda. Era una treintona espléndida la que desfiló en medio de las pullas y risotadas de los niños. Algunas mujeres se le acercaron y le explicaron cosas a gritos. Una pedrada le dio en un pómulo y otras en el cuerpo. Avanzaba con la misma mirada desafiante y sonrisa sensual y desdeñosa de antes, sin reparar en la sangre que le corría por la mejilla que se mezclaba ahora con los escupitajos. Ignoro si había más miedo que ira en esas mujeres frustradas, agotadas por el tiempo y la rutina y la nada. No sé quién arrojó el peñasco que la botó al suelo. Cayó de rodillas, miró al cielo, y luego vino la descarga febril, violenta, impaciente, de piedras, peñascos y guijarros, y luego los palos, aunque dicen que ya estaba muerta cuando la apalearon.

EL MAGNIFICO

El tipo estaba hecho una hamburguesa con salsa de tomate y todo. En el pueblo no había clínica (¿y qué había en el pueblo?). Acomodamos esa ensalada de huesos y carne, que no sé por qué milagro aún respiraba, en el auto. Tampoco había ambulancia en el pueblo. Alguien se acordó del tremendo cacharro en el cual la Pupita había hecho su entrada triunfal al pueblo, emperifollada como la reina Grace. Le pusimos la batería de mi Fiat 600 y logré hacerlo partir.

Seguido por los energúmenos, manejé hasta la escuela donde don Cloro, mascando nitroglicerina, le chorreaba agua oxigenada por todas partes a esa prieta humana viviente. No bien lo instalamos en el auto, se subió la coja, decidida, crispada y temblorosa, y comenzó a escupir aquel ensangrentado guiñapo humano. Sólo entre tres lograron sacarla del vehículo. Con Raúl al volante, yo a su lado, y el muerto vivo atrás, atendido por don Cloro, partimos en aquel formidable Cadillac destartado mientras la coja corría a saltos detrás tirándonos piedras y gritando como una Medea.

-No te apures tanto -dijo con su voz de barítono don Cloro-. No va a llegar vivo de ninguna manera.

Hacia tan solo tres días que el magnífico y el argentino habían llegado al pueblo. Se bajaron de un camión que traía abarrotes para la pulpería, acompañados de cuatro enormes maletas y un bulto largo que resultó ser una

carpa con living y dormitorio. Pero lo que más nos llamó la atención fue la facha de los tipos. Uno era un gigante sonriente y bobalicón. No era más grande que un camión de cerveza, pero su tamaño bastaba para impresionar a cualquiera. El otro, de tamaño normal, hablaba con acento argentino y gesticulaba sin parar, llevaba un brillante terno de casimir, sombrero de gángster y, en el cuello, un pañuelo de mujer.

Me acerqué para ver de qué se trataba. El argentino quería saber dónde podía instalar la carpa. Preguntaba por el municipio, el alcalde y el intendente. Le faltó preguntar por el presidente de la república.

-Mire -le dije-, instalen su carpa donde quieran y si en la noche no se los comen los perros, pueden quedarse.

-¿Pe,pe, pero qué pueblo de boludos es este pueblo?

La cosa es que el gigante enlazó las cuatro maletas y el bulto de la carpa con un cordel y se echó todo encima. Parecía el pocas-pilchas. Y comenzó a seguir al argentino que partió sin dejar de hablar y gesticular hacia los cuatro eucaliptos que estaban entre el pueblo y la casa de la Pupita. Allí levantaron su campamento rodeados de niños burlones y desconfiados. Es decir, el gigante trabajaba y el argentino hablaba y movía los brazos.

Cuando terminaron, el gigante se sacó la chaqueta. El tipo apestaba a ropa sucia y vinagre. Se remangó la camisa y flectó sus brazos mostrándoles a los niños unos bíceps increíbles. El respeto que logró fue instantáneo y profundo. A este no lo gana ni cunfú.

Esa noche instalaron una tarima, tres tablones sobre dos bancos de la plaza. De dos enormes parlantes comenzó a salir la música estridente de un disco rayado, de moda hacía quince años atrás, por lo menos. La plaza se llenó. Todos estábamos allí. Juan, el tonto del pueblo, hizo su agosto vendiendo helados de esencia de naranja. Entonces, el argentino cortó la música y comenzó a gritar. Presentó a el magnífico como exsubcampeón de las europas y pidió una colaboración al tiro. El hombrón

debía de estar entre los cuarenta y cincuenta, pero era espaldudo y, bueno, de casi dos metros de alto.

El manager saltó de la tarima al suelo. Lo que no era ninguna hazaña, pues eran noventa centímetros. Y comenzó a recoger plata con el sombrero de gangster mientras el matón hacía sombra. Casi ganó la sombra. El hombrón hizo tiburones. Veinte. Yo hago cuarenta y cinco sin sacarme el pitillo de la boca. Luego se puso a saltar a la cuerda. Cualquiera niña del colegio lo hacía mejor y con más ritmo. El excampeón vestía un grueso sweater de lana para disimular los rollos de grasa de la cintura, del lomo y del pecho. La panza se la debía de haber fajado con algo que ocultaban sus pantalones bolsudos. Y el argentino sacaba la plata del sombrero y se la metía en los bolsillos para seguir pidiendo. Nuestra gente es generosa. Hasta el heladero se cuadró con cincuenta pesos. Los forasteros no habían perdido el viaje.

El porteño se encaramó otra vez a la tarima donde jadeaba, agotado y sudoroso, el matón, y dio las gracias. Entonces vino lo bueno. El subcampeón se enojó porque el argentino estaba pasando por alto el desafío. Pero con quién vas a pelear acá, se defendía el manager que ya tenía los bolsillos llenos y no quería más guerra. Pero ante la insistencia del ofendido subcampeón gritó que pagaría cinco mil pesos al que le aguantara un round.

La respuesta fue un profundo silencio. Alguien se rio nerviosamente. El mutismo duró hasta que don Cloro logró sacar su voz de barítono:

-¿Un round a vos o al saco de grasa?

-Vos tranquilo, viejito. Si no hay desafiante, aquí no ha pasado nada y tan amigos como antes.

Y realmente no pasó nada. Los dos forasteros se fueron tranquilamente a su campamento mientras don Cloro aleonaba a la gente tratando de encenderla:

-... y si nadie acepta el desafío, yo, cojo y todo, lo acepto. Juro hacer recagar a bastonazos al matasiete ese...

Don Cloro cayó al suelo sin poder terminar su arenga. Le metimos entre los dientes una de las pastillas de nitroglicerina que llevaba en el bolsillo y lo llevamos a su casa donde, afortunadamente, comenzó a reponerse.

Al otro día apareció la coja en mi casa. Entró sin golpear. Lo que no quitó que cerrara de un portazo.

-El Chano acepta el desafío -dijo.

La acompañé a la tienda del matón.

-Aceptamos la apuesta -grité- al interior de la carpa.

El hombrecito del terno brillante salió, amarrándose el pañuelito con lunares al cuello.

-¿La apuesta? ¡Ah, el desafío ese! Esperá un cacho.

Volvió a entrar a la carpa para salir con un atado de recortes amarillentos y de fotos antiquísimas.

-Mirá, mirá con quien se quieren meter. Noqueador en Europa. ¿Sabés dónde queda eso? Luchador libre en toda América. Y campeón, mirá, El Aguila Enmascarada le decían en Bolivia. No le ganó nadie, nadie. Ahora déjame tomar el mate tranquilo.

El tipo debió de haber sido bueno. Ahora estaba algo gordo... y viejo. Pero se las arreglaba, dirigido por el argentino, para ir de pueblo en pueblo, haciendo demostraciones, provocando, peleando con campesinos envalentonados que nada sabían del arte del boxeo o de lucha libre, ganando apuestas, cobrando entradas, etc. Sí, debió de haber sido alguien, con todos esos recortes. Claro que los testimonios del pasado no garantizan el porvenir.

-Usted desafío y nosotros aceptamos. No puede correrse ahora -le dije sin mayor enojo, devolviéndole el archivo de hojas amarillentas.

-Llévame a ver la maravilla esa.

-El Chano se acuesta temprano -terció la coja.

-¿Sabés lo que pasó en Cochabamba? -me preguntó sacándose respetuosamente el sombrero.

-No. ¿Cómo voy a saberlo?

-El campeón mató a uno. ¿Entendés? De una sola trompada... de aquí a la eternidad.

-Pues ahora el Chano lo va a matar a él -me tocó baladronear a mí.

-¿Quién es el Chano? -le pregunté a la coja mientras nos subíamos a su BMW.

-No sé, pero existe. Y si no existe, lo inventaremos.

Por primera vez en mi vida, la miré con admiración. Había logrado sorprenderme. La observé manejar. No, no era una mujer feliz ni lo sería nunca. Estragada por la neurosis, parecía un hombre enojado y tenso. Yo no podía comprender que se emperrara hasta tal punto por una banalidad, por una idiotez, como este asunto de esos dos pobres diablos feriantes que lo único que deseaban era un poco de dinero para seguir con su grotesca ronda en otro poblado como dos desertores de algún circo pobre. La coja olió la sangre, el punto débil, y no cejaría hasta reventarlos definitivamente como lo haría con cualquiera de nosotros que le mostrara su Talón de Aquiles. Con ella no se podía bajar la guardia. No me quedaba otra que fingir estar tan obsesionado como ella con el asunto. En verdad hacía meses que la coja no se lanzaba en campaña contra alguien, necesitaba sangre y la ocasión se le había presentado en bandeja. Alguien desafiaba a todo el pueblo. Por extraño mecanismo fue ella la que se sintió tocada y humillada. Manejaba con los dientes apretados, el cuello rojo como un pavo, por la furia contenida.

No paró hasta que llegamos al fundo de unos de sus parientes. Gente fina y desenvuelta que nos recibió alegremente. Pero ella no estaba para Camparis ni té con galletas. Fue al grano inmediatamente. El primo o hermano le dijo que por esas cosas de Charles Dickens, tenía entre su obreraje campesino a un émulo del Toro de las Pampas y nos convidó a verlo en acción.

-Ese -dijo el primohermano de la coja. Seguimos la dirección de sus ojos y vimos la bestia peluda de dos centímetros de frente. Estaba con el torso desnudo, sin un átomo de grasa, todo músculo, hueso y nervio, levan-

taba los sacos como si contuvieran esponja o piedra pómez. Agil como un tigre, forzado como un elefante y, sobre todo, veinte años más joven que el exsubcampeón.

-¿El Chano? -le pregunté a la coja.

-El Chano -me respondió. Y llamó al hombre con un ademán casi imperceptible a la vista, pero cargado de fuerza psíquica.

-¿Quieres ganarte treinta mil pesitos?

-Usted dirá, señorita.

Volvimos embalados al pueblo. No nos detuvimos hasta llegar a la carpa de los forasteros.

-La pelea será el sábado -les espetó la coja desde afuera.

-Qué pelea -gritó el argentino que salió a medio vestir-. Aquí no hay pelea. Hay homicidio. Miren esto.

Entró a la carpa y salió otra vez con el atado de recortes.

-Ya los conozco -le dije cansado.

-El sábado a las nueve de la noche. En el patio del colegio -ladró la coja y se fue, dejándome solo con el pobre hombre.

-Mirá, lo hago por la sagrada fraternidad humana. Aquí tenés tres mil pesos, míralos, tres mil, y hacé que el Chano ese se nos enferme de gripe, de meningitis, lo que sea, y suspendemos la pelea.

-¿Me quiere sobornar?

-No, a vos no. Al Chano. Retirá a tu hombre y habrá indemnización. De lo contrario no solo no tendrá los tres mil, ni menos ganará los cinco, sino que tendrá que correr con los gastos del hospital, ¿viste?

La gente se juntaba a nuestro alrededor, primero tres, luego ocho y muy pronto medio pueblo.

-Lo siento, hermano. Pero no puedo hacer nada. Si fuera por mí...

-¿Qué pasa? -preguntó don Cloro que apareció, totalmente repuesto, entre los demás.

-Que este sábado a las nueve de la noche tenemos

pelea -informé. Don Cloro blandió su bastón y comenzó a gritar:

-Señoras, señores, sé que tenemos fuerza y músculo, pero además hay algo que nos sobra a todos, dignidad...

Y llegó el viernes. El pueblo estaba loco. Hacían apuestas entre ellos como en un hipódromo. En menos que canta un gallo, habían levantado un ring de tablas con cuerdas y todo. Hasta lona le pusieron. A su alrededor instalaron las sillas del colegio y del club y los bancos de la capilla. Todo el pueblo quería ver la pelea, desde el último bebé recién nacido hasta el más viejo de los abuelitos. Por lo menos medio millón de pesos fue lo que se embolsicó el argentino.

-Vamos a dar una vuelta -me convidó el porteño. Partí con los dos al río donde nos sentamos a mirar el agua.

-Lo de mañana se nos escapó de las manos -confesó el argentino después de un rato-, se nos descontroló.

-Ganaré -dijo con voz ronca el gigantón.

-Sí. Así es. Ese tipo no te gana. Seguro que no. Pero lo he visto. No. No te gana, pero te aguanta los tres minutos. ¿Comprendés? Y si el público pide un segundo round, vos no tendrás resuello para pelear un segundo más.

Fue como decirle a una mujer que uno ya no la quiere. Parece sencillo dentro de lo dramático, el decirle la verdad a un enfermo, porque el enfermo no es uno, claro, entonces uno comprende, consuela. Che, mirá, estás reventado, oíste, sos un perdedor, no has perdido nunca, claro, porque yo siempre veía a los rivales antes y pagaba, arreglaba las cosas. Ahora esa coja de mierda no muestra lado por donde meterse. ¿Cómo decirle todo esto? No se puede.

-¿Usted cree que ese patán que jamás ha subido a un ring ni tocado un par de guantes en su vida, le va a ganar a uno que fue campeón de box y después de lucha libre? Conozco mi oficio.

-Y él tiene veinte años menos que vos.

-¿Y la clase? Se nace con ella o se muere sin ella. Yo también lo vi el otro día cuando salí a trotar. Ese mono peludo no tiene clase. Yo estoy bien. El está mal.

Acto seguido, el subcampeón sacó una botella de pisco y nos pusimos tomar plácidamente.

Y llegó el sábado. Todo llega, como dicen, en esta vida. Salí a deambular un rato. Vi llegar un jeep con diez carabineros. En la tarde arribarían tres camiones con gente de pueblos vecinos. Tuvieron que improvisar tarimas y andamios para acomodar a tantas personas. A la hora de almuerzo, el argentino compró un alto de empanadas y varias botellas de vino.

-El campeón tiene que dormir la siesta antes de la pelea -me explicó.

No recuerdo haber visto tanta gente reunida. A las ocho y media de la noche no cabía un alfiler. Cuatro ampolletas de cientocincuenta con pantallas blancas, colocadas en cuatro postes en cada una de las esquinas del cuadrilátero, iluminaban la lona que pronto se cubriría de sangre.

Los contendores estaban separados, cada uno en una sala de clases. El Chano, más animal, más bruto, más nervio que el afuerino, había dejado de afeitarse en los últimos tres días, lo que le daba un inquietante aspecto de homicida, esperaba, inmóvil, casi agazapado, la llamada que sería a las veintiuna horas en punto.

En la otra sala, el campeón trotaba, saltaba, flectaba las rodillas, hacía tiburones y elongaciones, totalmente cubierto de sudor, mientras el porteño fumaba un cigarrillo tras otro.

"Las nueve", gritó alguien. Y todo el gentío comenzó a gritar "las-nue-ve, las-nue-ve".

Sin mirarse salieron los dos contendores. Yo estaba en el pasillo y los seguí. El campeón con la mandíbula colgando, respiraba como un asmático. El Chano, siniestro y decidido, apretaba las mandíbulas. Ambos

subieron al ring en medio de una gritería ensordecedora que no se podía entender que demonios decían. Me senté en primera fila al lado de don Cloro. El argentino servía de sécond al magnífico. La coja y su primohermano asesoraban al Chano.

Las cosas se había precipitado y nadie se había puesto de acuerdo si se trataría de box o de lucha libre. Yo creí esto último hasta que vi subir al ring al magnífico con las manos vendadas y al argentino con dos pares de guantes. Salté al medio del ring y llamé a la coja y al argentino.

-¿Box o lucha libre? -les pregunté.

-Y, box. A menos que la señorita disponga otra cosa. Para nosotros es lo mismo.

-Eso -dijo la coja.

-¿Eso qué? -le pregunté amoscado.

-Box y lucha libre -dictaminó la mujer.

-No, señorita -terció el argentino-, box o lucha libre.

-Las dos cosas -dijo segura la coja que maldito lo que entendía.

-Pidan un cacho ahora -gritó alguien del público.

-Convérsense un botellón -propuso otro.

-Sí, tonto huevón -rimó un tercero.

-Las dos cosas y se acabó -insistió la coja segura de ganar un punto al ver el desconcierto del argentino.

-¿Es posible eso? -le pregunté al porteño.

-Mirá, aquí están los guantes. Que el coso ese se los ponga y vos decile lo que dice la señorita.

-¿Qué le digo? -ya no entendía nada.

-Decile que se ponga los guantes y que box y lucha libre.

Mientras yo le explicaba al Chano, el argentino hacía lo propio con su pupilo. Box. Y, si quería, lucha libre. "Lo que vos querás". Y lo dejó solo. Más solo que nunca. El subcampeón no pidió explicaciones ante la insólita instrucción. Solamente le sonrió a su second y le pidió que le gritara al cumplirse el primer minuto de la pelea.

El público bramaba, pero cuando sonó el campanazo, era la campana del colegio, enmudeció como cuando se desenchufa una radio puesta a todo volumen.

Esto comienza, señores.

El matón subió al ring cansado y sudoroso. Vencido antes de comenzar.

Un paquetón.

El sonido de la campana aún vibraba en el aire. El magnífico salió de su rincón, un metro noventa y cinco de carne y grasa, con los brazos colgando. ¿Le pesaban los guantes? Dio dos pasos, volteó la cabeza y le sonrió al argentino, miró, luego, con calma al Chano que se le fue encima.

El Chano comenzó a darle una seguidilla de golpes en el estómago, el pecho y la cara, implacable. Y el campeón con los brazos colgando. El Chano le lanzaba golpes cortos, largos, con vuelo y sin vuelo, mientras el campeón lo miraba divertido e inmóvil. El silencio del público fue roto por la voz de la coja:

-Pateálo en las huevas, huevón -le gritó, mandona y furiosa, a su pupilo el cual, obediente, le lanzó una patada a su contendor que no lo alcanzó, pues el campeón se movió, por primera vez, y le mandó un gancho al estómago. El "¡uh!" del aire expulsado por el Chano se escuchó en todo el colegio.

Ese fue el golpe que le rompió las costillas.

El Chano quedó doblado en dos. Allí recibió el segundo golpe, esta vez en el rostro.

Ese le reventó la cara, fracturó la nariz y los incisivos superiores e inferiores.

En eso caí en la cuenta de que no habíamos puesto árbitro.

El Chano iba cayendo, pero el campeón se lo impidió con otro golpe que lo enderezó y lo tiró para otro lado, pero tampoco cayó, porque el campeón lo atajó con otro feroz puñetazo.

Completamente dormido, muerto, knock out, el

Chano se derrumbó como un saco de papas que se revienta descosido por todos los lados.

Entonces vino lo feo.

El campeón lo levantó del suelo y lo sostuvo en el aire como un levantador de pesas levanta esas grandes cosas. Le dio varias vueltas para tomar impulso y lanzó al Chano a las graderías.

Pasó por arriba de mí.

El Chano salió volando y desapareció en el fondo oscuro de las graderías, allí donde estaban los últimos asientos.

Todavía no pasaba el primer minuto.

Un drácula patuleco. Lo vi pasar por el aire. Menos mal que estaban todos, porque si estoy yo solo y después lo cuento, no me lo creería nadie.

Don Cloro se había desmayado ya cuando vio el primer chancacazo del magnífico. Ya no estaba para estos trotes. Raúl le enchufó una pastilla de nitroglicerina en la boca abierta y luego se la cerró.

En medio de una lluvia de proyectiles, el argentino subió al ring. Monedas, botellas, duraznos, caían desordenadamente sobre la lona. Hasta sillas tiraron. El magnífico respiraba agitado, pero no de fatiga, de nervio, no de cansancio, de nervio.

Los carabineros contuvieron a la muchedumbre a lo que es garrotazos, lumazos, les dicen aquí. El Chano colgaba sobre dos sillas como animal carneado.

La coja, congestionada, comenzó a patear y a escupir lo que quedaba de nuestro hombre.

-Felicitaciones -le dijo el argentino al campeón, esta vez sin aspavientos. El campeón miró muy serio a su manager y le dijo con su voz ronca:

-Ahora nos vamos. Este es un pueblo de mierda. No es para nosotros.

DINAMITA

Corrían los tiempos de una dictadura y habían clausurado el prostíbulo del campamento. Una cosa era el pueblo y otra el campamento donde habitaba el obreraje. Justo en el medio del campamento se podrían la carpa y el camión del circo.

-Tú eres mi amigo, Rafael -me dijo el hombrón, dos metros de carne, ropa, grasa y pelo. Vestía siempre de negro. En el bolsillo de su chaleco llevaba un reloj antiguo sujeto por una cadenita.

-Sí, somos amigos.

Estábamos tomando cerveza.

-Te lo digo en serio, Rafael. Si alguien te pone la mano encima, yo lo mato.

Había llegado con su circo en primavera. La función resultó un fiasco y se quedó empantanado en el pueblo. Carecía de dinero para marcharse. El camión necesitaba más que un arreglo. Debía plata a medio mundo. El verano se dejó caer en el pueblo y ahí continuaba el circo y sus cuatro integrantes, el hombre, su sensual mujer rubia y los dos lamentables monstruos.

-Convídame otra cerveza, Rafael.

La noche del mismo día en que llegaron ofrecieron la única función que pretendían brindar. No fue nadie salvo yo que acudí por razones patológico sentimentales. La carpa era más bien chica, para no más de ochenta

espectadores. La mujer rubia me miró con ojos de qué le parece, señor. Mire lo que nos han hecho. El empresario detuvo el tocadiscos. Hasta aquí no más llegamos. Lo peor es que tengo que pagarles a las señoritas del ballet. No solo a ellas. El primero en prestarle plata fui yo, luego, el administrador del club, los carabineros, el cura, incluso Juan, el tonto, le pasaron buenos billetes. Me quedé un rato, fumando al lado del hombre que miraba las estrellas y enseguida la carpa vacía. Qué noche más hermosa. Serena. Se supone que los desastres encuentran eco en la naturaleza y son acompañados de truenos, rayos, lluvia, relámpagos, salidas de mar.

Se supone. Eso es lo que la gente quiere. Lo que se supone y no lo que realmente pasa.

-No saben lo que se perdieron -le dije.

-Te burlas.

-No. Ya ves que vine. Por nada del mundo hubiera dejado de venir.

Pedimos más cerveza y pan con queso derretido. Comimos y bebimos en silencio. Era una compañía grata. El tipo estaba arruinado, en el fondo del hoyo, y no perdía la calma ni la dignidad. Me sentía protegido a su lado. Yo tenía empleo y tiempo libre, pero el poseía algo que a mi me faltaba.

-Créeme, Rafaelito, soy un buen empresario. Sé organizar espectáculos de la nada. Y buenos.

-Me parece que vas a tener que montar uno y pronto -le advertí. Debía dinero a todo el pueblo y los carabineros no lo dejaban irse.

-El problema es la televisión.

El asunto de las deudas se agudizaba. No se veía solución alguna. Su mujer, una rubia teñida, pero bien formada, no salía de la carpa por miedo a las pedradas.

-Así como lo que huele a mieles en el mercado puede apestar en la olla, puede lograrse lo contrario bajo la mano de un buen organizador. Con restos, con lo que bota la ola, con basura, te puedo montar el gran espectáculo.

Le creía. Sin duda que administró un buen circo hasta que todo el mundo pudo tener un televisor. Nadie estaba dispuesto a desplazarse, pagar la entrada y volver a media noche a casa por un espectáculo que ya tenían gratis en su hogar y que colmaba ampliamente sus expectativas.

-Esto es un desafío.

-Ya lo creo. Mira, si te mueres el pueblo te dejará insepulto para que los perros se disputen tus entrañas por las calles.

-No joda, Rafael, esto va en serio. Te cuento lo mejor o lo peor. Pedí un préstamo.

-¿Otro más?

-En la ciudad. A un usurero. Empeñé todo. Camión y carpa. Montaré un espectáculo inolvidable.

-Para el que lo vea. Descuida. Allí estaré.

-Lo verá todo el pueblo.

Al otro día, el hombrón, su espectacular señora y los dos monstruos, repartieron un volante donde anunciaban la función en detalle. Había ido a la ciudad a contratar artistas. Yo tengo buena muñeca, Rafael. Sé armar una buena función con lo malo.

-Pero si el día y la hora coinciden con el último capítulo de la teleserie o con la final del campeonato de fútbol o con la pelea de todos los pesos o con la presentación de la cantante última o con...

-Nada es comparable con los seres de carne y hueso ahí a tu lado, tú respiras su aire, percibes su olor. Lo otro es muerte para los muertos. Yo les traeré vida palpitante.

Tuve que viajar al lejano Santiago en mi Fiat 600 a elegir regalos de Navidad para los niños del pueblo. Atención de la empresa. De modo que no alcancé a ver la gran noche del circo, pero sí me llevé el volante. La mujer eléctrica, usted la toca y le da la corriente (no se especificaba a quién). La mujer escupe fuego. La mujer sonámbula. La mujer del Diablo. La mujer fiera, no acercarse a la jaula. La mujer estatua. La mujer de goma.

Era más de diez mujeres, cada cual con su característica sobrenatural (a toda prueba). No faltaba el ballet de las señoritas, el gran tony Martínez y la participación de los monstruos.

Sospeché que tendríamos por mucho tiempo a mi amigo, su señora y el par de monstruos en el pueblo. Habría que buscarles trabajo. No estaría mal. De vez en cuando tomaríamos cerveza y me contaría de sus sensacionales éxitos del pasado.

De vuelta a mi pueblo, pasé por el campamento. El camión y la carpa habían desaparecido. Me integré a mi trabajo en la oficina. Esperé sin mayor expectación que alguien me contara espontáneamente la ida de los artistas, pero, al parecer, ya nadie se acordaba de ellos. Al cuarto o quinto día, noté que mi amigo me hacía falta. Echaba de menos su compañía sedante, su voz ronca y tranquila. Siempre he temido llegar al fondo de la miseria. Mi amigo lo estaba y no tenía nada de sórdido. Sus ojos brillaban mientras me pedía que le pagara una cerveza para hablarme del futuro. Le pregunté a uno de mis compañeros.

-¿Qué fue del circo?

-Se fueron, pues.

-Oye, bonita respuesta. ¿Y qué pasó con la plata que le debían a todos?

-La pagaron -y me dio la espalda para sumirse en sus cuentas y papeles.

Algo había pasado. Volví a preguntar y se me respondió con evasivas. Sí, se habían ido y punto. Incluso recibí un sobre con los diez mil pesos que había aportado. ¿Entonces?

-Oye, entonces, la función fue un éxito.

-Sí. Un éxito.

Y no se agregaba comentario alguno. Le pregunté al junior de la oficina, un muchacho de catorce años. Me respondió que en su casa no le habían dado permiso y que lo habían encerrado con llave para que no se escapara y se colara en la función. Me la perdí.

Varios días después, un domingo en que fui a pescar robalos al río, me encontré con Juan, el tonto del pueblo, que se sentó a mi lado en silencio para no espantar los peces.

-¿Fuiste a la función del circo? -le pregunté.

-¿La función? ¡La tremenda función, don Rafael! Fue dinamita.

-¿Dinamita?

-Yo lo dije y usted lo repite. Dinamita. Permítame contarle.

Así me enteré de lo que había ocurrido. Tal como lo presentía, nadie compró entradas. Nadie, don Rafael. Lo peor era que el endeudado empresario había pedido un préstamo para contratar artistas. La esperanza del pueblo de recuperar alguna vez la plata prestada se esfumó definitivamente. Entonces, se reunieron las autoridades. Usted no estaba, de lo contrario habría sido invitado. El gerente, el cabo, el cura, el contador, don Cloro, se juntaron a deliberar. En verdad, era mucho el dinero que debían los circenses. Por otro lado, no querían que se quedaran. Tenían los monstruos atravesados. Llamaron al grandote del empresario, su amigo, y decidieron postergar la función para el día siguiente.

-Pero qué pasó, hombre de Dios -ya estaba impaciente.

-Don Rafael, fue la orgía más grande que haya visto en mi vida. Levantaron la prohibición.

-¿Qué prohibición?

-La del prostíbulo.

-¿De qué me estás hablando, Juan?

-De que decidieron abrir en la carpa una casa de putas por esa noche.

Lo miré anonadado.

-¿Y el cura?

-Dijo que se lavaba las manos. Dijeron que todos podían montarse, perdón, copular con las artistas. Previo pago. Multiplicaron por diez el valor original de cada entrada. Los carabineros se vistieron de civil. Y no se postergó la función.

-¿Cómo, no la habían postergado para el día siguiente?

-No fue necesario. La juerga mayor que haya visto en mi vida, don Rafael. Todo el mundo se enteró y a las nueve de la noche estaba lleno de hombres tanto afuera como adentro de la carpa. La gente lo supo todo enseguida. Usted conoce el pueblo, los del pueblo llegaron antes que los del campamento. El empresario, su amigo, tocó un clarín y se hizo silencio. Luego, con el amplificador del tocadiscos, pidió que formaran colas. Doce filas. Doce señoritas. Unos querían con la mujer de goma, otros con la eléctrica y así. La fila de la mujer del Diablo fue la más larga. ¡Qué me dice, don Rafael! Viera usted la disciplina para formarse. Claro que el empresario andaba con una estaca de este calado. En una mano la estaca y en la otra la cartera. Como las colas no eran igual de largas, el hombre empezó a cobrar precios diferentes. A recargar las tarifas. El tipo se hizo la América.

El fornicón había comenzado a las 9 de la noche, y a las tres de la mañana seguía igual. Llegaron camiones de los pueblos aledaños. El gerente se tiró a tres y alegaba que si alguien pagaba por tres, la cuarta era gratis.

-¿Y tú?

-Yo me monté a dos no más, don Rafael. Después me dio vergüenza.

-Me imagino.

-No se lo imagina, don Rafael. Es que adentro de la carpa, todo era a la vista de todos. Y la señora rubia del empresario andaba con otra estaca controlando en el interior. Uno quiso llevarse en brazos a la sonámbula para su casa o para el monte, qué sé yo. Casi le volaron la cabeza del estacazo. Ahí no más quedó. Hubo lesionados, don Rafael. Nunca había visto un relajo así.

Otros trataron de colarse y recibieron sendos garrotazos. Aparecieron señoras a buscar a sus maridos a gritos, se despeinaban y desgarraban las blusas, pero

nadie les hizo caso. Terminaron por sentarse al lado del camión donde los monstruos les sirvieron café.

No, usted no se puede imaginar el cuadro. No sé a qué hora terminó el fornicón. Cuando me fui eran las cinco de la mañana. Los monstruos servían, vendían, café a precio de whisky. Y el hombrón seguía dando órdenes e instrucciones entre las filas, totalmente afónico. El hombre sabía organizar. Eso sí.

Mi amigo era honrado. Llevaba una lista de todos sus acreedores. Pagó hasta el último centavo antes de irse. Nunca más se habló de él ni del circo. Nunca más.

SI, YO, ¿POR QUE?

De pronto, me encontré en pijama y descalzo en medio de un jardín iluminado por la luna, frente a una gran casa de campo. Pero no es la descripción de la casona con todas sus ventanas y su enorme puerta de roble lo que viene al caso, si me siguen un poco, sino el cómo me sentía yo allí, perplejo y asustado, escuchando ladridos de perro, vulnerable. No me atreví a golpear, pues era muy de noche. Bastante más lejos se divisaban otras caras más modestas. Sospeché que los perros ya venían corriendo hacia mí, el intruso, y no vacilé en penetrar al caserón por una ventana. Caí en una especie de escritorio. Sobre la mesa, se destacaba un antiguo tintero de bronce con la figura de una mujer. La luz de la luna entraba por las ventanas y me permitió movilizarme sin problema. Entré a un pasillo. Una voz masculina gritó: "¿Quién anda ahí?". Quedé petrificado y, afortunadamente, pegado al costado de un estante de libros. Escuché pasos y vi el resplandor vacilante de la llama de una vela. Eran varios. Una mujer con una palmatoria, vistiendo un largo camisón de dormir, pasó frente a mí, siguió caminando y luego le susurró a alguien: "Lo vi". Decidí cambiar de lugar y me deslicé a otro cuarto. "Ahí va", murmuró una mujer, conteniendo apenas las ganas de gritar. "Yo también lo vi", informó un hombre con evidente terror. La pieza era un salón

que olía a cera y naftalina. Escuché los perros y un ruido de temblor que terminé por identificar con el de un camión pesado que pasaba por la calle y que me despertó.

Dos noches después, soñé que me encontraba en el escritorio de la misma casa y que revisaba los títulos de los libros y quedaba gratamente sorprendido al encontrar uno que me había fascinado en mi adolescencia, nada menos que un tomo empastado de Los ases del aire. La puerta se abrió y la luz de la palmatoria iluminó el cuarto y me impidió distinguir las facciones de las tres o cuatro personas que me miraban. Entonces desperté algo contrariado, desilusionado, por no tener en mis manos ese magnífico tomo que debía contener unos cuatro números de Los ases del aire.

Consulté con amigos y en libros sobre el tema: "Soñar con una casa". Encontré las respuestas más peregrinas. Casa igual sexo de mujer, tenía que casarme. Casa igual vida, yo estaba fuera de la vida y deseaba entrar. Casa igual vientre materno, yo quería retornar a ese lugar. Los sueños son productos del inconsciente personal o del inconsciente colectivo, estos últimos son los que valen la pena por su universalidad. El mío era creación del inconsciente personal, no tenía ningún interés literario. Digo esto porque al relatar mis sueños me aconsejaron que los escribiera.

Los hombres de Neanderthal se juntaban en las noches alrededor de las fogatas a escuchar narraciones. Lo único que los mantenía despiertos era el deseo de saber qué iba a ocurrir a continuación. No bien adivinaban qué iba a ocurrir a continuación, o se quedaban dormidos o mataban al narrador a peñascazos.

Como yo no quiero que me agarren a peñascazos y sé que por instinto la gente espera que pase algo, es decir, si estoy narrando acerca de mis sueños obsesivos, sé que todos esperan que algo ocurra, debo advertir, entonces, que sí, sí, ocurrió algo.

"Cuenta solamente la verdad", me aconsejaron. Traté de evocar las clases de literatura del liceo para ayudarme. "La situación es la ilustración de personaje y el personaje es la ilustración de la situación", escribió por ahí Henry. Muy fácil decirlo. ¿Me describo a mí mismo? Soy alto, flaco, huesudo, pálido, rubio casi albino (me dicen "el ectoplasma" cuando en verano me visto de blanco), nervioso, más bien solitario, trabajo de oficinista. ¿Ilustra eso la situación?

Soñé por tercera vez con la casa. Estaba en el pasillo, trataba de abrir la puerta del escritorio para buscar el tomo de Los ases del aire. No podía abrirla. Estaba con llave. Escuchaba pasos de pies descalzos. "No nos separemos", pidió una voz femenina. Volteé la cabeza para verlos. La luz de la vela me deslumbró. "Ahí está". "Sí, lo veo". "¿Se mueve?". Entonces traté de hablarles. Abrí la boca, pero no lograba articular sonido, la boca se me abría como un bostezo de lobo. Escuché gritos de miedo y desperté casi descarretillado.

"Esto tienes que escribirlo", insistían mis amigos, quizás por halagarme. Solo uno de ellos, aficionado a la literatura, no mostró mayor entusiasmo y sentenció que para Aristóteles era preferible contar cosas imposibles siempre que fueran verosímiles para el grueso público que narrar cosas posibles científicamente, pero imposibles para la psicología de las masas. Ergo, mejor no escribir la verdad si esta es difícil de digerir. Los escritores escriben mentiras, eso no es novedad. El problema radica en que no soy escritor y me fascina la verdad.

En estado de vigilia, evocaba la casa, sus alrededores, su distribución interna, ese cielo raso a tres metros, las pesadas lámparas, y me gustaba. La suavidad casi dulce de la mujer con la palmatoria me llenaba de nostalgia. Y los deseos de leer Los ases del aire aumentaban al punto que recorrí librerías de viejo, fui a varios remates de libros, en vano. Intenté dibujar la casona de mis sueños, pero no tengo mano para eso.

Nada de croquis, tienes que relatarlo, me decían mis amigos. Comienza de sopetón, sin esas introducciones tipo "Les voy a contar lo que..." o "Esto que leerán es...". Buen consejo. Así se causa la impresión de haber llegado atrasado a la película y el lector agudiza su atención. Lo que no acepto es adornar la verdad para que parezca verosímil.

En el quinto o sexto sueño, ya se me confunden, llevaba mi terno blanco lo que me disgustó, pues sería descubierto más fácilmente. Estaba en la cocina de la casa. Sobre el mármol de la mesa, un jamón entero, enorme, me produjo un apetito feroz. Abrí un estante en busca de un cuchillo con tal ansiedad que boté un alto de platos al suelo donde estallaron en pedazos. Alguien estaba abriendo la puerta. La luz de la vela. Quise gritar que no era un ladrón y desperté. A mi mente acudió algo de Coleridge. Imagínese el lector que hubiese despertado en mi cama con el jamón en mis manos. Entonces, qué.

Al otro día compré un cuarto de jamón en la rotisería de la esquina. Sufrí una buena desilusión. Ni siquiera tenía el olor de aquel apetitoso de mis sueños. Me vino a la memoria algo que había relatado André Maurois, pero eso es literatura, uno sabe que no es verdad.

Son deseos insatisfechos, sentenció uno de la oficina. En tus sueños, los deseos aparecen disfrazados. El jamón no es otra cosa que una pierna de mujer: tienes que casarte. Y el casado casa quiere, remató otro. Y si vas a escribir todo esto, hazlo con anacronías, cuenta primero el quinto sueño, luego el primero, después el tercero, de lo contrario no funciona; me aconsejó el literato, un perfecto imbécil. Haz cambios de la primera a la tercera persona; los sueños en primera; lo que te pasa en la vigilia, en tercera. Alegué que los lectores podrían confundirse. De eso se trata, dijo, en arte, la comunicación es ambigua. Creo que mi amigo no debiera leer un libro más o leer una cantidad enorme de ellos.

Dos meses después salí de vacaciones, dos meses

contando desde el último sueño. Cargué mi carpa, el saco de dormir y otros menesteres en el asiento trasero de mi Fiat 600 y partí al sur, porque el año pasado había ido al norte.

Fue al segundo día de viaje cuando vi la casa. Estaba muy separada de la carretera, pero verla y reconocerla fue todo uno. Detuve el auto en la berma y me quedé mirándola. Me bajó la duda. ¿Era o no era? Por supuesto que no era, ahora estaba despierto. Había que internarse por un camino de tierra a través de un paisaje que me era familiar. Bueno, no viajaba por primera vez al sur. Muy lentamente, conduje mi Fiat 600 hacia la casona. Allá estaban las casitas pobres. Los ladridos de los perros parecían saludarme. Estacioné el coche ante el portón. Un jardinero se aproximó desganado.

-¿Viene por el aviso? -preguntó sin sonreír.

-El aviso -repetí sin saber de qué se trataba.

-¿Sabe por qué desean arrendar la casa? -me preguntó bajando la voz y mirando de reojo el enorme auto americano estacionado a la sombra de una encina.

-No tengo idea. Pero a mí me gusta -le dije feliz por tener un pretexto para entrar. Les pediría Los ases del aire. ¡Idiota, ahora no estás soñando!

-Porque penan -me confidenció.

-En todos estos caserones antiguos pasa lo mismo -expliqué.

-Bueno. Hoy día están los señores. Pase a hablar con ellos.

Me acerqué a la casa. Tenía una puerta de roble. Toqué el timbre.

-Adelante -gritó una voz. En el campo se suele hablar con menos formalidades-. Está sin llave, pase.

Abrí y entré. Olor a cera y naftalina. La puerta daba a salón. Cuatro, no, cinco personas, dos hombres, dos señoras y una muchacha preciosa, se pusieron violentamente de pie y me miraron con ojos que se les salían de las órbitas.

ADIOS A VICENTE

Alcancé a ponerme rápidamente la ropa (algo que me habían enseñado a patadas cuando chico) y salté a lo Nureyev al interior de su dormitorio. Cerré la puerta (delgadísima) que luego volví a abrir para pedirle la llave. Estaba en la gaveta del velador. Me encerré y puse para mayor seguridad el velador como tranca. La cosa se había puesto seria de pronto. Me estaban pasando la cuenta. Nada es gratis en la vida. Por todo hay que pagar. Ella se quedó en la salita, esperándolo.

Ese era todo su departamento: un dormitorio y una salita más la kitchenette y el baño que para mal de mis pecados no daba al dormitorio, porque con tantas emociones tenía la vejiga a punto de reventar. Esta sí que es grande. Esperar sin poder hacer nada. Víctima del acontecer. A veces es así la vida. Momentos en que uno tiene que esperar lo que va a ocurrir sin poder hacer nada e ignorando cuál va a ser la próxima movida. La vida es sinónimo de incertidumbre. Esto no sucede ni en las películas, pues en ellas se sabe de antemano quién va a ganar tal como en las tragedias y en las comedias. En un match de box dicen que puede ocurrir cualquier cosa. Mentira. Existen sólo tres posibilidades: o gana uno o gana el otro o hay empate, salvo aquella vez en que noquearon al árbitro.

Jodido está el que no puede mear. Me vino a la memoria el sueño de la niñera dormida que ilustra como

un comic streap un ensayo de Freud. Dejé los zapatos en un rincón para no meter bulla. El piso era de porcelana. Aún no llegaba. Abrí el closet. Olía a auto nuevo. Busqué un arma, una pistola coqueta con empuñadura de madreperla o algo así. No encontré nada parecido. A lo mejor buscaba una bacinica. Tengo entendido que ya no existen. La última que vi formaba parte de una escultura de arte pop. Cuando niño, mi primo no pudo aguantarse durante un dictado en el colegio y se hizo ahí no más y luego se desmayó.

Una pared de vidrio proporcionaba una vista de película. ¿Cómo se abría eso? Observé y comprendí su funcionamiento. Había que apretar un botón y se corría la parte superior a dos metros de altura para que nadie intentase suicidarse. Un escritorio. Sonia era diseñadora. Papeles, cartón, tijeras, cintas engomadas, lápices, reglas. Décimo piso es harto decir. Los pisos impares tienen balcón. Nuevo, caro, tanto por la calidad, óptima, como por el barrio, lo mejor. Así vive mi Sonia, diseñadora y periodista, una treintona espléndida que yo estaba a punto de perder.

Fue un fiero golpe cuando me informó que se iba a casar con todo un señor conocido. Nos seguimos viendo porque, al parecer, la gente conocida no hace eso antes de casarse. A lo mejor se casan por eso, para poder hacerlo. Lo que no entendía era por qué se casaba ella si tenía ese departamento, dinero, trabajo y el amor de un intelectual algo neurótico, pero físicamente pasable. Quizás casándose tendría un departamento mejor aún, más dinero todavía, un trabajo de mayor rango y, last but not least, un apellido conocido. Lo que sí sé es que en casi todo, ella y yo funcionábamos en la misma onda, sobre todo en la cama donde el antes y el después son fundamentales. Precisamente, estábamos en el después cuando escuchamos el timbre. Se comunicaron por el citófono. Soy yo. Seguramente venía con flores y chocolates. A ella se le había olvidado que él pasaría ese día y

a esa hora para llevarla a comer, tomarle la mano y proponerle tal vino con tales platos mientras en otras partes la gente se muere de hambre. Sí, sube. Claro, que suba el rey. Y yo ahí a lo que es potopelado. Y ella, por primera vez con cara de hombre, vistiéndose con decididos ademanes. Que me metiera en su dormitorio. No hay tiempo para orinar. El vip venía subiendo.

-Hola -y un beso. Espero que en la mejilla. Ella debe estar tratando de deshacerse de su cara eficiente, poniéndose femenina.

-Estoy lista.

La puerta se cierra. ¿Se largaron?

-Tenemos tiempo -no, todavía están ahí. El tiene voz de tarado. -Qué bien. Dime dónde vives y te diré quién eres.

Una bala para el cliché. Debió de ser el mejor alumno de los curas españoles, los número uno del lugar común.

-¿Puedo fumar?

El tipo sospecha algo, pero no sabe qué. Dicen que las vibraciones permanecen en las casas después de un acto de violencia. El nuestro fue más dulce que violento. Algo de olor a sexo debe de flotar aún en el aire. Los cojines están mal acomodados sobre el diván. Los ojos húmedos. El pelo no del todo en su lugar.

-Se está bien aquí.

¿Un caso de oligofrenia? Cómo puede ser tan impersonal. ¿No están pololeando? ¡Fijándose en el lugar! ¿Desde cuándo se conocen? Un poco de Dostoievski no le vendría mal.

-Siéntate -la agradable voz de ella. Mientras no le ofrezca un trago, todo va bien. La vejiga se me va a reventar.

-Lo mejor de los departamentos es la vista.

Y dele con los lugares comunes. Los curas españoles lo aplaudirían. ¿Es que ella no existe o no la ve? En Dostoievski, las personas se encuentran y todo lo demás desaparece. No existen las cosas. El espacio se esfuma.

No hay objetos, sólo existen los sujetos. Los héroes dostoevskianos pasan a dominar en tal forma el acontecer que todo lo demás se desvanece.

-Aquí está el cenicero.

La salita consta de un equipo de música, un diván, una bergere y un cenicero. Nada más. Ni un chiche, ningún cuadro. Paredes desnudas como el piso. La presencia de ella (sobre todo cuando camina) lo inunda todo.

-Veo que no eres barroca.

Y ahora se puso huevón. Deben de estar sentados. Si yo me siento se me revienta la vejiga. Piensa. Siempre hay una salida. Sería hermoso si abriera la puerta de golpe y gritara "no aguanto más", y, desabrochándome el marrueco, me precipitara al baño.

-Soy demasiado barroca aquí, en mi cabecita, por eso no lo soy por fuera. Necesito equilibrio, armonía, claridad, orden...

Geometría, centro, razón. El tipo no agrega nada. Menos mal, porque estas discusiones sobre lo apolíneo y lo dionisiaco son interminables. En verdad, ella no es ni lo uno ni lo otro. Si alhajó así su departamento es porque así lo dicta la moda de hoy y punto.

Ya tengo en mis manos la cinta adhesiva más resistente, la que ella usa para sus maquetas de cartón, y sus tijeras puntudas. Me aproximo a la ventana con la vejiga convertida en un melón. Despego muy lentamente un trozo de la gruesa cinta, la corto y la pego al vidrio del ventanal. Luego otro trozo y la adhiero sobre el primero, formando una equis. ¡Qué Dios me ayude!

-¿Qué música te gusta?

El tipo es un idiota. Ahora le dio por la música.

-La moderna.

Ella no lo hace tan mal. Yo empuño las tijeras como un asesino.

La moderna. ¡Qué saben estos de música moderna! ¿Schoenberg, Hindemith, Honegger? No. The modern

sepalomoya, el conjunto the terrific satanicmarihuanboys. En las clases de biología del San Agustín me habían enseñado que con las emociones aumenta la no sé qué terminada en sis, es decir, la orina. Ella ha puesto un disco estridente. Bien. Sabe lo que hace. Esa bulla no la aguanta ni la gente conocida. Se irán pronto. Aprovecho el griterío de los eléctricos tragamurciélagos y entierro de un golpe certero, certerísimo, la punta de la tijera en el centro de la equis. Atravesé el vidrio. Luego otro golpe y otro más, al ritmo de la bullanga rockera. ¡Qué para algo sirvan! Luego despego la cinta adhesiva con los pedacitos de vidrio. El hoyo no es tan profundo como un pozo ni tan ancho como la puerta de la catedral, pero bastará. Lo que estaba en juego era mi vida. Había leído que las vejigas revientan. Pánico. Eso fue lo que sentí cuando chico una vez que oriné y vi salir humo del chorro.

Algo hablan entre la sonajera, pero no entiendo nada. No creo que ellos entiendan mucho tampoco. Debe de ser una competencia de clichés como los campeonatos con mis amigos de diez años a ver quién meaba más lejos. A lo mejor, ella, siguiendo los consejos televisivos y de las revistas femeninas, está en la cocina preparando un par de cocktails. Las cataratas del Niágara y el Salto del Laja. Como el tipo es gente se tragará la lengua antes de pedirle que le muestre el dormitorio. La lluvia sobre el tejado de Zinc caliente. Me imagino que se llama Vicente. Bravo Vicente. El chorro de la manguera de los bomberos y el sifón tirando agua con fuerza en el vaso de whisky. Yo ya tengo corrido el cierre de mi pantalón que se desliza hasta mis tobillos. Bajo mis slips y ahí voy. Es un soltar de palomas y globos. Orino. Un chorro largo y brillante a través del agujero del vidrio. Un chorro caliente, arqueado. El diluvio universal. Las campanas al viento. Escucho gritos del piso inferior. ¡Aaaaaah! No veo al hombre. Ahora grita una mujer. Dos más dos: estoy meando sobre la cara de un hombre

que está en el balcón del noveno piso. Nada relevante para mí en ese momento. Estoy en un barrio alto de primera categoría, orinando sobre un vecino. Raro privilegio. Y el vecino invisible no está solo. La mujer está gritando todavía. El disco ha terminado. Yo no. Pero Vicente insiste en sus sinsentidos.

-Esta ventana es una torre de control para los aviones.

¡Habrás visto! ¡Qué pito tocan los aviones! ¿No se va a casar con ella? Dostoievski debe de estarse revolcando en su tumba. A Sonia la comprendo. Acaba de hacer el amor. Está saciada. Post coitum triste. Pero Vicente pasa del barroco a los aviones con una ductilidad asombrosa. Pronto llegará la policía. En esos barrios, los radiopatrullas aparecen antes de colgar el teléfono. Gente importante. Ahora no quiero que se vayan. Podría poner el último disco que le regalé. Emerson, Lake and Palmer, Los cuadros de una exposición. Onda retro, pero aún potable. Un disco comprado en las sucias y alegres calles de librerías de viejo.

-En verdad, no pasan muchos aviones -confiesa ella.

Qué van a pasar si la ventana mira justo por donde no vuelan jamás.

-Rico tu trago. ¿Con qué lo hiciste?

-Agua tónica, limón y ginebra.

-Novedoso.

Esa me gustó. El más trillado de los tragos. ¡En dónde vives, Vicente, por Dios! Qué te enseñaron los curas españoles. ¿O te las quieres dar de ingenuo? A lo mejor la gente gente vive en otro universo con otros tragos, otra música, otra literatura. Ella le sigue el amén. No sea que suspenda la boda. Siempre me había preguntado ¿de qué demonios hablan estas personas? Ahora lo estaba sabiendo. Me subo los slíps y los pantalones. Ahora tengo ganas de fumar. Me tiendo muy lentamente en su cama sueca. Ahí retozábamos, nos reíamos a gritos y conversábamos. Eramos amantes, pero también ami-

gos. Nos conocíamos, nos queríamos. A veces yo le traía marihuana y discos con quintetos con clarinete o de Jessi Norman cantando a Mahler.

-Un momento. Qué mierda les pasa a ustedes.

Vicente habla con voz prepotente, engolada. Algo está pasando en la pieza del lado. Mi reino por un cigarrito.

-Están equivocados -explica Sonia perpleja.

-Suéltame el brazo. Y vos, muévete, llama a alguien. ¿Sabes con quién están hablando? Tengo contactos. Llama a alguien de una vez, para que tenís ese maldito teléfono.

-Se lo explicará al juez -dice una voz fastidiada.

-Me cago en tu juez. Y vos, idiota, díles de una vez con quién están hablando. Suéltame, carajo.

-No sabemos con quién estamos hablando. Pero sabemos quién nos llamó.

-¿Quieres que vaya contigo -la voz de Sonia, maternal, preocupada.

-Pero si yo no voy a ninguna parte. Suéltanme, mierdas. Haz algo, inútil, zorra de mierda. Llama por ese maldito teléfono rosado de una vez.

-No me empuje, señor -dice una voz que apenas contiene su cólera. ¡Vicente, domínate, hombre!

Portazo y silencio. Quietud. La pesadilla ha pasado. Es hora de atender a Sonia. Abro la puerta de la salita. Su rostro demudado.

-¿Sabes la que se armó aquí?

-Algo escuché. En verdad, no. ¿Qué pasó?

-Pero no me mires así. ¡Qué vergüenza! ¿Es que no sabes lo qué pasó?

-No sé lo que pasó.

Me mira un largo rato con un dejo de ternura.

-Siento mucho que hayas tenido que estar encerrado ahí. Pero yo no podía hacer nada. ¿Entiendes? ¿Estás enojado? -se tranquilizó Sonia.

-No, Sonia, no estoy enojado. Estoy bien. Hay cosas

que pasan y punto. ¿Qué sería la vida si no pasaran cosas?

-¡Cosas! ¿Sabes lo que acaba de pasar en esta habitación? -volvió a excitarse.

-Los tiras se llevaron a Vicente -concluí.

-¡Qué Vicente! Se acabó todo. El maldito matrimonio y todo. Fue humillante. Dijeron que había orinado por la ventana y después me trató de zorra. Me insultó.

-Me habría gustado verle la cara cuando se lo llevaron.

-Abrazame.

EL GOMOSO

Me despertó el eco del carrito de Juan, el tonto del pueblo. Lo miré por la ventana. El burro con la lengua afuera comería con gusto los helados del cubo escondido. Helados de esencia de lúcuma, opacos y elegantes, helados de naranja y de limón, ácidos y dulces. Era un domingo, el día en que las beatas se apoderaban de la iglesia y la plaza. Señoras que olían a humedad de toallas olvidadas detrás de la tina, a elixires, a colirio, a diablo, a esponja, a ese olor hueco y seco de la piedra pómez usada, a flores de muerto. Pasaban en grupo por mi ventana con sus chales lacios y sus zapatos deformes, sin soltar el rosario. Nunca le compraron un helado a Juan.

Frente a mi puerta se detuvo un joven flaco de terno y corbata, engominado, montado sobre una bicicleta de carrera. Llevaba una enorme mochila amarilla a la espalda. Un forastero es novedad en nuestro pueblo. Me preguntó si había una pensión decente en el lugar y sonrió incrédulo, mirando a su alrededor.

Al poco tiempo ya estaba alojado en casa de don Cloro, el viejo aventurero, que ya no salía de su casa y que esperaba la muerte con la calma y seguridad de todo hombre grande.

Don Cloro era el monumento en vida de nuestro pueblo. Ex boxeador, ex marino, fue nuestro héroe de la niñez y el sabio orientador de nuestra rebeldía en la

adolescencia. La fascinación de las excursiones, las visitas a minas abandonadas, los volantines gigantes y tantas otras cosas, se las debíamos a él. Cómo olvidar las fogatas nocturnas alrededor de las cuales conversábamos sobre países remotos, de fantasmas, de Dios, del infierno, de pájaros y peces extraños, de métodos de tortura, de volcanes y terremotos, de canibalismo, hechicerías, viajes a la Luna, de los milagros de la Biblia. El mundo estaba lleno de magia y misterio. El viejo Cloro despertaba en nosotros la necesidad de comunicación, lo que era agradable y terrorífico.

En verdad, Felipe, el gomoso de la bicicleta de carrera, arregló el jardín del viejo, que tenía más basuras que plantas, convirtiéndolo en algo digno de verse. Allí sentaba al viejo en el sillón de mimbre.

-Ah, el cambio de las estaciones -solía decirnos don Cloro cuando niños-. Abrir la ventana en la mañana y mirar el nuevo día. Percibir el olor de los árboles y el del café en la cocina, eso es lo que vale la pena. De tanto pelear por el pan, la gente se ha olvidado de su sabor.

Fue una buena obra la de Felipe, el gomoso. Plantó arbolitos nuevos, arbustos, todo muy bien, sin demasiada simetría. Tenía buen gusto. Pintó la casa de blanco y las planchas de Zinc del techo las tiñó de rojo. En las mañanas amasaba y el olor del pan fresco se confundía con el aroma del café que tanto le gustaba a don Cloro.

Un día, inolvidable por lo demás, Felipe sacó al viejo a dar una vuelta en bicicleta. Puso el manubrio al revés y sentó al viejo en el fierro. En la bajada tomaron un vuelo inesperado que produjo tal regocijo en el viejo que chiflaba de puro gusto. Hasta los perros los siguieron ladrando y con ganas de jugar. Cuando regresaron, el sudor le corría a Felipe por las bien afeitadas mejillas y el viejo cantaba la canción del torero de Carmen con su ronca voz de marino.

Se lo agradecíamos a Felipe, pero no por eso dejábamos de detestarlo. Nunca miró ni saludó a nadie. Andaba

siempre bien vestido y limpio. Nosotros éramos gente sencilla y nos desagradaba tanto aliño, tanto olor a colonia y a pasta de dientes, tanto pañuelito en el cuello y esa insoportable chaqueta a cuadritos.

Cuando el tonto del pueblo pasaba con su carrito y su burro, Felipe compraba un litro de helado de limón ante los niños mirones.

El viejo ya estaba muy viejito. De allí también nuestra antipatía para con Felipe. Don Cloro, se sabía, tenía mucho dinero y hasta propiedades que le administraba un banco de Concepción. Jamás nos los había ocultado. Reconozco que el gomoso hizo bien su trabajo. Sinceramente creo que el viejo pasó sus últimos meses por lo menos mejor de como los hubiera pasado sin la llegada del Felipe este. Todos sabíamos lo bondadoso y agradecido que era don Cloro y nosotros poco o nada lo tomamos en cuenta en sus últimos años.

Un mes antes de su muerte, llegó al pueblo un cacharro enorme que más parecía carroza de pompas fúnebres. Era el auto del notario. El viejo no quería irse sin escribir su testamento. Mal que mal, sus propiedades y su dinero podía dejárselos a quién su corazón se lo dijera.

Don Cloro murió a los ciento cinco años, asistido por el cura y el médico del pueblo. Ambos habían aprendido a leer, a confeccionar hondas y a nadar con el finado ex boxeador. Antes de irse para siempre, el centenario viejito pidió al sacerdote y al doctor que lo velaran en la iglesia vestido con un traje de seda, su boa y un sombrero brasileño.

Mientras el doctor cumplía la piadosa misión de vestirlo de acuerdo con su último deseo, miré un rato los álbumes con recortes amarillentos de diarios y revistas donde aparecía como bailarina. Había sido realmente, por un lapso bastante prolongado, la reina de las noches santiaguinas. Discípulo de Josefina Baker, bailaba cubierto apenas por un cinturón de cáscaras de plátano.

Buenos Aires, Montevideo, Lima, habían vibrado con el espectáculo. En Punta Arenas, dos yugoslavos se habían agarrado a balazos por sus favores.

Al terminar la misa de difuntos, el padre invitó, a los que así lo deseaban, a pasar a verlo por última vez antes de cerrar definitivamente el sarcófago. Una corta fila de ocho o diez viejas beatas comenzó a desfilar hacia el abierto ataúd. Sus bultos negros olían a ropa sucia, a piel de gato, a vela derretida, a yerba mala, a oscuridad, a letanía. Solemnemente se aproximaron a la urna. Creo que llegaron a verlo casi simultáneamente. La primera lanzó un grito tan espantoso que me turbó y no pude captar ordenada y claramente lo que pasó después. Una se dirigió al altar con los brazos en alto y el rostro deformado por la estupefacción. Sé que otra cayó desmayada en el acto. El doctor se levantó de su sitio y se dirigió, raudo pero respetuoso, al ataúd, en torno al cual bailoteaban contorsionándose como si estuviesen pisando brasas, el grupo de veteranas, y, lentamente, lo cerró, dejando al resto de los presentes, que ya se había incorporado presurosamente a la fila para ver al muerto, en la más horrorosa de las incógnitas.

A los pocos días, detrás de una gran polvareda, llegó el enorme auto del notario. Citó a cinco o seis personas para que se reunieran con él en el salón del club. En verdad, fue casi todo el pueblo. Hasta las viejas beatas que ya habían colocado las primeras tarjetas con "Gracias por el favor concedido" sobre la tumba de don Cloro, estaban allí impregnándolo todo con sus emanaciones. En primera fila, Felipe, cuya iavanda se mezclaba con el hedor de las viejas, no le quitaba los ojos al notario esperando, quizás, un gesto, un guiño, una mirada. Pero el notario miró a Juan, al tonto del pueblo, y le sonrió.

Don Cloro dejó la mitad de su fortuna para la construcción de un colegio nuevo. La otra mitad, una suma considerable, la legó a Juan, el heladero, al tonto del pueblo. Y... veinte mil pesos, es decir, un mes de sueldo

extra, a Felipe, el gomoso, "porque bien se los merece por la diligencia que puso en su faena de mozo y jardinero".

Al día siguiente, muy temprano en la mañana, Felipe, atildado como siempre, fue casa por casa, empujando una enorme carretilla de madera, pidiendo, exigiendo casi, que le vendieran flores, todas las que pudieran venderle. Estábamos en primavera y los jardines estaban repletos. Las beatas, las dueñas de casa, las empleadas, no vacilaron, pues las pagaba bien. ¡Con qué fría dignidad cogía los atados de flores! Ni un átomo de tierra cayó sobre su impecable terno oscuro. Engominado y perfumado, sin aflojarse el nudo de la corbata, erguido a pesar de la carretilla rebotante de flores, hizo varios viajes al cementerio donde las colocó, con muy buen gusto, sobre la tumba de don Cloro.

Todo se sabe en estos pueblos chicos. Gastó exactamente veinte mil pesos en flores.

Terminada la tarea, tomó su mochila amarilla, montó en su bicicleta de carrera y se fue para nunca más volver.

EL GRAF ZEPPELIN

Nunca le presté mayor atención al gran retrato de tío Enrique. Una fotografía enorme, iluminada con polvo de ala de mariposa, que colgaba a la pared del comedor. Percibía a tío Enrique como una presencia, algo que se siente, pero que no tiene formas ni colores. Lo experimento como deben sentir los ciegos a las demás personas, y no me refiero a la voz que tampoco puedo evocar. El retrato jamás me llamó la atención. Era una foto, no era tío Enrique. ¿Gordo, flaco, alto o bajo? No podría describirlo. Jugaba con nosotros, conmigo y mis primos. Nos enseñaba cosas con entusiasmo contagioso. Se alegraba de que existiéramos. Una mañana muy temprano, desapareció del pueblo.

No hubo día en que no se hablara de tío Enrique en casa. Se había hecho la América. Era un gran empresario de habano, avión y whisky. ¡Ah, cuando volviera, todos los problemas se solucionarían! La vida nos cambiaría a todos.

Se marchó una mañana al alba, justo el día en que armaríamos el Graf Zeppelin. Dejó su pieza ordenada y limpia y desapareció. Él no era como nuestros padres y demás tíos que nunca jugaron con nosotros. Ellos solamente nos veían crecer, alimentaban, vestían y llamaban al doctor cuando nos enfermábamos. El no les gustaba porque en ese tiempo no tenía trabajo.

Me desilusionó. Había prometido construirme ese

volantín enorme con forma de globo dirigible. Iba a ser el más grande del pueblo. Nunca creí que no volvería. Lo esperé. Me levanté tempranísimo durante dos semanas con la esperanza de que hubiese vuelto de noche y de que lo encontraría en su pieza.

Una de las chifladuras del pueblo eran los volantines. Grandes y chicos comenzábamos la temporada en agosto y la terminábamos a fines de octubre. Día por medio, comisiones y competencia de modelos, que era lo más espectacular. El cielo se llenaba de cometas, dragones, barriletes y pavos reales.

Tío Enrique me mostró el diseño de un dirigible gigantesco. Este es el Graf Zeppelin, me dijo. Te lo construiré. Será lo más grandioso desde que existe el pueblo.

Pasó el tiempo. Crecimos. Un viajero volvió de Estados Unidos y dijo haber visto a tío Enrique en una limusina de cuatro metros de largo. De los estudios secundarios pasamos a la universidad. ¡Qué feliz estará el tío Enrique cuando vuelva y los encuentre a los tres convertidos en profesionales! Y los ojos buscaban la foto ovalada.

Los años pasan rápido en esa vida de estudios y trabajo, en esa esfera de la vida impersonal de las obligaciones y convenciones, al punto que uno se olvida de lo que realmente se es.

Volvía todas las vacaciones a casa con excelentes notas. ¡Tío Enrique no podrá en sí de orgullo! A lo mejor te contrata en una de sus empresas. ¡Quién sabe! Y las miradas convergían al enorme retrato.

Las cosas se precipitaron cuando ya no solo con un título sino con un buen contrato en el bolsillo e hinchado de vanidad, volví a pasar unas cortas vacaciones al pueblo. Mis padres y tíos, mis primos y primas, me ofrecieron toda una fiesta de recepción. Al otro día, el club del pueblo me dio otra comida. Poco a poco todo se fue calmando hasta que llegaron los gitanos.

En el pueblo se juntaba un grupo de adolescentes bien que tenía la divisa de la limpieza, la pureza y otras virtudes. Venían de los fundos y parcelas aledañas. Habían arrasado con las revistas porno o pseudoporno de los quioscos. Tampoco toleraban los diarios matutinos con fotos de mujeres en traje de baño. La cosa es que arremetieron contra los gitanos. Les incendiaron el camión, correataron a pedradas a las mujeres que sacaban la suerte, rajaron las carpas con machetes, etc. La última incursión fue montada. Sobre los caballos de sus fundos se lanzaron a la carga. Faltó la banda de música tocando Caballería Ligera de von Suppe. Estragaron el mísero campamento.

Al otro día, no quedaron rastros de los gitanos. Se fueron al amanecer, la hora en que se van los caballeros, los play boys y los condenados a muerte. En su defecto, quedó un limosnero tuerto y harapiento que fue ignorado por varios días.

El domingo, al salir de misa con toda la familia, el familión, el mendigo tuerto esperaba a los fieles con la mano extendida. Mi madre hizo amago de darle una limosna. Extrajo unas monedas de su cartera, miró al andrajoso y recogió la mano como si se la hubiesen quemado. No le dio la plata. Volvió sus turbados ojos a mi padre que la tomó bruscamente del codo y aceleró el paso haciendo casi trotar a mamá.

A la hora de almuerzo, nuestros padres y tíos estaban sumidos en un abrumador mutismo a pesar de que esa mañana habían llegado Sergio y Rafael, mis primos, con exitosos resultados en sus pruebas finales. Aún les quedaba un año de estudios, pero eso no viene al caso. Los únicos que conversábamos éramos nosotros, la nueva generación.

Poco a poco les volvió el habla a los viejos. Al tercer día ya estaban casi tan locuaces como siempre, salvo dos detalles. No se volvió a mentar al tío Enrique para nada, ni para bien ni para mal. Fue como si no hubiese existido

nunca. Y, segundo, la gran fotografía iluminada con polvo de ala de mariposa, desapareció de la pared del comedor.

Una tarde, salí a caminar, a recorrer los suburbios del pueblo, testigos de mi infancia. Fumando pipa, con las manos en los bolsillos, recorrí todos esos lugares. En eso me alcanzó y adelantó el grupo de por lo menos quince adolescentes pro pureza y limpieza. Iban decididos, con la sonrisa del fuerte. Los alcancé. Adónde van, pregunté, al parecer, contra el viento o en voz muy baja. Los conocía de vista. Se me confundían sus nombres. Eran un par de años menor que yo. Pronto supe dónde iban.

Al pie de un árbol, el limosnero tuerto se había fabricado una especie de guarida con tablas, diarios, ramas y basura, desde cuyo interior reptó como un gusano gigantesco al escuchar las voces y risas.

Le gritaron que recogiera sus mugres y que se fuera mientras se apertrechaban de piedras y palos. El pobre hombre se incorporó anonadado y yo me coloqué a su diestra.

-¿Con qué derecho? -pregunté sin tratar de gritar. El limosnero a mi lado abrió la boca. No tenía dientes.

-Sí, con qué derecho -farfulló con esa sonrisa de borracho o de loco, pero no sin entusiasmo.

-No queremos ni tarados ni ociosos aquí -chilló uno.

-Por simples razones de estética -argumentó otro.

-Entonces, váyanse ustedes -les dije.

-Sí -masculló el vagabundo-, entonces, váyanse ustedes -y volvió a sonreír desafiante.

Uno me empujó y yo le respondí con un golpe de karate y después fue la confusión de patadas y palos hasta que el mendigo y yo caímos al suelo donde nos golpearon hasta debajo de la lengua. Después destruyeron la casita del hombre, escupieron y orinaron sobre nuestros cuerpos inertes y se fueron.

Convertido en piltrafa arrojada al suelo, recuperé un tanto la coordinación cuando la pandilla ya se había

esfumado. A mi lado, el hombre tenía la cara cubierta de sangre. Después supe que yo también. Entonces le hablé, obnubilado aún por la pateadura.

-Quiero que cumplas con tu promesa -le pedí, inmóvil en el suelo.

Me sonrió con su boca sin dientes.

-Quiero el Graf Zeppelin.

-¡Ah, el Graf Zeppelin!

Y nos quedamos dormidos de cansancio y golpes.

A medianoche nos encontraron. Mis primos y los carabineros algo habían olido y me habían salido a buscar. Yo siempre llegaba a mis horas a casa donde era imperdonable no comer juntos. Desvelaron al doctor y nos llevaron en sendas camillas al club para practicar los primeros auxilios. Nos veíamos mal, pero no era para tanto. Solo me fracturaron la nariz y estaba cubierto de hematomas, no más que Joe Louis después de enfrentarse a Rocky Marciano.

Los médicos de provincia no son tan malos. Este me enyesó la nariz y no tuve más problemas con las mujeres que los de costumbre, pero eso no viene al caso.

El vagabundo no tenía documentos. Lo echaron del pueblo, pero como la gente. Le dieron ropa, algo de dinero, cigarrillos. Se fue también al amanecer.

Volví a casa a dormir. Al otro día, a la hora de almuerzo, ya todos sabían la historia de mi escaramuza. Mi madre, sonriendo, hinchada de gusto, me dijo que tío Enrique estaría orgulloso de mí. El tío Enrique se sentiría un gigante, agregó mi padre conmovido. ¡Ah, cuándo vuelva! Y todos miraron la foto iluminada con polvo de ala de mariposa de tío Enrique, que había sido puesta otra vez en su lugar por las mismas manos que la habían descolgado.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SECCION JURISPRUDENC. I. SOLI. SOL.

04 MAR 1924

Ca. P. D. I. I. Co. I.

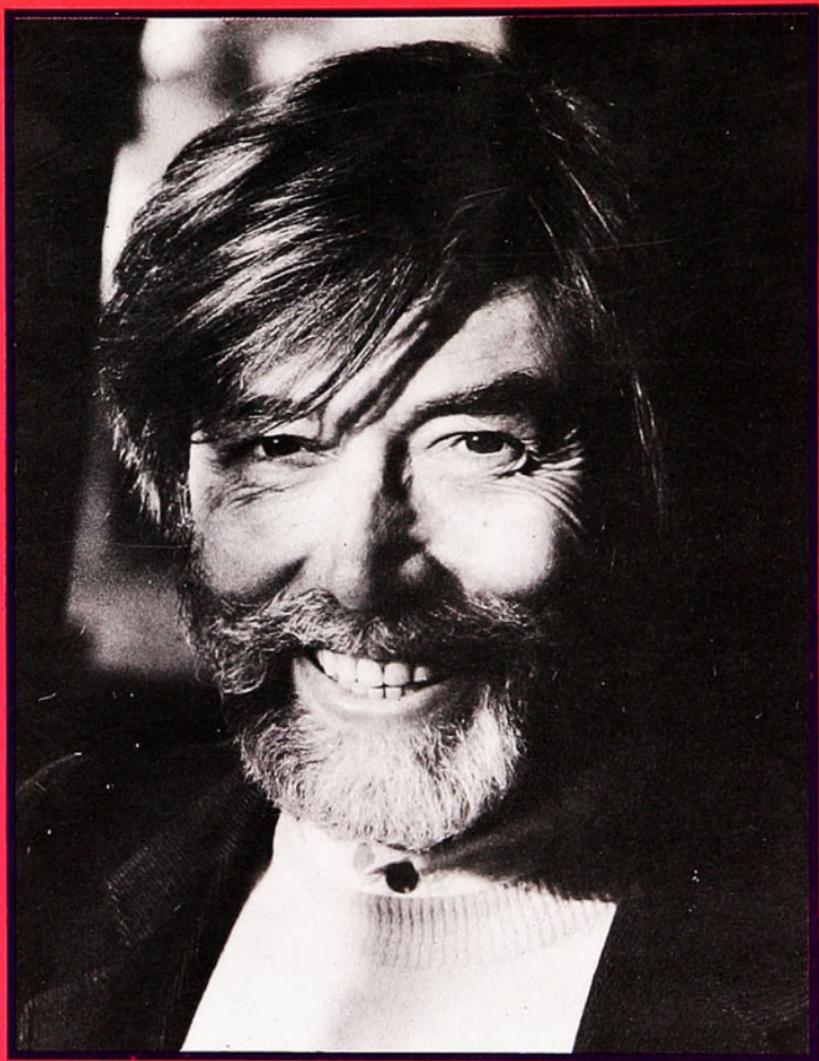
SECC. CHILENA



INDICE

Es lo que pasa con lo esencial _____	11
Hasenpfeffer _____	19
Encuentro en Ziruma _____	33
La perla del pueblo _____	41
El amor de Noemí _____	51
¿Te acuerdas de Hilda? _____	59
El señor Acuña _____	67
La marea negra _____	73
No pasarán _____	85
El intruso _____	95
Pupa, ¡oh pupa! _____	101
El magnífico _____	107
Sí, yo, ¿por qué? _____	127
Adiós a Vicente _____	133
El gomoso _____	141
El Graf Zeppelin _____	147

Jaime Hagel ha publicado cinco libros: *Cuentos bárbaros y delicados* (1959). *En los más espesos bosques* (1980). *Con la lengua afuera* (1982). *¿Y tú, qué crees, Pichón?* (1984). *A quemarropa* (1990). Sus cuentos han sido incluidos en ocho antologías nacionales e internacionales. Ha recibido numerosos premios. Es autor de más de cuarenta ensayos y estudios sobre literatura, publicados por diferentes revistas de la especialidad.



Llena de sobresaltos es esta extraordinaria y sorprendente mezcla de elementos tiernos y bestiales de imprevisible desenlace en la que un Hagel hagelísimo deja atrás el mundo de los internados para descorrer el velo del universo de los adultos en estos cuentos.

Haciendo gala de una imaginación y un desparpajo poco usuales en nuestros narradores, Hagel lleva al máximo la tensión interna de una trama argumental, consiguiendo cautivar al lector hasta la fascinación.